



**Juan Antonio  
Pérez Bonalde**

POESÍA Y TRADUCCIONES

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**200**  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Juan Antonio Pérez Bonalde** Poeta y traductor. Nació en Caracas en 1846. Desde muy joven emigró con su familia debido a la inestabilidad política y el clima bélico del país. Reconocido por la crítica como uno de los grandes poetas del siglo XIX venezolano, su dominio de lenguas extranjeras le permitió hacer traducciones sobresalientes de Edgar Allan Poe y de Heinrich Heine. Entre sus obras se destacan Estrofas (que incluye su célebre poema “Vuelta a la Patria”), *Ritmos* y *El poema al Niágara*. Falleció en La Guaira en 1892.

165

## Poesía y traducciones

J. A. PÉREZ BONALDE

« Paisaje I, capilla de Catia,  
Marcelo Vidal Orozco.  
1908. Óleo sobre tela



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

### COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**  
**Vladimir Padrino López**  
**Aristóbulo Iztúriz Almeida**  
**Jorge Rodríguez Gómez**  
**Freddy Nández Contreras**  
**Ernesto Villegas Poljak**  
**Jorge Márquez Monsalve**  
**Rafael Lacava Evangelista**  
**Jesús Rafael Suárez Chourio**  
**Félix Osorio Guzmán**  
**Pedro Enrique Calzadilla**

# Poesía y traducciones

J. A. PÉREZ BONALDE



## Contenido

13 A MANERA DE PRÓLOGO

23 POESÍA

25 Vuelta a la Patria

37 Flor

43 El Poema del Niágara

65 Héroes del Deber

73 Magdalena

79 Fidelia

83 Oriental

87 Recuerdo de un viajero

89 Primavera

95 Nubes

99 En el mar

105 Nocturno

107 Sub-umbra

109 Sombra

111 Crepúsculo

117 Mensaje

119 Ayer y Hoy

123 Welcome

125 Al volver

127 Mensajeros

131 Bendita Seas!

135 Los Tres

139 Pobre poeta

149 Gratitud

151 Naufragio

153 Bayos y Sombras

155 Mi deseo

159 Seamos Buenos

161 Última página

163 Los días van pasando

165 Flores y Nubes

167 A un ave

173 Las cuerdas rotas

177 Sombra o Luz

181 Tristezas de la lira

185 Sueño

187 A K. Listo

189 ¡Nihil Novum!

191 Memoria triste

193 Enfermo

195 Lágrimas

197 Tempestades

199 Hojas secas

- 201 ¿Dónde está Dios?  
 203 La fe perdida  
 205 Resurrección  
 207 Día fatal  
 211 Perdónalos  
 213 Al autor de El Rayo de Luz  
 215 A una niña artista  
 217 A una artista  
 219 Lauro y ciprés ...  
 221 Sin conocerte  
 223 Tributo  
 225 Semper  
 229 Sueño  
 231 La ocasión  
 233 A Lesbia  
 235 Te amo  
 239 Amor  
 241 Mi dicha  
 243 Consuelo  
 245 Luz reflejada  
 247 Vida y Muerte  
 249 In coelo  
 251 Pensando en ti  
 253 Tus ojos  
 255 La mujer  
 257 La hermosa
- 259 La fea  
 261 O bella o madre  
 263 Trono y tumba  
 265 A la libertad del viejo mundo  
 271 A un tirano  
 273 Tienen razón  
 275 Epístola
- 279 **TRADUCCIONES**  
 281 ¡Venus Victrix!. ..  
 293 El Cuervo  
 299 Ruinas  
 305 La romería a Kevlaar  
 309 El Cielo en la Tierra.  
 311 La hija de la pena ...  
 313 La maldición del bardo  
 319 Los tres amores  
 321 ¡Adiós!  
 321 Insomnio  
 323 La primera piedra  
 327 El caballero nocturno  
 327 Súplica  
 329 Mis ocho años  
 333 Tres sonetos  
 337 Mío y no mío  
 339 Su lecho

## **A manera de prólogo**

Discurso de Don Edgard Sanabria en la junta pública y solemne con que las Academias Venezolana correspondiente de la Española y Nacional de la Historia, celebraron el Primer Centenario del nacimiento de Don Juan Antonio Pérez Bonalde.

---

Al tiempo que la República celebraba el triunfo del último gran caudillo nacional, allá, frente al mar, en el vecino puerto, en un atardecer de octubre, bajo un honrado pero ajeno techo, mísero, triste y solo, moría, dentro de la mayor indiferencia de sus conciudadanos, el más alto poeta lírico que hubimos en la segunda mitad del siglo precedente, y para cuya memoria, como aconteció con la de Bolívar y la de tantos otros ilustres varones, sólo años más tarde llegaría la hora de la justicia y el reconocimiento.

Cúmplase hoy precisamente la primera centuria de haber hecho su entrada en este mundo quien había de llamarse Juan Antonio Pérez Bonalde, y es ésta la causa de hallarnos aquí congregados para honrar su nombre, tal como hace cerca de nueve lustros, en forma noble que la enaltece, gallarda juventud, esperanza de entonces, convertida ya en verdadera gloria de la Patria, rompiendo la indiferencia y el silencio que se cernían sobre la tumba del bardo infortunado, al trasladar en triunfo sus restos mortales a su nativa urbe, le rindió la digna apoteosis de que era acreedor.

Si aquel fue el homenaje del arte y del más puro patriotismo, el presente, pasadas ya las discordias y rencillas, las pequeñeces y miserias, que otrora ni nunca caben en pechos generosos, por culpa de mi palabra torpe, carecerá

de la belleza y magnificencia que reclama; mas ello no será obstáculo a aminsonar los elevados sentimientos que a todos nos animan.

Permitidme, señores, que en este día consagrado a conmemorar a uno de los grandes poetas que han pulsado la lira en nuestra lengua, a uno de los auténticos orgullos literarios de la América española, por lo reducido de los límites de este deshilvanado elogio no trate casi de la múltiple personalidad del eximio trovador, y me ciña a decir algo muy breve de lo mucho que puede y debiera decirse de sus versos, que son el timbre y la corona de su gloria.

Nacido para el arte, este esmerado cultor de la pintura y de la música, entusiasta admirador de Wagner, poseedor de estro innato, siente desde temprano en lo más íntimo de su ser latir la poesía. Así, adolescente aún, se revela poeta de inspiración y vuelo, y es en la sátira política donde en los comienzos ejerció su musa.

Puerto Rico, aquella isla reina de los vergeles del Caribe, en otros tiempos hogar de multitud de venezolanos en desgracia y por la que siempre guardó el vate recuerdo inmortal e inmensa gratitud, es la tierra en donde, por haber buscado a causa de las contingencias de nuestra vida política refugio su familia, discurrieron los días de su niñez.

Espíritu libérrimo, carácter perspicuo, de férrea voluntad y tenaz empeño, al retornar joven al oriundo solar, por su temperamento combativo y fogoso, se mezcla en la incruenta lucha de los partidos. Altivo ciudadano y fervido patriota, ánimo viril y resuelto, no aviniéndose con el ambiente político y social que le circuye, al presentir en marzo de 1870 el triunfo del futuro Ilustre Americano, en contra de quien siempre estuvo y a quien desde un principio fustigó con la pluma, auséntase del país y con decoro se impone a sí mismo la torturante pena del destierro. Gracias al ostracismo, se alejó a tiempo de un medio hostil donde tal vez se hubiese malogrado y halló en regiones extrañas, de superior cultura, al contacto de nuevas orientaciones poéticas, los elementos necesarios para desarrollar sus facultades

intelectuales y los medios para poder dar todo de cuanto era capaz su potencialidad creadora.

Algunos han tenido a mal su alejamiento, que nos privó del benéfico influjo literario que su presencia nos habría reportado. Quizá de haber permanecido entre nosotros hubiese realizado, ayuno de influencias extrañas, una obra de elevada resonancia humana al cantar con voz trascendente las angustias y las bellezas naturales de esta tierra, para la cual tenía sobradas fuerzas y de las que dio abundantes muestras en su inmortal VUELTA A LA PATRIA.

Desinteresado adorador de Apolo, cuyo culto fue la más alta y noble actividad de su espíritu, fija su residencia en Nueva York. Viajero de todos los mares, visitante de innúmeras regiones, que no halló en sitio alguno quietud para su atormentado espíritu, en medio del constante batallar en pos de la ganancia del diario sustento y de su errante vida, no abandona la dedicación que desde temprano consagró a las letras ni deja de cultivar su mente, como tampoco olvida enriquecerla con cuanto grande y bello ha producido la inteligencia humana.

Alto paradigma de cultura, nutrido en las más sabias enseñanzas y a quien no son desconocidos los más graves problemas sociales y científicos; consumado polígloto que domina el latín, inglés, francés, alemán, portugués e italiano; conocedor profundo de la métrica, la que maneja con maestría y sin vacilaciones; el talento artístico de mayor valor entre todos sus contemporáneos, su producción poética es la más apreciable de aquella época, en la cual brillaron figuras de tan elevada talla como las de José Ramón Yepes, Miguel Sánchez Pesquera, Francisco Guaicaipuro Pardo, José Antonio Calcaño y Jacinto Gutiérrez-Coll, astros todos de primera magnitud.

Poeta de inspiración alta y fecunda, estro elevado y depurado gusto; de impetuosos afectos; de carácter individual e independiente; consubstancializado con las literaturas sajonas; dulce y sosegado; de estilo propio y



dicción elegante, que logra una particular musicalidad y un tono íntimo elevado, en quien parece que las palabras, exentas de tono elocuente, se ductilizasen a su antojo en persecución de la armonía; ágil; diestro en el uso de las licencias clásicas; tocado de originalidad; cuidadoso del fondo, como sus maestros, aquellos a quienes se deben las más bellas concepciones del sentimentalismo espiritual; de un vivo, enorme y delicado sentir; de un suave aliento encantador, logra en sus cantos una delicadeza enternecedora e inefable.

Amante de la forma esplendorosa, en sus poesías, que guardan casi todas las requeridas proporciones entre la expresión y el contenido, en las que en uno que otro caso se advierten reminiscencias de célebres poetas y en las cuales muy raras veces incurre en insignificantes descuidos, se advierte la subjetividad y el predominio de la lírica.

Finalidad y móvil de ellas son sus estados de ánimo que brotan de manera plácida, no obstante la encontrada lucha en la que pugnan por salir tantos y tan variados sentimientos, nacidos al calor de una exuberante fantasía que busca en el verso el desahogo que traiga el consuelo. Templado por la filosofía y moderado por la reflexión en sus estrofas, donde está contenida su alma entera, logra el justo equilibrio.

Si en cada uno de nosotros, educación, ambiente, lo extraordinario que suele acontecer y, en fin, todo cuanto nos rodea y atañe perfílanos con determinada fisonomía, con la que guardan íntima relación pensamientos, sentimientos y acciones, lo propio acontece en mayor grado al poeta lírico romántico. De aquí que, estudiando su vida, el medio y la época en que actúa, es como pueden juzgarse con acierto sus producciones. No debemos olvidar, por tanto, al tratar de interpretar a Pérez Bonalde, que ausente de la patria la lleva dentro del corazón y que al hondo sufrimiento del exilio junta, a más de otros quebrantos, los infortunios del hogar y la desesperación por la temprana muerte de su adorada hija, flor de súbito tronchada al comenzar la vida.

Tamaños males origen fueron del tinte melancólico y pesimista, de tipo germánico, que destilan sus canciones, en su mayor parte voces de hastío y de dolor y algunas impregnadas del cruel escepticismo que corroe el espíritu atormentado de este superior ingenio, en cuyos primeros ensayos se revelan los prístinos ideales de las creencias religiosas y que a la postre fue víctima de las contradicciones intelectuales, estériles y deletéreas, del llamado siglo de las luces. Su rebeldía, su negación, su duda, tema obligado en la mayoría de los románticos y acordes con el clima intelectual de la época, hijas del tiempo en que vivió, son más de escuela que de principio, más un producto del sentimentalismo que del convencimiento filosófico. Pérez Bonalde no es el incrédulo pertinaz, sino más bien el creyente sentimental, vacilante, en quien nunca se borró del todo la clara fe de los primeros años.

Así se explica el que, en sus versos, al lado de desconsoladoras y hasta irreverentes estrofas, estén otras, cálidas e ingenuas, que expresan anhelos de luz espiritual.

Grande y pura, la más sentida y radiante y la de superior calidad estética en el parnaso venezolano es la obra poética original de Pérez Bonalde. Ricas prendas de tan regia diadema son ¡Bendita seas!, exquisita; sus Nocturnos, impregnados de honda melancolía; Semper, llena de bellos pensamientos; los magníficos sonetos La fe perdida y Naufragio, “espléndida alegoría de lo efímero del orgullo humano”; Los días van pasando, de sabor nórdico; Vida y Muerte, cuartetas pensadas y escritas a imitación del árabe y en las cuales se palpan las semejanzas y afinidades entre Heine, Pérez Bonalde y Bécquer; Mensajeros, de espontánea y fresca inspiración; Magdalena, muy sentida y delicada; Primavera, de hermosísimo lenguaje poético, en la que como acostumbraba, diluye el sentimiento en circunloquios y comparaciones y, en la que, canta ciertos estados de ánimo y la emoción que experimenta por la llegada de la más poética de las estaciones del año; la celebrada composición escrita con ocasión del deceso de

Gautier Benítez y la soberbia oda Los Héroes del Deber, escrita en honor de los expedicionarios de la marina americana que sucumbieron en el delta del Lena.

Mas por encima de todas sobresalen Flor, Vuelta a la Patria y El Poema del Niágara. La primera es la expresión de la desgracia sin alivio; el poema de la desesperación en que el vate inconsolable ante el cadáver de su pequeña hija, en grito desgarrador llega hasta la blasfemia. La musa elegiaca que en Venezuela había resonado dignamente en el Canto de Maitín con motivo de la muerte de su esposa, alcanza en Flor el más alto grado de intensidad. Nada iguala entre nosotros en fuerza emotiva a esta elegía. Si cuanto salió de la pluma de Pérez Bonalde es hermoso, cuando el soplo de la tribulación y del dolor agitan su alma, raya en lo sublime. Imperecedera, joya de antología, la más valiosa de sus poesías es la popular Vuelta a la Patria, conmovedora y de un hondo y acendrado lirismo. Un afecto puro y un desbordante sentimentalismo de amor y de dolor fluyen de sus cálidas estrofas, en las que se mezclan armónicamente la bella descripción, la nota fúnebre por la muerte del ser entre los seres más queridos y el desahogo que brota del pecho del proscrito que tras larga ausencia al fin vuelve a la patria. Es, como se ha dicho, síntesis armónica de la imaginación con el sentimiento y la reflexión. Bellísima, superior a todas las de igual índole, por sí sola bastaría para fundar la reputación de enorme y excelso poeta de que en justicia goza Pérez Bonalde. Cantor de la naturaleza y pensador profundo, poeta filósofo, se mostró en “El Poema del Niágara”, himno levantadísimo, épico-naturalista con determinado aspecto alegórico; la obra poética más atrevida y de más amplia concepción de Pérez Bonalde, hecha de una sola pieza, como lo declaró Martí, donde todo es grandioso: el motivo y el canto, y en la cual resaltan los sentimientos y los conceptos del autor sobre el hombre y el mundo al sentirse impresionado en grado sumo ante tan soberbio espectáculo. Su musa, que vibra con la energía suficiente para imitar el atronador ruido

del torrente, tiene momentos de dulzura y sencillez, tal como cuando describe el río en versos dignos de fray Luis de León. De este encuentro entre el hombre y la naturaleza surgió la sublime inspiración que rivaliza con la de Heredia y ante la que no resplandece la oda Al Niágara del mismo, quien parecía haberse apropiado del tema.

Por estas tres últimas composiciones, que se conservarán en la memoria de las gentes hispanoamericanas mientras hablen la esplendorosa lengua de Castilla y tenga adoradores el culto de lo bello, el nombre de Pérez Bonalde perdurará por siempre.

Si por el profundo dominio que tenía del habla castellana logró realizar su aplaudida obra propia, el cabal conocimiento y el manejo de multitud de lenguas le permitieron ejecutar su admirable labor de traductor y lo llevaron hasta hacerle posible pensar y escribir en diferentes idiomas extranjeros con tanta claridad, soltura y elegancia como en el suyo. Sus estrofas en portugués y los delicados poemas que compuso en inglés, al par que las admirables versiones que hizo de Heine, Uhland, Lenau, Junqueiro, Herder, D’Abreu, Shakespeare, Poe y Paul de Saint-Victor, lo demuestran.

Nuevo Heine, sin ese dejo amargo de lo irrisorio y lo sarcástico, versado cual muy pocos en la lengua de Goethe, con escrupulosidad y entusiasmo, trasladó al castellano, luego de invertir largos años en corregir y embellecer su admirable y admirada traducción, el *Buch der Lieder*, colección de breves canciones, en alto grado subjetivas y de los más varios tonos y matices psicológicos, caracterizadas por la verdad del sentimiento y por el brío, sencillez y hermosura de la expresión. En ellas, donde están contenidos todos los afectos del alma de los tiempos modernos, vació lo más artístico de su poesía y lo más amargo de su vida el ruiseñor del Rhin, triste satírico, de una sensibilidad ardiente y una exquisita delicadeza, a ratos irónico y maligno, y, a veces, cínico y pesimista.

Tan exacta y ceñida al original es la versión que, sin ser paráfrasis ni prosaico y servil calco, alcanza, aun sacrificando en ciertos casos, como es lógi-

co, la forma al fondo, la palabra a la idea, suma fidelidad, elegancia y corrección, a la vez que logra imitar el metro, la rima, el ritmo, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos del texto alemán.

Pérez Bonalde no es, pudiéramos decir, un traductor sino un intérprete de Heine, que debido a la similitud de sentimientos que existe entre ambos pudo captar, aun en las mismas nebulosidades nórdicas, la esencia de la poesía del germano infeliz, y, por eso, traducirlo de manera tan magistral y admirable. Dadas esas afinidades nuestro poeta hubiera podido producir en circunstancias análogas a las del autor de “El Cancionero” una obra semejante.

Poeta congenial del sombrío Poe, en forma melodiosa y armónica, tradujo en su espíritu íntegro y en todo su intenso colorido “El Cuervo”. Esta versión, donde late y habla el alma melancólica y en extremo sensible de su autor, la más poética de las existentes en castellano, no sólo conserva la idea si no que logra la armonía imitativa del verso inglés y mantiene la cadencia y el ritmo, de estilo trocaico, del original, no obstante haber diluido el traductor en ocho los seis versos de que se componen las estrofas del poema y de haber eliminado las rimas internas que existen en el primer y tercer verso de las mismas.

También tradujo, con fidelidad y pulcritud extraordinarias, *El hijo de la Pena*, de Herder; *Los tres amores* y *La maldición del Bardo*, de Uhland; fragmentos de *A morte de D. Joao*, de Guerra Junqueiro; y, bella y admirablemente, en versos de impecable factura y plenos de elevación en los conceptos, bajo el nombre de *Venus Victrix*, la marmórea página en prosa de Paul de Saint-Victor, que lleva por título *La Venus de Milo*. Dícese que dejó una versión directa y en hexámetros del poema *De Rerum Natura*. Lo entendido que era en la lengua del Lacio y lo sólido de su formación humanística le permitían salir airoso de tan difícil y riesgosa empresa, cual es la de poner en verso castellano a Lucrecio, el cantor de los nefandos principios del epicureísmo. Pueda que como otras muchas poesías propias que, según se asevera,

pensaba dar a la estampa Pérez Bonalde, háyase perdido o extraviado en uno de los viajes del errabundo trovador, de límpida conciencia, de apuesto y austero continente, perpetuo aspirante del sosiego, que desde el fatal momento en que el destino adverso, hundió en las sombras de lo desconocido a Flor, su idolatrada hija, a la que ya por siempre jamás nunca vería, añoraba por la ciudad querida, do palparon sus ojos la primera lumbre.

Hastiado peregrino de la vida, accediendo al llamado de la tierra, en 1890 regresa de nuevo al patrio suelo. Esta vez iba a permanecer definitivamente entre nosotros. Su llegada conmueve a jóvenes y viejas generaciones. Llenas de júbilo las primeras se aprestan a darle la cordial bienvenida y expresan la admiración que le profesan y que su esplendorosa fama les inspira. Su lacerado corazón responde con amor al afecto y a las deferentes demostraciones de cuantos le circundan. De aquí el cariño y el respeto con que le tratan y la póstuma apoteosis que, como a Príncipe de nuestra moderna lírica, le rindieron finos artistas, nobles y juveniles espíritus de aquellos tiempos, que en él hallaron al amigo acogedor, sencillo, bueno, de amplia comprensión, presto al consejo útil, contrario a cuanto es envidia y egoísmo y ajeno a toda rivalidad y ambición; al verdadero maestro, sembrador de ideas, forjador de un ambiente más propicio al cultivo del arte e iniciador de una renovación literaria, al ser de los primeros en abrir desconocidos rumbos, buscar otros tonos y coloridos, en reaccionar contra los preceptos en uso, introducir elementos heteróclitos y formas métricas que parecieron raras y difíciles y al orientarse hacia nuevas formas de sensibilidad y expresión. Fue uno de los precursores del modernismo en América, y, por eso, para la mayoría de sus contemporáneos en Venezuela, un exótico, un incomprendido.

Desengañado de los hombres, el fuerte luchador de enantes, abatido, indiferente, extraño a cuanto le rodea, se deja consumir por el tedio: es el ser que de sí mismo huye por si pudiese olvidar sus desventuras y al que no alcanzan del mundo los placeres a mitigar sus penas y dolores. Una glacial tristeza ha invadido su espíritu. No más cantos de amor ni alegres trovas

de su lira brotan. Sólo la nota triste, reflejo de su alma, de tarde en tarde se escapa de su pecho. Cada día, como si presintiese la llegada de la que no olvida ni perdona, se reconcentra más dentro de sí, hasta que, al cabo, rendido al peso de su adversa suerte, vencido cae el soñador sin vida. En llegando la muerte, el gran rebelde, el bardo de la duda, del dolor y de la desesperanza, alcanza al fin la ansiada calma, la anhelada paz. Y al entrar ese día su nombre en el reino de la inmortalidad, su gélido cadáver, en tosca urna de sencillo pino, conducida en hombros de pobres pescadores, manos amigas lo depositaron en humilde fosa, a donde muy pocos fueron a darle la eterna despedida. Extinguidas las míseras pasiones que ayer alrededor suyo se agitaron, rindámosle la suprema justicia que nos imponen su recia personalidad y su grandiosa obra, y a la vez honrémonos honrando la memoria famosa del compatriota insigne, que, al reclinar por siempre la cabeza sobre los lauros del deber cumplido, supo caer en su mortal regazo con alma en paz y con la frente erguida.

## Poesías

# Vuelta a la Patria

*A mi hermana Elodia.*

## I

Tierra! grita en la prora el navegante,  
Y confusa y distante,  
Una línea indecisa  
Entre brumas y ondas se divisa.

Poco a poco del seno  
Destacándose va del horizonte,  
Sobre el éter sereno  
La cumbre azul de un monte;

Y así como el bajel se va acercando,  
Va extendiéndose el cerro  
Y unas formas extrañas va tomando;  
Formas que he visto cuando  
Soñaba con la dicha en mi destierro.

Ya la vista columbra  
Las riberas bordadas de palmares,  
Y una brisa cargada con la esencia  
De violetas silvestres y azahares,  
En mi memoria alumbra  
El recuerdo feliz de mi inocencia,  
Cuando pobre de años y pesares  
Y rico de ilusiones y alegría,  
Bajo las palmas retozar solía

Oyendo el arrullar de las palomas,  
Bebiendo luz y respirando aromas.

Hay algo en esos rayos brilladores  
Que juegan por la atmósfera azulada,  
Que me habla de ternuras y de amores  
De una dicha pasada,  
Y el viento, al suspirar entre las cuerdas,  
Parece que me dice: “¿no te acuerdas?” ...

---

Ese cielo, ese mar, esos cocales,  
Ese monte que dora  
El sol de las regiones tropicales...  
Luz! Luz al fin! —los reconozco ahora:  
Son ellos, son los mismos de mi infancia,  
Y esas playas que al sol del mediodía  
Brillan a la distancia,  
¡Oh inefable alegría!  
Son las riberas de la patria mía!

Ya muerde el fondo de la mar hirviente  
Del ancla el férreo diente;  
Ya se acercan los botes desplegando  
Al aire puro y blando  
La enseña tricolor del pueblo mío!  
¡A tierra! a tierra! o la emoción me ahoga,  
O se adueña de mi alma el desvarío!

Llevado en alas de mi ardiente anhelo,  
Me lanzo presuroso al barquichuelo  
Que a las riberas del hogar me invita.  
Todo es grata armonía; los suspiros

De la onda de zafir que el remo agita;  
De las marinas aves Los caprichosos giros;  
Y las notas suaves,  
Y el timbre lisonjero,  
Y la magia que toma  
Hasta en labios del tosco marinero  
El dulce son de mi nativo idioma.

¡Volad, volad veloces,  
Ondas, aves y voces!  
Id a la tierra donde el alma tengo  
Y decidle que vengo  
A reposar, cansado caminante,  
Del hogar a la sombra un solo instante;  
Decidle que en mi anhelo, en mi delirio  
Por llegar a la orilla, el pecho siente  
Dulcísimo martirio;  
Decidle, en fin que mientras estuvo ausente  
Ni un día, ni un instante hela olvidado,  
Y llevadle este beso que os confío,  
Tributo adelantado  
Que desde el fondo de mi ser le envío.

---

Boga, boga, remero; así... llegamos!  
¡Oh emoción hasta ahora no sentida!  
Ya piso el santo suelo en que probamos  
El almíbar primero de la vida!

Tras ese monte azul cuya alta cumbre  
Lanza reto de orgullo Al zafir de los cielos,

Está el pueblo gentil donde al arrullo  
Del maternal amor rasgué los velos  
Que me ocultaban la primera lumbre.

¡En marcha, en marcha, postillón, agita  
El látigo inclemente!  
Y á más andar, el carro diligente  
Por la orilla del mar se precipita.

No hay peña ni ensenada que en mi mente  
No venga a despertar una memoria,  
Ni hay ola que en la arena humedecida  
No escriba con espuma alguna historia  
De los alegres tiempos de mi vida.  
Todo me habla de sueños y cantares,  
De paz, de amor y de tranquilos bienes,  
Y el aura fugitiva de los mares  
Que viene, leda, a acariciar mis sienes,  
Me susurra al oído  
Con misterioso acento: “Bienvenido.”

Allá van los humildes pescadores  
Las redes a tender sobre la arena;  
Dichosos que no sienten los dolores  
Ni la punzante pena  
De los que lejos de la patria lloran;  
Infelices que ignoran  
La insondable alegría  
De los que tristes del hogar se fueron  
Y luego, ansiosos, al hogar volvieron!

Son los mismos que un día,  
Siendo niño admiraba yo en la playa,

Pensando, en mi inocencia,  
Que era la humana ciencia,  
La ciencia de pescar con la atarraya.

Bien os recuerdo, humildes pescadores,  
Aunque no a mí vosotros, que en la ausencia  
Los años me han cambiado y los dolores.

Ya ocultándose va tras un recodo  
Que hace el camino, el mar, hasta que todo  
Al fin desaparece.  
Ya no hay más que montañas y horizontes,  
Y el pecho se estremece  
Al respirar, cargado de recuerdos,  
El aire puro de los patrios montes.

De los frescos y límpidos raudales  
El murmurio apacible;  
De mis canoras aves tropicales  
El melodioso trino que resbala  
Por las ondas del éter invisible;  
Los perfumados hálitos que exhala  
El cáliz áureo y blanco  
De las humildes flores del barranco;

Todo a soñar convida,  
Y con suave empeño  
Se apodera del alma enternecida  
La indefinible vaguedad de un sueño.

Y rueda el coche, y detrás de las horas  
Deslízanse ligeras

Sin yo sentir, que el pensamiento mío  
 Viaja por el país de las quimeras,  
 Y sólo hallan mis ojos sin mirada  
 Los incoloros senos del vacío...

De pronto, al descender de una hondonada,  
 “Caracas! allí está!” dice el auriga,  
 Y súbito el espíritu despierta  
 Ante la dicha cierta  
 De ver la tierra amiga.

Caracas allí está; sus techos rojos,  
 Su blanca torre, sus azules lomas  
 Y sus bandas de tímidas palomas  
 Hacen nublar de lágrimas mis ojos!

Caracas allí está; Vedla tendida  
 A las faldas del Ávila empinado,  
 Odalisca rendida  
 A los pies del sultán enamorado.

Hay fiesta en el espacio y la campaña,  
 Fiesta de paz y amores:  
 Acarician los vientos la montaña;  
 Del bosque los alados trovadores  
 Su dulce canturía  
 Dejan oír en la alameda umbría;  
 Los menudos insectos en las flores  
 A los dorados pistilos se abrazan;  
 Besa el aura amorosa al manso Guaire,  
 Y con los rayos de la luz se enlazan  
 Los impalpables átomos del aire.

¡Apura, apura, postillón! agita  
 El látigo inclemente!  
 ¡Al hogar, al hogar! que ya palpita  
 Por él mi corazón... mas, no —detente!  
 ¡Oh infinita aflicción! oh desgraciado  
 De mí, que en mi soñar hube olvidado  
 Que ya no tengo hogar!... Para, cochero:  
 Tomemos cada cual nuestro camino;  
 Tú, al techo lisonjero  
 Do te aguarda la madre, el ser divino  
 Que es de la vida centro y alegría,  
 Y yo... yo al cementerio  
 Donde tengo la mía.

¡Oh insoluble misterio  
 Que trueca el gozo en lágrimas ardientes!  
 ¿En dónde está, Señor, esa tu santa  
 Infinita bondad, que así consientes  
 Junta á tanto placer, tristeza tanta?

Ya no hay fiesta en los aires; ya no alegra  
 La luz que el campo dora;  
 Ya no hay sino la negra  
 Pena cruel que el pecho me devora.  
 Valor! firmeza, corazón! no brotes  
 Todo tu llanto ahora—no lo agotes,  
 Que mucho, mucho que sufrir aún falta:  
 Ya no lejos resalta  
 De la llanura sobre el verde manto  
 La ciudad de las tumbas y del llanto;



Ya me acerco, ya piso  
 Los callados umbrales de la muerte,  
 Ya la modesta lápida diviso  
 Del angélico ser que el alma llora;  
 Ven, corazón, y vierte  
 Tus lágrimas ahora.

## II

Madre, aquí estoy; de mi destierro vengo  
 A darte con el alma el mudo abrazo  
 Que no te pude dar en tu agonía;  
 A desahogar en tu glacial regazo  
 La pena aguda que en el pecho tengo  
 Y a darte cuenta de la ausencia mía.

Madre, aquí estoy; en alas del destino  
 Me alejé de tu lado una mañana  
 En pos de la fortuna  
 Que para ti soñé desde la cuna;  
 Mas ¡oh suerte inhumana!  
 Hoy vuelvo, fatigado peregrino,  
 Y solo traigo que ofrecerte pueda  
 Esta flor amarilla del camino  
 Y este resto de llanto que me queda.

Bien recuerdo aquel día,  
 Que el tiempo en mi memoria no ha borrado;  
 Era de Marzo una mañana fría  
 Y cerraba los cielos el nublado.  
 Tú en el lecho aún estabas,

Triste y enferma y sumergida en duelo,  
 Que con alma de madre contemplabas  
 El hondo desconsuelo  
 De verme separar de tu regazo.  
 Llegó la hora despiadada y fiera,  
 Y con el pecho herido  
 Por dolor hasta entonces no sentido,  
 Fui á darte, madre, mi postrer abrazo  
 Y a recibir tu bendición postrera.

¡Quién entonces pensara  
 Que aquella voz angélica en mi oído  
 Nunca más resonara!  
 Tú, dulce madre, tú, cuando infelice,  
 Dijiste al estrecharme contra el pecho:  
 “Tengo un presentimiento que me dice  
 Que no he de verte más bajo este techo”.

Con un supremo esfuerzo desliguéme  
 De los amantes lazos  
 Que me formaban en redor tus brazos,  
 Y fuera me lancé como quien teme morir de sentimiento...  
 Y Oh terrible momento!  
 Yo fuerte me juzgaba,  
 Mas, cuando fuera me encontré y aislado,  
 El vértigo sentí del pajarillo  
 Que en la jaula criado,  
 Se ve de pronto en la extensión perdido  
 De las etéreas salas,  
 Sin saber dónde encontrará otro nido  
 Ni á donde, torpes, dirigir sus alas.

---

Desató el sollozar el nudo estrecho  
Que ahogaba el corazón en su quebranto,  
Y se deshizo en llanto  
La tempestad que me agitaba el pecho.

Después, la nave me llevó a los mares,  
Y llegamos al fin, un triste día  
A una tierra muy lejos de la mía,  
Donde en vez de perfumes y cantares,  
En vez de cielo azul y verdes palmas,  
Hallé nieblas y ábregos, y un frío  
Que helaba los espacios y las almas.

Mucho, madre, sufrí con pecho fuerte,  
Mas suavizaba el sufrimiento impío  
La esperanza de verte  
Un tiempo no lejano al lado mío.  
¡Ay del mortal que ciego  
Confía su ventura a la esperanza!...  
La ley universal cumplióse luego,  
Y vi en el alma, presta,  
La mía disiparse,  
Cual mira en lontananza  
Torcer el rumbo en dirección opuesta  
El náufrago al bajel que vio acercarse.

---

Bien recuerdo aquel día  
Que el tiempo en mi memoria no ha borrado  
Era de Marzo otra mañana fría  
Y los cielos cerraba otro nublado,

Triste, enfermo y sin calma,  
En ti pensaba yo cuando me dieron  
La noticia fatal que hirió mi alma,  
Lo que sentí decirlo no sabría...  
Solo sé que mis lágrimas corrieron  
Como corren ahora, madre mía.

Después, al mundo me lancé, agitado,  
Y atravesé océanos y torrentes,  
Y recorrí cien pueblos diferentes;  
Tenue vapor del huracán llevado,  
Alga sin rumbo que la mar flagela,  
Viento que pasa, pájaro que vuela.

---

Mucho, madre, he adquirido,  
Mucha experiencia y muchos desengaños,  
Y también he perdido  
Toda la fe de mis primeros años.

¡Feliz quien como tú ya en esta vida  
No tiene que luchar contra la suerte  
Y puede reposar en la seguida,  
Inalterable calma de la muerte;  
Sin ver ni padecer el mal eterno  
Que nos hiere doquier con saña cruda,  
Ni llevar en el pecho el frío interno  
De la indomable duda!

¡Feliz quien como tú, con altiveza  
Reclinó para siempre la cabeza  
Sobre los lauros del deber cumplido,  
Cual la reclina, por la muerte herido,

Tras el combate rudo,  
Risueño, el gladiador sobre su escudo!

Esa, madre, es tu gloria  
Y la alta recompensa de tu historia,  
Que el premio solo del deber sagrado  
Que impone el cristianismo  
Está en el hecho mismo  
De haberlo practicado.

---

Madre, voy a partir; mas parto en calma  
Y sin decirte adiós, que eternamente  
Me habrás de acompañar en esta vida;  
Tú has muerto para el mundo indiferente,  
Mas nunca morirás, madre del alma,  
Para el hijo infeliz que no te olvida.

Y fuera el paso nuevo,  
Y desde su alto y celestial palacio,  
Su brillo siempre nuevo  
Derrama el sol por el cerúleo espacio...

Ya lejos de los túmulos me encuentro,  
Ya me retiro solitario y triste;  
Mas ¡ay! ¿a dónde voy? si ya no existe  
De hogar y madre el venturoso centro!...  
A dónde? —A la corriente de la vida,  
A luchar con las ondas brazo á brazo,  
Hasta caer en su mortal regazo  
Con alma en paz y con la frente erguida!

## Flor

### I

Flor se llamaba: flor era ella,  
Flor de los valles en una palma,  
Flor de los cielos en una estrella,  
Flor de mi vida, flor de mi alma.

Era más suave que blando aroma;  
Era más pura que albor de luna,  
Y más amante que una paloma,  
Y más querida que la fortuna.

Eran sus ojos luz de mi idea,  
Su frente lecho de mis amores,  
Sus besos eran dulzura hiblea,  
Y sus abrazos collar de flores.

Era al dormirse tarde serena,  
Al despertarse rayo del alba,  
Cuando lloraba limbo de pena,  
Cuando reía cielo que salva.

La de los héroes ansiada palma,  
De los que sufren el bien no visto,  
La gloria misma que sueña el alma  
De los que esperan en Jesucristo;

Era a mis ojos condena odiosa  
Si comparada con la alegría,

De ser el vaso de aquella rosa,  
De ser el padre de la hija mía.

Cuando en la tarde tornaba al nido  
De mis amores, cansado y triste,  
Con el inquieto cerebro herido  
Por esta duda de cuanto existe;

Su madre tierna me recibía  
Con ella en brazos—yo la besaba...  
Y entonces... todo lo comprendía,  
Y al Dios sentido todo lo fiaba!...

¿Qué el mal impera? —Delirio craso!  
¿Qué hay hechos ruines? —Error profundo!  
¿No estaba en ella mirando acaso  
La ley suprema que rige al mundo?

Ah! cómo ciega la dicha al hombre,  
Cómo se olvida que es rey el duelo,  
Que hay desventuras sin fin ni nombre  
Que hacen los puños alzar al cielo!...

.. .. .

Señor! ¿existes? ¿Es cierto que eres  
Consuelo y premio de los que gimen,  
Que en tu justicia tan sólo hieres  
Al seno impuro y al torvo crimen?

Responde entonces: ¿por qué la heriste?  
¿Cuál fue la mancha de su inocencia,  
Cuál fue la culpa de su alma triste?  
Señor! respóndeme en la conciencia!

Alta la llevo siempre, y abierta,  
Que en ella nada negro se esconde;  
La mano firme llevo a su puerta,  
Inquiero... y nada, nada responde!

Sólo del, alma sale un gemido  
De angustia y rabia, y el pecho, en tanto  
Por mano oculta de muerte herido  
Se baña en sangre, se ahoga en llanto!

Y en torno sigue la impía calma  
De este misterio que llaman vida,  
Y en la tierra yace la flor de mi alma,  
Y al lado suyo mi fe vencida!

## II

Allí está! Blanca, blanca  
Como la nieve virgen que el potente  
Viento del Norte de la cumbre arranca;  
Como el lirio que troncha mano impía  
Orillas de la fuente  
Que en reflejar su albura se engreía!

Allí está!... La suave  
Primavera pasó; pasó el verano  
Y la estación poética en que el ave  
Y las hojas se van; retornó el cano,  
Pálido invierno con su alegre arreo  
De fiesta y de niños, y aún la veo  
Y la veré por siempre!... Allí está... fría

Entre rosas tendida, como ella  
Blancas y puras y en botón cortadas  
Al despuntar el día!...

Ay! en la hora aquella,  
¿Dónde estaban las hadas  
Protectoras del niño,  
Que no vinieron con la clara estrella  
De su vara de armiño  
A tocar en la frente a la hija mía,  
A devolver la luz a aquellos ojos,  
Y a arrancar de mi pecho los abrojos  
De esta inmensa agonía,  
De este dolor eterno, de esta angustia  
Infinita, fatal, inmensurable,  
De este mal implacable  
Que deja el alma mustia  
Para siempre jamás—que nada alcanza  
A mitigar en este mundo incierto!

Nada! ni la esperanza  
Ni la fe del creyente  
En la ribera nueva,  
En el divino puerto  
Donde la barca que las almas lleva  
Habrá de anclar un día;  
Ni el bálsamo clemente  
De la grave, inmortal filosofía;  
Ni tú misma, divina Poesía  
Que esta arpa de las lágrimas me entregas  
Para entonar el psalmo de mi duelo!...  
Tú misma, no, no llegas

A calmar mi dolor!...

¡Ábrase el cielo!  
Desgájese la gloria en rayos de oro  
Sobre mi frente... y desdeñosa, altiva  
De su mal sin consuelo  
Al celestial tesoro  
El alma mía cerrará su puerta:  
Que ni aquí, ni allá arriba  
En la región abierta  
De la infinita bóveda estrellada,  
Nada hay más grande, nada!  
Más grande que el amor de mi hija viva,  
Más grande que el dolor de mi hija muerta!

## El poema del Niágara

*Al Excmo. Señor Don Emilio Castelar, este  
humilde canto, en homenaje de sincera,  
ardiente y profunda admiración.*

*Dedica,*

*El Autor.*

### I

#### La lira y el arpa

¿Y podrás, lira mía,  
En tus débiles cuerdas el rugido  
Hallar del aquilón; el estampido  
Retumbante del trueno,  
Cuando su fragorosa artillería  
Barre de seno en seno  
La combatida bóveda sombría!...  
¿Podrás el ronco acento  
Hallar del mar sañudo y turbulento,  
Y la potente fibra  
Que en la gigante cítara del viento,  
Con rudo plectro la tormenta vibra?  
Podrás, en fin, de Heredia peregrino,  
Hallar la fuerte, la robusta nota  
Y el impetuoso grito de entusiasmo,  
Tú, pobre lira rota,  
Para alzar inmortal canto divino  
Al rey de los torrentes,  
Gala de un mundo y de los hombres pasmo,  
Niágara atronador que hoy se levanta

Circundado de glorias esplendentes  
 Ante mi vista deslumbrada, y llena  
 El alma mía de pavor sublime,  
 Y enmudece la voz en mi garganta  
 Y con su inmensa majestad me oprime?  
 ¡Qué importa! Si la altiva, la serena  
 Musa inmortal de Píndaro y Quintana  
 Me negare, tirana,  
 Sus divinos favores,  
 Me quedas tú, sombría  
 Diosa de los poéticos dolores,  
 Numen inspirador de la elegía!  
 Sí, tú me quedarás, tú siempre fuiste,  
 En el desierto de mi vida triste,  
 Mi columna de sombras por el día  
 Y mi encendida nube por la noche...

—————  
 Ven a mis manos, pues, ven, arpa mía,  
 Que ya en mi pensamiento abre su broche  
 Bajo el beso fecundo  
 De la alma inspiración, la flor del canto!

—————  
 Ven, entre llanto y llanto,  
 A referirle al asombrado mundo  
 De lo sublime el inmortal poema,  
 La soberbia belleza que dilata

—————  
 En noble aspiración el pecho triste,  
 Y la emoción suprema,

Y el horror misterioso que sentiste  
 Al borde de la inmensa catarata!

## II El río

Azul, ancho, sereno,  
 Espejo de los cielos que retrata  
 En su límpido seno,  
 De majestuosos pinos coronado,  
 Al blando murmurio  
 De espumas de cristal y ondas de plata,  
 Sonoro y sosegado,  
 Regando aromas se desliza el río.  
 Y vaga el viajador por sus riberas  
 Oyendo los suspiros de las aves  
 Y las notas suaves  
 De las brisas ligeras  
 Que vienen a empujar sobre las ondas  
 El ancho lino de las blancas naves.  
 Todo es paz en la tierra  
 Y todo luz en las etéreas blondas!...  
 ¿Oís?... Allá, a lo lejos,  
 Algo como un rumor, sordo, perdido...  
 ¿Qué será ese ruido?  
 ¿Será el viento en la sierra,  
 Precursor de los cárdenos reflejos  
 Del rayo asolador?... No; el horizonte  
 Sereno resplandece, y ni una nube

Se cierne sobre el monte.  
 Escuchad cómo sube...  
 Va creciendo por grados, va creciendo...  
 Ya no es ruido lejano, ya es estruendo  
 Que el ámbito ensordece,  
 Y a medida que crece,  
 Va la linfa perdiendo  
 Su serena quietud; ya las espumas  
 No son las blandas; las ligeras plumas  
 Que adornaban, graciosas,  
 La inmaculada frente  
 De la mansa corriente:  
 Son oleadas ruidosas,  
 Son roncoss hervideros bullidores  
 Que rugen, que se encrespan, que batallan,  
 Que reflejan del iris los colores.  
 Y es en vano el luchar; la fuerza suma  
 De un poder misterioso, oculto, interno,  
 Sin cesar los sacude, los agita  
 Y al fin los precipita  
 En espumante remolino eterno.  
 Vórtice arrobador, bello, horroroso,  
 Que hace olvidar, al contemplarlo mudo,  
 El trueno misterioso  
 Que ya cerca retumba  
 Con ímpetu sañudo...  
 Blanco vapor se eleva  
 Sobre el nivel del agua, allá a lo lejos,  
 Do con fuerza mayor el trueno zumba;

---

Y la corriente embravecida lleva  
 Del encumbrado sol a los reflejos,  
 Pinos de sus orillas arrancados,  
 Cascos de naves, míseros despojos  
 Por su implacable cólera arrastrados.  
 De pronto, un torbellino  
 De vaporosas chispas, invadiendo  
 El aire cristalino,  
 En lluvia azotadora el rostro os hiela  
 Y os baña, y os hostiga y os flagela  
 Al ronco son del pavoroso estruendo!..  
 No deis un paso más; cerrad los ojos,  
 Que no os trastorne el vértigo la mente...  
 Bajad por la colina...  
 Ahora abridlos, y postraos de hinojos!

### III

#### El torrente

¡Oh espectáculo inmenso! ¡oh sorprendente  
 Panorama de horror y de hermosura!  
 Oh inenarrable escena peregrina  
 Que a un tiempo el llanto y la sonrisa arranca!  
 Falta al pecho el aliento; la luz pura  
 Falta a los ojos por exceso de ella,  
 Y la sangre se estanca  
 Y al corazón se agolpa y lo atropella...  
 Oh! qué sublime horror! el ancho río,  
 Desde escarpada, gigantesca altura,  
 En toda la extensión de su pujanza,



De súbito se lanza  
 En el abismo fragoroso y frío!  
 ¡Paso! ¡Paso al coloso!  
 La amedrentada tierra  
 Gime bajo su peso; el poderoso  
 Raudal se precipita,  
 Y tras breve batalla.  
 Cuanto su marcha cierra,  
 Cuanto a sus pies palpita,  
 Colinas, valles, árboles, peñones,  
 Rompe, tala, avasalla,  
 Y triunfador altivo, sus blasones  
 Despliega al orbe que, agitado y mudo  
 De admiración, lo acata;  
 Digno blasón de su glorioso escudo:  
 En campo azul, vorágine de plata!  
 Ved cómo tiembla la humillada roca  
 Y el combatido centro del abismo  
 Cuando su seno toca  
 Con el rudo fragor del cataclismo  
 La desprendida mole del torrente!  
 Lago de espuma hirviente,  
 Como vasto incensario,  
 Alza eterno plumaje  
 De flotantes y fúlgidos vapores,  
 En severo homenaje  
 A la deidad terrible del santuario:  
 Al dios de los abismos bramadores,  
 Al numen dueño del cerrado arcano  
 Que guardan en su seno oscuro y frío  
 Las simas, y los antros, y el océano,

Las sombras y el vacío.  
 ¿Da te ocultas, deidad atronadora?  
 En qué confín perdido del torrente  
 Tienes tu húmedo lecho,  
 Para volar ansioso y diligente  
 A tu encuentro feliz; Sí, ya la hora  
 Sonó de interrogarte frente a frente;  
 Sí, yo tengo el derecho,  
 Como cantor, como hombre,  
 De venir a tu lóbrego palacio,  
 De la verdad en nombre,  
 A pedirte el secreto del abismo,  
 Ese enigma profundo  
 Que debe ser el mismo  
 Que, no resuelto aún, lleva en el pecho  
 El mísero mortal en este mundo:  
 La rebelión, la duda, la agonía  
 Del corazón en lágrimas deshecho!...  
 ¡Genio, responde a mi clamor, responde.  
 ¿Por dónde, di, por dónde  
 Se va hasta ti? La fría,  
 La inmensa, la impetuosa catarata  
 Que en lluvia de diamantes se desata  
 Al descender al antro furibundo,  
 Con su raudal frenético me esconde  
 Los umbrales de plata  
 De tu oscuro palacio:  
 El estruendo iracundo  
 Ensordece el espacio,  
 Y la agitada espuma  
 Me azota el rostro y por doquier me abruma.

## IV

## Sub-umbra

¿Por qué, por qué en mi auxilio  
 No vienes hasta mí? ... ¿Da estás, Virgilio?  
 Tú, que guiaste al profundo,  
 Como padre y maestro,  
 Al monarca del estro,  
 Al animoso bardo florentino!  
 Ven, tiéndeme la mano,  
 Ven, muéstrame el camino...  
 Nadie!... ni un alma... ni una voz!  
 En vano Fué mi clamor. . .  
 ¡Qué importa! Nunca alarde  
 Hizo de temerario el bardo triste;  
 Mas nunca fue cobarde,  
 Que su valor resiste  
 A todos los embates de la suerte,  
 Pues a más de profeta,  
 Sacerdote y caudillo,  
 Es la misión sublime del poeta  
 Ser héroe denodado, aunque sencillo,  
 Y vencedor del tiempo y de la muerte!...  
 ¡Adelante, alma mía!  
 Allí, junto al peligro está la boca  
 De la sima profunda...  
 Fe, valor, osadía!  
 Ya el pie resbala en la musgosa roca,  
 Ya la lluvia iracunda  
 Me flagela la frente...  
 Este es mi Sinaí relampagueante,

Este es mi Oreb ardiente!...  
 Adelante! Adelante!  
 ¡Qué horrorosa caverna!  
 ¡Qué espantoso ruido!  
 Aquí tienen su nido  
 La oscuridad eterna,  
 El torbellino airado,  
 La fragorosa espuma,  
 El Aquilón helado,  
 La sofocante y cegadora bruma!...  
 ¡Adelante, adelante! Allá en el fondo,  
 La sombra es más intensa,  
 El rugido más fuerte,  
 La atmósfera más densa  
 Y más cerca al espíritu la muerte.  
 Allí, allí está el hondo  
 Santuario en que se oculta  
 El dios de la terrible catarata!  
 ¡Cómo llegar a él!... En arco enorme  
 Que en el vórtice hirviente se sepulta,  
 Sobre mi frente pálida, tendida  
 Cual bóveda de plata,  
 Pasa la mole rápida y deforme  
 De la corriente al batarro impelida.  
 Bajo mis pies se escapa La resbalosa peña  
 Que sirve, artera, de engañosa capa  
 A la muerte en sus grietas escondida.  
 El vértigo se adueña  
 De mi turbada mente...  
 Un paso más... y terminó la vida!

V  
El eco

Heme aquí frente a frente  
De la espesa tiniebla desde donde  
Oírme debe la deidad rugiente  
Que en su seno se esconde:

—“Dime, Genio terrible del torrente,  
¿Adónde vas al trasponer la valla  
Del hondo precipicio, Tras la ruda batalla  
De la atracción, la roca y la corriente?...  
¿Adónde va el mortal cuando la frente  
Triunfadora del vicio,  
Yergue, al bajar a la mundana escoria  
En pos de amor y venturanza y gloria?  
¿Adónde, van, adonde,  
Su fervoroso anhelo,  
Tu trueno que retumba?...”  
Y el eco me responde,  
Ronco y pausado: *tumba!*

—  
¡Espíritu de hielo,  
Que así respondes a mi ruego, dime:  
Si es la tumba sombría  
El fin de tu hermosura y tu grandeza;  
El término fatal de la esperanza,  
De la fe y la alegría;  
Del corazón que gime  
Presa del desaliento y los dolores;

Del alma que se lanza  
En pos de la belleza,  
Buscando el ideal y los amores;  
Después que todo pase,  
Cuando la muerte, al fin, todo lo arrase,  
Sobre el océano que la vida esconde,  
Dime qué queda; di, qué sobrenada?...”  
Y el eco me responde,  
Triste y doliente: *nada!*

—  
Entonces, ¿por qué ruges,  
Magnífico y bravío,  
Por qué en tus rocas, impetuoso, cruje  
Y al universo asombros  
Con tu inmortal belleza,  
Si todo ha de perderse en el vacío?...  
¿Por qué lucha el mortal, y ama, y espera,  
Y ríe y goza, y llora y desespera,  
Si todo, al fin, bajo la losa fría  
Por siempre ha de acabar?... Dime, ¿algún día,  
Sabrá el hombre infelice do se esconde  
El secreto del ser?, ¿Lo sabrá nunca?...  
Y el eco me responde,  
Vago y perdido: *nunca!*

—  
Adiós, Genio sombrío,  
Más que tu gruta y tu torrente helado;  
No más exijo de tu labio impío,  
Que al alejarme, triste, de tu lado,

Llevo en el cuerpo y en el alma frío.  
 A buscar la verdad vine hasta el fondo  
 De tu profunda cueva;  
 Mas, ay!, en vez de la razón ansiada,  
 Un abismo más hondo  
 Mi alma desesperada  
 En su seno al salir, consigo lleva...  
 Ya sé, ya sé el secreto del abismo  
 Que descubrir quería...  
 Es el mismo, es el mismo  
 Que lleva el pensador dentro del pecho:  
 La rebelión, la duda, la agonía  
 Del corazón en lágrimas deshecho!

## VI ¡Hosanna!

Y lejos de la gruta el paso guío  
 Contra el azote del raudal luchando.  
 Ya fuera estoy del ámbito sombrío!  
 Oh! Qué bella es la luz; ¡qué hermosa, cuando  
 Salimos del horror de las tinieblas!...  
 Ved cómo juega en círculo brillante  
 Sobre las blancas nieblas  
 Que circundan la frente del gigante!  
 Ved los tintes que toma,  
 Según viene a su encuentro,  
 Ya en penacho de pluma,  
 Ya en velo de cristal o en lluvia fina,

La vaporosa espuma  
 O el agua cristalina.  
 Aquí, en el ancho centro,  
 Ostenta los colores  
 Del cuello tornasol de la paloma;  
 Allá es verde esmeralda,  
 Abajo, azul de límpido zafiro;  
 Y vista de lo alto,  
 Es mágica guirnalda  
 De irisados fulgores,  
 De la ovación en el revuelto giro  
 Al pie arrojada del augusto salto!...

---

Y pensar, y pensar que tal tesoro,  
 Tanta regia hermosura,  
 Traidora esconde como sirte oscura  
 En su seno insondable,  
 Inflexible a la súplica y al lloro,  
 A la amenaza fiera, al canto tierno,  
 La muerte inexorable,  
 La eterna sombra y el olvido eterno...

---

¡Ay de aquel que, inocente,  
 Se deje fascinar por su belleza,  
 Y con pie descuidado  
 Se aproxime al torrente!  
 ¡Ay de ti, trovador entusiasmado  
 Por la ideal grandeza  
 En que tu alma se inspira,

Si a tus sueños de gloria abandonado,  
 No combates el vértigo que gira  
 En tu encendida y deslumbrada mente!...  
 ¡Ay de ti, pobre nauta,  
 Si tu barquilla incauta  
 Toca al borde traidor de la corriente!...  
 ¡Ay de ti, criminal de manos rojas,  
 Si, huyendo de la ira  
 De la justicia humana,  
 O de la faz tirana  
 De aquellos, ay, que por tu causa gimen,  
 Con ánimo imprudente  
 A cruzarlo te arrojas!...  
 ¿Qué le importa al abismo oscuro y hondo,  
 Si es escogido o réprobo el que espira,  
 Si es la virtud o el crimen,  
 El puñal o la lira,  
 Lo que arrastran las aguas a su fondo!

---

¡Quién como tú feliz, Niágara undoso!  
 ¡Quién como tú, glorioso!  
 Tienes, para tu orgullo,  
 Y para orgullo que jamás perece.  
 De la libre región que se adormece  
 Al rudo son de tu gigante arrullo,  
 Un continente, un mundo por imperio,  
 El abismo por trono,  
 Por escabel la sombra y el misterio;  
 Por himno de victoria  
 Del trueno eterno el pavoroso tono;

La hermosura suprema  
 Por cetro de tu gloria;  
 El iris rutilante por diadema;  
 Por incienso, el vapor de hirviente plata  
 Que, en elástica nube,  
 Eternamente sube  
 Del hondo seno oculto  
 Al choque de la rauda catarata;  
 Por sacerdotes sumos de tu culto  
 Los genios de la tierra,  
 La lira y los pinceles;  
 Y por vasallos fieles  
 Las razas, las naciones,  
 Y las generaciones  
 De asombro mudas, que el planeta encierra.

## VII

### Hombre y abismo

¡Quién como tú feliz, Niágara undoso!  
 ¡Quién como tú, glorioso!  
 Mas a pesar de tu grandeza suma,  
 A pesar de tu insólita belleza,  
 De tu trueno, y tu vórtice, y tu bruma,  
 A pesar de tu indómita fiereza  
 Y tu poder sin nombre,  
 Tú no eres más que yo, ni más que el hombre!  
 Tú eres la imagen viva  
 De la proscrita humanidad altiva;  
 Tú eres el hombre mismo



Ya en fango transformadas,  
 De sueños y de glorias,  
 De cerúleos amores,  
 De esperanzas rosadas,  
 De apariciones blondas...  
 Simas tal vez más hondas  
 Que todos tus horrores!  
 Tú ostentas en tu frente majestuosa  
 El iris luminoso de los cielos  
 Que en círculo te ciñe, cual diadema  
 De oro y zafir, y de esmeralda y rosa!  
 Y al hombre triste, en medio de los duelos  
 De su lucha suprema,  
 Lo corona en señal de nueva alianza  
 El iris del amor y la esperanza!

### VIII La poesía

Viene el invierno rígido, inclemente,  
 De los climas boreales  
 Donde sientas tus reales,  
 Y te azota la frente,  
 Y congela su aliento tus espumas,  
 Y convierte tus brumas  
 En columnas prismáticas de plata,  
 Donde la luz del cielo  
 Se quiebra y se dilata  
 En un mar de cromáticas centellas  
 Que te envuelven, amantes, como un velo

Tachonado de estrellas,  
 Como un jirón del iris arrancado  
 A la aurora magnética del Polo!  
 Todo en torno de ti, todo está helado;  
 Todo respira el frío de la tumba,  
 Sólo tu empuje, tu torrente sólo  
 Resiste al enemigo  
 Y en el silencio, indómito, retumba...  
 Jamás! jamás te alcanzará su ira;  
 Todo a tus plantas morirá; tú, en tanto,  
 Te alzarás inmortal, como testigo  
 Solitario del fin!... Así la lira,  
 Así del bardo el inspirado canto!  
 Ni el tiempo, ni la negra tiranía.  
 Ni el martirio, ni el llanto,  
 Podrán jamás helar la poesía  
 En el alma del mundo;  
 Porque es ella, ella sola,  
 El Ideal fecundo  
 Detrás del cual la humanidad se lanza;  
 La infatigable ola  
 Que eternamente gime  
 En la arena del mar de la Esperanza;  
 El Cristo que redime,  
 El Honor que enaltece,  
 La Virtud que consuela,  
 La Libertad divina que ennoblece.  
 Es ella el Arte que al mortal revela  
 La Belleza increada;  
 La Ciencia que debela  
 La sombra que a los astros oscurece;

La Luz que en la mirada,  
 Cuando la forma del Amor reviste,  
 Se refleja radiante  
 Y da consuelo al triste,  
 Descanso al caminante,  
 Linfa pura al sediento,  
 Al desnudo, calor, pan al hambriento.

---

Es la eterna tendencia,  
 Es la constante aspiración del hombre  
 A algo mejor, más puro,  
 Más noble, más hermoso, más perfecto  
 Algo intangible que no tiene nombre,  
 Más allá de la ciencia,  
 Más allá del afecto,  
 Más allá de lo claro y de lo oscuro:  
 Algo infinito que jamás se trunca,  
 Siempre más, siempre más... el linde nunca!  
 Es el brillante prisma diamantino  
 Por el cual, en la tierra,  
 Todo se mira del color del cielo,  
 El Ideal, en fin, puro y divino,  
 Que los sueños encierra,  
 Ancho, dorado, luminoso velo  
 Que en el alma sin fe, desesperada,  
 Benigno, oculta a la mirada impía  
 El tenebroso abismo de la nada.  
 Tal es la Poesía!  
 Tal es el Ideal que en tus raudales  
 Vi reflejado, Niágara tremendo!...

## IX Dies irae

Mas todo al cabo pasa, todo acaba  
 (Menos la eterna, olímpica armonía  
 Del bello dios del día)!...  
 Tú también pasarás: tu ronco estruendo  
 Irá, al fin, a perderse en las eternas  
 Regiones del vacío; tus caudales  
 Luego se secarán a las internas  
 Convulsiones plutónicas del globo;  
 Y allí donde admiraba  
 El bardo altivo, en entusiasta arrobó,  
 Tu fragoroso abismo,  
 Tu remolino hirviente, tus espumas  
 Y tu sin par belleza,  
 Entre ominosas brumas  
 Y pálidos despojos,  
 Con amarga extrañeza  
 Sólo verán los conturbados ojos  
 Las huellas del horrendo cataclismo!

---

Yo pasaré también; irá mi canto  
 A extinguirse en el seno de la muerte  
 A donde todo va; y allí do ardía  
 La sacra inspiración, el estro fuerte  
 Del infelice bardo que su llanto  
 Supo olvidar un día  
 Para cantar tu gloria,  
 Solo habrá vil escoria,



El polvo de una lira confundido  
Con el polvo del muerto,  
Y el eco de un sonido  
Perdido entre los ecos del desierto!

*Julio 4, 1880.  
Cataratas del Niágara,  
(Clifton, Canadá).*

## Heroes del deber

*En la llegada a Nueva York de los restos mortales de una parte de los que compusieron la expedición exploradora a las regiones árticas, en 1879, bajo el mando del heroico Teniente De Long —de la marina americana— y perdida por completo sobre el delta del Lena, entre los hielos de la Siberia Asiática.*

Del Lena al Hudson, del sombrío delta  
Del ártico raudal que, en vez de espumas  
Y tibias ondas y perfumes, suelta  
Hielos y nieves y perpetuas brumas  
En la desierta orilla; hasta la verde  
Margen del río cuya linfa unida  
En dulce lazo con el mar profundo,  
Al pie del ancho zócalo se pierde  
Do se alza en alto pedestal erguida  
“La Libertad iluminando al Mundo”;  
En toda la extensión de un hemisferio,  
A través del imperio  
Do el moscovita airado hoy se resiste  
A la feudal conyunda, frente haciendo  
Al terco despotismo con la muerte;  
O A través del Océano y del estruendo  
Del ronco trueno y la tormenta fuerte  
Vibra un suspiro de homenaje mudo  
Que viene a herir el pecho americano.

Congréganse las gentes:  
El campesino rudo,  
El noble, el sabio, el niño y el anciano;  
Descúbrense las frentes,

Se alzan los brazos agitando palmas  
 O derramando flores... ¿qué sucede?...  
 ¿Quién pasa?... ¿Quién el héroe victorioso  
 Es, que las buenas almas  
 Así junta y conmueve?...  
 ¡Ah! no es el ambicioso  
 Magnate coronado  
 Que vuelve de la guerra,  
 De sangriento laurel la sien ceñida,  
 Después de haber robado  
 Un palmo más de la vecina tierra.  
 No, —quien pasa fue aquél que dio la vida  
 Del hombre y de la ciencia en beneficio:  
 Es DE LONG, el del magno sacrificio,  
 El de la grande empresa malograda,  
 El atrevido nauta, el indomable  
 Explorador de la región helada  
 Que, cual muro insalvable,  
 Se alza entre el hombre indagador y el polo!  
 Mas, ay, no viene solo—  
 Vienen con él sus bravos compañeros,  
 y con todos la muerte!

Aquellos, del deber austero y fuerte  
 Armados caballeros;  
 Aquellos que, al surgir la airosa nave,  
 Audaz, en pos del paralelo extremo,  
 Volver juzgaron con la ansiada clave  
 Del secreto polar y darla al mundo,  
 Aquellos pechos, del valor supremo  
 Y del amor de la verdad santuarios,

Ay! vuelven hoy, tras padecer profundo,  
 Envueltos en sudarios,  
 Fríos, sin vida, heridos por la misma  
 Ciega, fatal, desconocida agencia  
 Que en su ayuda invocaron bajo el santo  
 Nombre de sabia y justa Providencial—  
 ¡Ah! la razón se abisma  
 Ante arcano tan hondo y rigor tanto!...

Un puñado de bravos sacudidos  
 Por la fuerza del bien, llenas las almas  
 Del alto fin de revelar al mundo  
 Los misteriosos ejes escondidos  
 Sobre que gira el globo, sólo palmas  
 Ansiando y gratitud por tan fecundo  
 Rico en promesas, generoso intento,  
 Danse a la mar y al viento!...

Soberbia de sus fuertes navegantes,  
 La multitud que en la ribera agita  
 Improvisadas flámulas, les grita:

—  
 “¡Dios con vosotros va, volved triunfantes!”  
 Y en alas de la gloria y la esperanza,  
 Al ignorado mar tendido el rumbo  
 La frágil quilla sin temor avanza...  
 ¿Va Dios con ellos?... ¡Ay! de tumbo en tumbo,

De tormenta en tormenta;  
 Aquí la ola iracunda  
 Que en los flancos revienta

Y el alto puente inunda;  
 Allá, la masa enorme  
 Del desprendido témpano deforme  
 Que, cual ariete formidable y duro,  
 Viene a chocar contra la prora inerme;  
 Y más allá la sábana de hielo  
 Hasta el confín del horizonte oscuro  
 Do toda vida y movimiento duerme  
 El sueño de la muerte; blanco velo  
 Que oculta para siempre, en lontananza,  
 Bajo el cerrado cielo,  
 De los ojos del nauta la esperanza:  
 Frío y desolación, tormento agudo,  
 Y, Señor de lo alto, En la aterida zona,  
 El Bóreas ronco y rudo,  
 León hambriento del desierto mudo  
 Que no yerra jamás el fiero salto,  
 Que a su presa infeliz jamás perdona!

Nada valió la súplica ferviente,  
 Ni la esperanza en Dios, ni del creyente  
 La fe sencilla, ni la alteza suma  
 Del sublime propósito... Al embate  
 De la hiperbórea saña  
 Cedió la nave en el fatal combate,  
 Se hundió el bajel bajo la eterna bruma;  
 Y como resto de la fiera hazaña  
 Del Genio impío habitador del Polo,  
 Un grupo triste y solo,  
 Al hambre abandonado y a la muerte,  
 Rígido se alza sobre el duro hielo,

Como protesta silenciosa y fuerte  
 Contra el sueño infecundo  
 De la justicia mítica del cielo!

Y así termina el drama no fingido,  
 Del más alto heroísmo que vio el mundo,  
 Del más hondo penar que el hombre viera;  
 El heroísmo del deber cumplido  
 Y la tortura del que nada espera.

Ver llegarse la muerte a las calladas,  
 Lenta, fatal, inevitable, cierta;  
 Sentir las fuerzas en el cuerpo heladas  
 Y dentro el pecho la esperanza muerta;  
 Y en vez de sucumbir al desaliento,  
 Quejas lanzando contra el hado fuerte  
 Que sin piedad los cerca y avasalla,  
 Echar, fieros, al viento  
 Flaquezas humanas, y a la suerte  
 Presentar la batalla  
 Del deber no olvidado... es el sublime  
 De la humana virtud; es al suplicio  
 Juntar la heroicidad, y al sacrificio  
 El valor que redime!...

La exploración no cesa, el lápiz traza  
 Sobre las hojas húmedas del Diario  
 Ora el dato científico, ora el triste  
 Tributo funerario  
 Al compañero que al caer se abraza  
 A su deber, y hasta morir resiste;  
 Y así hasta el fin, hasta bajar en breve

A su tumba de nieve  
 El último adalid de la alta zona;  
 Juntos y unidos en fraterno abrazo,  
 Que si su propio Dios los abandona,  
 No se abandonan ellos  
 Ni aun de la muerte en el glacial regazo!

De los ejemplos bellos  
 Que ilustran del deber la santa historia,  
 Solo uno llega a tan excelsa gloria:  
 JOB en su muladar, triste y herido  
 Por quien sus años coronar debiera  
 Con el divino lauro merecido  
 De la dicha y la paz. Mas ¿Qué le importa  
 Al justo la injusticia? —Nada altera  
 De su conciencia y su virtud la calma...  
 Baje el rayo del cielo; la que corta  
 Los males todos, esquivada muerte,  
 Baje en buena hora a libertar el alma  
 Y a dar al mártir la soñada palma  
 A pesar de los dioses y la suerte!

Morir así es llegar a la victoria,  
 Es redimir de la Verdad al grito,  
 Es repartir al mundo el pan bendito  
 Del ejemplo sublime y de la gloria!

La bella, magna acción, más enseñanza  
 Que la Biblia en sus páginas, encierra;  
 Y el triunfo del deber más esperanza  
 Que todos los altares de la tierra.

No es el *Dios-hombre* el que redime al mundo  
 De un egoísmo espiritual en nombre,  
 Por el amor de la verdad, fecundo,  
 El *Hombre-Dios* es quien redime al hombre.

La abnegación heroica, el sacrificio,  
 El intento grandioso, el alto ejemplo,  
 La palabra de amor en beneficio  
 Tornada por la acción, —ese es el templo,  
 Do resplandece el Dios que el bardo augura:  
 El Ideal Supremo, inaccesible,  
 Arquetipo inmortal de la Hermosura  
 Oculta al juicio, al corazón visible;  
 A donde todo tiende  
 En el vasto Universo;  
 De donde todo brota y se desprende,  
 La luz, la línea y el amor y el verso!

¡Oh, de la ciencia augustos campeones!  
 De esa alma religión de religiones  
 Sois sacerdotes santos  
 Ungidos con el óleo del martirio,  
 Y yo, creyente fiel. —Vayan mis cantos,  
 Como el humilde cirio  
 Que al milagroso altar lleva el romero,  
 A confundirse en la apoteosis grata  
 En que hoy su eterna admiración retrata  
 Por vuestra alta lección el orbe entero!  
 Con reverente labio  
 Beso la tumba que involucra el cierto  
 Dogma sublime del deber cumplido.

Y hasta caer, rendido,  
Al fin del viaje, en el sepulcro yerto,  
Dos grandes cuadros llenarán mi mente:  
JOB en el muladar, triste y paciente,  
Y vosotros, sin vida, en el desierto!

## Magdalena

### I

#### Umbra

Vedla ¡cuán bella es!... En rizos de ébano  
suelta al aire la hermosa cabellera,  
prendida apenas de olorosas flores...  
Llena de majestad la frente nítida  
donde el sol de una eterna primavera  
derrama sus clarísimos fulgores.

El seno palpitante; el labio púrpura,  
urna de grana que forjó el deseo,  
cuna de voluptuosas ilusiones;  
nieve y rosa la tez; los ojos límpidos  
astros do juega el resplandor febeo  
incendiando de amor los corazones...

¡Vedla lanzada en medio del estrépito  
de los festines, maga tentadora,  
celos causando a las demás mujeres!...  
Es ella, sí, la cortesana espléndida,  
Magdalena, la hermosa pecadora,  
la reina del amor y los placeres.

Llevada en alas de la alegre música,  
la luz, las flores, las lascivas danzas  
y el ruido de las fiestas mundanales,  
corre veloz tras una dicha efímera,

dando en cambio las dulces esperanzas  
y la fe de sus años virginales.

¡Vedla, gentil como palmera índica,  
en medio de sus mil adoradores  
en la aurea red de sus encantos presos!  
Del uno atiende a la pasión frenética,  
al otro brinda halagos seductores  
al dulce ruido de ardorosos besos...

¡Todo es luz a su paso!... es rayo fúlgido  
que despide brillantes claridades  
abrazando en deseos la cabeza!...  
¡Su Dios es el amor!... su tabernáculo  
el goce de las locas liviandades,  
la ofrenda de su culto, la belleza!...

Cesó el festín... Las vibradoras cítaras  
recogen sus dulcísimos acordes,  
tornando todo a la quietud serena;  
y como al soplo de una brisa cálida  
pliega la flor sus delicados bordes,  
se duerme, fatigada, Magdalena.

Duerme indolente, sin pensar que hay lágrimas  
y penas en el mundo, y amargura,  
olvidada de Dios y sus deberes...  
Duerme, sí... ¿qué le importa el mundo mísero  
si ella bebe a raudales la dulzura  
en la copa de miel de los placeres?...

## II Penumbra

Los días han pasado...; miradla, qué abatida.  
La frente de la diosa, ayer no más erguida,  
parece que hoy la oprime la mano del dolor...  
Sus lágrimas revelan del alma la tristeza,  
las rosas y los nardos que ornaban su cabeza  
reposan a sus plantas sin brillo y sin olor.

¿Qué tiene, por qué sufre la bella pecadora?  
¿Qué recias tempestades anublan hoy la aurora  
que ayer no más lanzaba fulgente claridad?...  
¿Por qué, por qué ahora llenos de lágrimas, y rojos  
relámpagos no tienen aquellos negros ojos  
donde otra vez perdiera la luz su libertad?

Ha visto, oído un hombre de dulce continente,  
hermoso como el ángel, en cuya limpia frente  
la lumbre de lo eterno reverberar se ve...  
Profeta de las glorias espléndidas del cielo,  
tesoro de promesas de amor y de consuelo,  
amparo de los tristes, apoyo de la fe.

Su voz ha conmovido las fibras de su alma,  
su voz ha desquiciado su impía, alegre calma,  
su luz en rayos de oro bajó a su corazón;  
las sombras de su vida por fin ha sondeado  
y triste, arrepentida, sus culpas ha llorado,  
pensando en las promesas divinas del perdón.

Ha visto en sus recuerdos los días de inocencia,  
los tímidos amores, la cándida existencia,

la paz de su primera, sencilla juventud...  
 ¡Ay, cómo recobradla!... De súbito se lanza  
 movida de una idea... Aun brilla una esperanza  
 que puede devolverle del alma la quietud.

¡Es él, aquel Profeta de paz y de ventura,  
 quien puede redimirla... y a verle se apresura,  
 confiada en sus promesas de gracia celestial...  
 Que apenas su palabra de luz hirió su oído,  
 su torpe amor mundano por él fue convertido  
 en puro amor sin mancha, seráfico, inmortal...

Y al Justo se aproxima, y el pueblo que lo adora  
 “apártate”, le grita, “aparta, pecadora,  
 que manchas con tu aliento su manto protector;”  
 mas nada la detiene, que es hondo su quebranto  
 y aún más sus esperanzas... y baña con su llanto  
 y cubre con sus besos los pies del Redentor.

Jesús que al ver que humilde la triste se prosterna,  
 radiante de clemencia, con una voz tan tierna  
 como de humano labio jamás se oyó brotar:

“Levántate”, le dice, “tus súplicas escucho;  
 mujer, yo te perdono porque has amado mucho...  
 ve en paz, o Magdalena, no vuelvas a pecar”.

### III

#### Lux

Alta la frente, la mirada límpida,  
 bañado el rostro de celeste calma,  
 tranquilo el corazón,

pura, levanta al trono del Altísimo  
 en las serenas alas de su alma  
 su férvida oración.

No la turbéis en su ardorosa súplica...  
 Ya no es la misma impura cortesana  
 que el mundo despreció;  
 su culpa la ha borrado con sus lágrimas;  
 la condenó la intolerancia humana...  
 Jesús la redimió.

Era una estrella de fulgores vividos  
 cuya lumbre empañó de nube oscura  
 el funeral capuz;  
 pero un rayo de sol brilló de súbito,  
 y el velo hiriendo de la sombra impura,  
 le devolvió la luz.

Oh! no afrentéis a la mujer que, mísera,  
 cayó del torpe mundo en la asechanza,  
 no le deis con el pie;  
 dadle más bien la mano, abridle anchísimas  
 las puertas del honor y la esperanza,  
 y será lo que fue;

Que no sabéis si la infeliz fue víctima  
 del engaño cruel o la vileza  
 que la sumió en su afán;  
 o si del hambre a la presión tiránica,  
 a trueque dio su virginal pureza  
 de un pedazo de pan.

No habéis bajado al fondo de su espíritu...  
 No sabéis, triste y desolada, cuánto

lloró antes de pecar;  
y al fin vencida por el mundo pérfido,  
cayó sin un sostén en su quebranto,  
cansada de luchar.

Ah! no la maldigáis... que es flor balsámica  
a quien el rayo abrasador enerva  
y empaña su matiz;  
mas pueden revivir sus blancos pétalos  
al beso del rocío, que aún conserva  
la savia en la raíz...

Dejadla amar! que es el amor espléndido  
sol que las almas ateridas llena  
de luz y de calor;  
recordad de la Biblia la alta página,  
recordad que a la pobre Magdalena  
la redimió el amor!

## Fidelia

La frente inclinada, los ojos en llanto,  
El alma transida de amarga aflicción,  
Esclavo de intenso, profundo quebranto  
El antes alegre, feliz corazón;

Sin fuerzas la vida, sin sueños la mente,  
La fe en el ocaso, la duda en su albor,  
El pecho en espamos de rabia impotente,  
Ahogándose en olas de odio y amor;

Así me encontraron tus versos, señora,  
Perfumes de lirios y blando azahar,  
Efluvios de tu alma, divina cantora,  
Que a mi condujeron las brisas del mar;

Tus versos, errantes fulgores de un astro  
Que lejos derrama su brillo inmortal,  
Cadencias de un ave que va tras el rastro  
Volando, volando, del sumo ideal!...

Oh! mágico imperio del genio y del alma!...  
Tus dulces acentos apenas escuché,  
Dejaron al punto su fúnebre calma  
Mi muerta esperanza, mi lánguida fe.

Creencias y sueños, encantos y amores,  
Albergue en mi pecho tornaron a hallar,  
Y entre ellos te vía, ceñida de flores,  
El velo rasgando de mi hondo pesar.



Fidelia!... qué nombre tan dulce, tan bello!  
 ¿Quién eres, o astro de luz tropical.  
 Que vienes lanzando tu ardiente destello  
 En medio estas brumas del cielo boreal?

¿Quién eres, o alma dulcísima y buena,  
 Que al aire confías tu triste clamor,  
 Cual blanca paloma que viene serena,  
 La alianza a brindarme de alianza y amor?

¿Quién eres? Lo ignoro; tan solo comprendo  
 Por una secreta, divina intuición,  
 Que somos hermanos que vamos sufriendo  
 La misma nostalgia, la misma aflicción;

Que, lejos el uno del otro, seguimos  
 Por rumbos diversos el mismo ideal;  
 Tú allá entre tus palmas de frutos opimos,  
 Yo aquí entre las brumas del cielo boreal;

Tú, pálido lirio sin luz ni rocío  
 Que al cielo reclama su bello matiz;  
 Yo, árbol sin hojas que busca del río  
 La linfa que un tiempo bañó su raíz.

Tú, limpio arroyuelo cautivo entre peñas  
 Sin valles floridos jamás encontrar,  
 Yo, río lanzado por zarzas y peñas  
 Hallando lagunas y nunca la mar...

Fidelia, Fidelia...! tal es el destino  
 Que. . .! lazo invisible nos une a los dos:  
 Dos almas que tienden al centro divino  
 Y en vano lo buscan... no encuentran a Dios!

Tú allá en tu ribera bordada de espumas,  
 Forjándote cielos de eterno fulgor:  
 Yo acá entre mis pardas, tristísimas brumas  
 Soñando imposibles de dicha y amor...

Ensueños, visiones, delirios sin calma!  
 Quimeras del bardo, quimeras no más...!  
 Ay! nunca ha de unirse tu alma a mi alma!  
 Jamás he de verte, Fidelia, jamás!

1878.

## Oriental

Bella como la luna cuando se alza,  
Globo de plata en las etéreas ondas,  
Rompiendo, altiva, las flotantes blondas  
De nocturnal capuz:

Te vi, sultana, por la vez primera,  
Y de placer y vida el alma ansiosa  
Voló hacia ti, cual rauda mariposa  
Prendada de la luz.

Te vi, bella sultana,  
Y lágrima tranquila  
De amor en mi pupila  
Purísima tembló;  
Que al contemplar, estático,  
Tu espléndida hermosura,  
Ardiendo en llama pura  
Mi corazón te amó.

Desde entonces tu imagen es el astro  
Que brilla en el Zenit de mis amores,  
El aura que disipa los ardores  
De mi abrasada sien;

Y te veo en mi mente a cada instante  
Mas bella que el ensueño del poeta,  
Más que las hadas que soñó el Profeta  
En su divino Edén.

Y vagas en mis sueños  
 Voluptuosa y bella,  
 Como perdida estrella  
 En el flotante azul;  
 Llena de gracias célicas  
 Radiante y seductora;  
 Preciosa perla mora,  
 Sultana de Stambul.

Y admiro entonces tus brillantes ojos,  
 Centros de luz do el corazón perece,  
 Y tu talle de palma que se mece  
 A la brisa, gentil;

Y tus rizos espléndidos admiro  
 Suelos al aire en negros espirales,  
 Y serena, entre diáfanos cendales  
 Tu frente juvenil;

Y miel libo en tu boca  
 Hurí del paraíso,  
 Con quien Mahoma quiso  
 Engalanar su harén;  
 En tu boca de púrpura,  
 Más fresca y amorosa  
 Que la primera rosa  
 Que perfumó el Edén.

Oh! no desoigas mi sentida trova  
 Bellísima Agarena, y tu desvío  
 No hiera nunca el sentimiento mío  
 Con eterno dolor;

Deja que mi alma enamorada vague  
 En torno de la tuya eternamente;  
 Deja que avive en tu mirada ardiente  
 La llama del amor.

## Recuerdo de un viajero

*en un álbum.*

Desde remotas, heladas zonas  
Llegué a estas playas del Amazonas,  
Do me contaban los viajeros  
Que, bajo un cielo de eterno azul,  
Diamantes daba la tierra y flores,  
Oro los ríos, los aires luz!

No, no mintieron; mas en tus ojos  
Hallé más lumbre; tus labios rojos  
Más que las rosas hallé bermejos,  
Y los diamantes de tu virtud  
Más luz me dieron y más reflejos  
Que el aire, el oro y el cielo azul!

Mas, ¡ay! de tanta, tanta belleza  
Con que ha adornado naturaleza  
Tu frente virgen y tu alma pura,  
Solo el recuerdo me quedará...  
Y otros, felices, tanta ventura  
Allá en mi ausencia disfrutarán.

Que de esta vida por el camino,  
Sin norte vago, cual peregrino  
Que bien no tiene, ni amor, ni casa...  
Soy hoja errante que seca el sol,  
Ave que vuela, —viento que pasa,  
Nube impelida del aquilón.

Mas, ya en ardientes o heladas zonas,  
¡O casto lirio del Amazonas!  
Siempre en mis sueños veré entre flores  
La hermosa niña cuya virtud  
Me ha revelado más resplandores  
Que el aire, el oro y el cielo azul!

## Primavera

*A la inspirada poetisa y a la amiga  
distinguidísima Doña María de Haro Gad.*

Ya la siento venir!... ya el aire llena  
dulce efluvio de nardos y de rosas;  
ya de áureas mariposas  
se va poblando la región serena;  
ya un puro y tibio ambiente  
cargado de fulgores y murmullos,  
va derramando, ardiente,  
por valles y collados,  
fecundidad de vida  
en los ramos cuajados  
de recientes capullos!

Ya la siento venir, bella y prendida  
con las de amor deslumbradoras galas  
la siento en el espacio  
que vibra y se estremece  
al transponer sus rumorosas alas  
aquel donde se mece  
áureo dintel del celestial palacio;

La siento en esa generosa llama  
del rubio sol que inflama  
en las venas la sangre con su suave  
voluptuoso ardor; mágica llave  
que abre del alma la cerrada puerta,  
espíritu impalpable de los cielos  
que en el fondo del pecho a la dormida

esperanza despierta,  
y atrás dejando lágrimas y duelos,  
alegre nos convida  
al festín del amor y de la vida.

Ya la siento venir! Ya los umbrales  
pisa del globo enamorado! Es ella,  
es ella, sí, la primavera bella,  
la novia suspirada  
que envían las regiones celestiales  
al amante planeta; alborozada,  
la tierra se prepara con sus flores  
a recibirla, el ave con sus cantos,  
la luz con sus fulgores,  
y el pecho sin quebrantos  
con la pura oblación de los amores.

Hay fiesta en el espacio,  
fiesta nupcial de luz y de armonía;  
besan del sol los rayos de topacio  
mares y valles y floresta umbría;  
sobre las verdes lomas se arrullan castamente las palomas;  
suspira la onda en la dorada arena,  
y por besar su linfa transparente,  
orillas de la fuente  
se inclina enamorada la azucena.

Oh primavera hermosa!  
Todos te aguardan con amante anhelo  
como a la dulce, la propicia diosa  
mensajera divina de consuelo;  
todos te aguardan con el alma henchida

de gratas ilusiones,  
de esperanza de vida,  
de ardorosas pasiones!...  
Sólo yo nada tengo que ofrecerte  
sino frío de muerte  
que jamás templará tu ardiente rayo;  
Jamás! jamás!... que el resplandor fecundo  
pasó por siempre de mi hermoso Mayo;  
y hoy sólo en lo profundo  
de mi pecho se anida, acumulada,  
la nieve de la duda, la soledad del desencanto, fría,  
la nublosa estación helada y ruda,  
el invierno del alma desolada.

Ay! yo también, como la tierra, un día  
tuve una hermosa y dulce primavera!...  
Sobre mi frente joven se cernía  
la celestial esfera  
bañada de suavísimos fulgores;  
mi esperanza primera,  
como semilla de celeste calma,  
al calor de la fe de mis mayores  
germinaba en mi alma,  
y convertida en flores  
de cándida inocencia  
y de castos amores,  
el aire de mi vida embalsamaba;  
todo era luz, y sueños, y creencia,  
y fe en el corazón; rico tesoro  
de animadores rayos derramaba  
un sol divino en mi feliz conciencia,

y en el vergel de mis ensueños de oro  
el ave azul de la ilusión cantaba!...

Ay! yo también, como la tierra, un día  
tuve una hermosa y dulce primavera!...

¿En dónde estáis ahora,  
creencias, esperanzas, alegría,  
ilusión lisonjera?...

Al anunciarse las primeras nieves,  
cual tropa voladora  
de blancasavecillas, vuestras leves  
alas de armiño al aire blando disteis,  
y en el sereno azul, raudas y breves,  
para siempre os perdisteis!...

¿En dónde estáis, o flores  
de púdicos amores,  
de inocencia y virtud que regalado  
aroma al pecho mío  
disteis a respirar?... Del cierzo helado  
besó vuestra corola el labio frío  
y caísteis al suelo  
mustias y sin olores!...

¿En qué confín del cielo  
has ido a sepultar tu limpio rayo,  
tú, de mi edad primera  
esplendoroso y floreciente Mayo?...

¿No has de tornar jamás, o primavera,  
o hermosa primavera de mi vida?...

¡Ah! si fuera verdad que allá en la calma  
del sueño sepulcral encuentra el alma

la juventud perdida!...

Y tras el rudo invierno,  
al divino calor de un sol eterno,  
se viste de esperanzas y de amores  
como el árbol de ramas y de flores!...

Ilusión! ilusión!..., la dicha cierta  
de la fe y del amor, después de muerta  
no resucita más. Vuelven las aves,  
recobra el aire sus azules velos,  
renacen en la mar las brisas suaves,  
vuelve la flor que las campiñas orna,  
vuelve la primavera de los cielos,  
la del alma jamás, jamás retorna!

## Nubes

Riega su luz la mañana,  
Abre sus flores el monte,  
Y del azul horizonte  
Se desprenden vapores de oro y grana.

Rompiendo el diáfano velo,  
Van alzándose las nubes,  
Como grupos de querubes  
Que se dan cita en el azul del cielo;

Ledas, fugitivas hadas  
Prendidas de oro y de rosas;  
Enjambre de mariposas  
Del regazo del iris escapadas.

Mirad como suben, bellas,  
Por los tranquilos espacios  
A encontrarse en los palacios  
Donde mora la luz amiga de ellas!

Unas semejan guirnaldas  
De vislumbres opalinas;  
Otras, aves peregrinas  
De níveo seno y alas de esmeraldas;

Estas, penachos de plumas  
De suavísimos cambiantes;  
Aquellas, velos flotantes,  
Como en cerúlea mar sueltas espumas...



Ved como raudas se lanzan  
 A través del éter blando,  
 Y la distancia acortando.  
 Una a otras en tropel se alcanzan!

Ya huyen y se retiran,  
 Ya se acercan y se abrazan,  
 Y luego se desenlazan  
 Y en fantástico baile en grupos giran...

¡Cómo de infinito anhelo  
 Se agita, al verlas, el alma,  
 Por volar en pura calma  
 De ellas en pos a la región del cielo!

¡Cómo de gratas quimeras  
 Y de sueños, dulcemente  
 Va poblándose la mente  
 Al contemplar las célicas viajeras!...

Mas ¡ay! ráfaga de hielo  
 De súbito las agita,  
 Y su esplendor se marchita,  
 Y en gotas sin color bajan al suelo!

Así también la esperanza,  
 La gloria, las ilusiones,  
 Y las áureas ambiciones  
 Que el hombre nunca a realizar alcanza:

Nubes de púrpura y oro  
 Que se columpian en calma  
 Por los espacios del alma,  
 Su ventura formando y su tesoro;

Mas un día se desprenden,  
 Como helados aquilones,  
 Sobre ellas las decepciones,  
 Y resueltas en lágrimas descienden!

# En el mar

## Nocturno

### I

Ya es la hora solemne en que el espíritu  
por la abstracción se aleja de la tierra;  
la hora de los suspiros y las lágrimas,  
de las memorias que el pasado encierra.

Ceñida de sus cien constelaciones  
la transparente bóveda del Sur,  
deja caer sobre el océano en calma  
rayos de tenue y misteriosa luz;

El mar, enamorado, con fosfórico  
brillo responde al celestial arrullo,  
y la nave gentil, rauda, deslízase  
de la onda azul al rítmico murmullo.

Todo es amor, misterio y poesía  
en los astros, las brisas y la mar,  
y el pensamiento flota y se dilata  
en el éter de luz del ideal;

De ese ideal en cuyas alas fúlgidas  
más allá de la vida nos alzamos,  
y contemplando el Universo, atónitos,  
con un beso de amor lo saludamos.  
Entonces el triste viajador, cargada  
de visiones sin fin la insomne sien,

solo, en la popa de la frágil nave,  
se entrega del recuerdo a la embriaguez;

Y ve pasar en ilusión fantástica,  
a través del cristal de la memoria,  
unas tras otras, dulces o tristísimas,  
las dichas y amarguras de su historia;

Los encantados tiempos de la infancia  
teñidos de oro y de celeste azul;  
la bendecida ausencia de la culpa  
y el reinado feliz de la virtud;  
La imaginaria pena, aquellas lágrimas  
que entonces, ay, juzgamos de amargura,  
y que hoy gozosos a verter volviéramos  
como nuncios de célica ventura!

Los besos de la madre idolatrada,  
los gajes del cariño paternal,  
y aquellos sueños de color de rosa,  
y aquella dicha del primer hogar!

Viene después la adolescencia férvida  
con sus flores, sus versos, sus visiones,  
y su tesoro inagotable, espléndido,  
de locas y doradas ambiciones,

Y con ella, ese amor de los amores  
vuelve a nacer con nueva juventud:  
el amor de la tierra bendecida  
en donde vimos la primera luz:

¡La patria inolvidable! centro mágico  
de todo cuanto amamos y nos ama,

cuyo recuerdo en las extrañas márgenes  
de noble ardor el corazón inflama;

Allí, donde abrigamos, entusiastas,  
la de gloria primera aspiración:  
allí, donde libamos con delicia  
la miel sabrosa del primer amor!...

¡O tiempos de ilusión y de fe célica!  
Enjambre de pintadas mariposas!  
Abril pasó, y os alejasteis, rápidas,  
en busca de otras auras y otras rosas...

Nunca más volveréis!... mas el recuerdo  
del bien perdido guarda el corazón;  
que al posaros en él, de vuestras alas  
el polvo de oro y de carmín quedó!

## II

El viento gime en las cuerdas.  
Las ondas, quedo, suspiran;  
los astros en lumbre giran,  
y todo dice, “soñad!”

Y el viajero, reclinado  
sobre lonas y cordeles,  
olvida sus horas crueles  
y sueña felicidad!

De pronto, la voz de ¡tierra!  
da en la proa el navegante,

y un resplandor vacilante  
se ve a lo lejos brillar.

Tierra! es decir, el presente,  
las miserias de la vida,  
y la pena que se olvida  
en la soledad del mar!

Todo vuelve en un instante,  
los recuerdos se evaporan,  
y los sueños que enamoran  
ceden el campo al dolor!

La realidad triste y fría  
ante la vista aparece,  
y una lágrima humedece  
los ojos del viajador...

---

¿En dónde estáis, adoradas  
ilusiones de otros días,  
esperanzas, alegrías,  
fe, consuelos, religión?...  
¿En dónde estáis, padre, madre,  
hermanas, hogar, ventura,  
y aquella amistad tan pura  
en que creyó el corazón...?

Unos y otras, todos juntos  
en el seno de la muerte,  
que todo al fin se convierte  
en polvo de nuestros pies:  
Somos después de la vida

lo que fuimos antes della:  
somos una débil huella  
entre el “antes” y el “después”.

---

¡Felices los que en la tumba  
duermen el sueño profundo,  
sin temer que venga el mundo  
a despertarlos jamás!  
Esos, al menos, no sufren,  
esos sin fruto no luchan,  
ni los lamentos escuchan  
de los que padecen más.

---

Lo que el mundo llama suerte  
les fue en extremo propicia;  
ni los hiere la injusticia,  
ni los mina la ambición;  
No abrigan odio sus pechos,  
no tienen llanto sus ojos,  
ni sus conciencias abrojos,  
ni heridas su corazón;  
Ellos el dolor ignoran,  
allá, en su profundo olvido,  
de ver el crimen vestido.  
y desnuda la virtud;  
De ver un déspota fiero,  
de sangre de hermanos rojo,  
dictar la ley de su antojo  
a la esclava multitud;

Del Dios que amaron fervientes,  
no ven el templo sagrado  
convertido en vil mercado  
de un interés mundanal.

No ven, en fin, la honra santa  
puesta en pública almoneda,  
que sus raíces no enreda  
a los sepulcros el mal!

Si esa no es dicha, ninguna,  
existe aquí en este mundo:  
Paz y descanso profundo!  
Ni llorar, ni ver llorar!...  
Muerte! Aún no te he invocado,  
mas si mañana llegaras  
a mis puertas, las hallaras  
abiertas de par en par!

## Nocturno

Ya un. albor trémulo y vago  
rasga de Oriente la bruma,  
y yo en el lecho aun me agito  
entre sollozos y angustias;

El sueño, celeste alivio  
de las almas sin ventura,  
no viene a cerrar mis ojos  
ni a calmar mi pena aguda;

Y me vuelvo y me revuelvo  
devorando mi amargura,  
y por las lágrimas mías  
ya la almohada está húmeda...

Ay! quién pudiera este lecho  
convertir en negra urna,  
y esta sábana en sudario,  
y esta almohada en piedra dura!

Y esta estancia que el aroma  
de su aliento aun perfuma,  
convertir por dicha mía  
en el hueco de una tumba!

Y en ella por fin hundirme  
en esa calma profunda  
que principia con la muerte

para acabar nunca... nunca!...

Entonces, ay!, ignorara  
esta amarguísima angustia  
que envenena mi existencia  
y por doquier me circunda;

Entonces, ay! no vertiera  
este llanto que me abruma,  
ni se anidara en mi pecho  
la serpiente de la duda;

Entonces no libraría  
esta batalla, esta lucha  
del imponente deseo  
contra el amor sin fortuna;

Ni surgiera ante mi vista  
la realidad triste y muda  
de mis desdichas presentes,  
de mis pasadas venturas!...

Ay! quién pudiera este lecho  
convertir en negra urna,  
y esta sábana en sudario,  
y esta almohada en piedra dura;

Y su recuerdo en tranquilo  
rayo de pálida luna  
que por la noche alumbrase  
la soledad de mi tumba!

## Sub-umbra

Traedme una caja  
de negro nogal,  
y en ella dejadme  
por fin reposar.

De un lado mis sueños  
de amor colocad,  
del otro mis ansias  
de gloria inmortal;

La lira en mis manos  
piadosos dejad,  
y bajo la almohada  
mi hermoso ideal...

Ahora la tapa  
traed y clavad,  
clavadla, clavadla  
con fuerza tenaz,  
que nadie lo mío  
me pueda robar!...

Después una fosa  
bien honda cavad,  
tan honda, tan honda,  
que hasta ella jamás  
alcance el ruido  
del mundo a llegar;

Bajadme a su fondo,  
la tierra juntad,  
cubridme... y marchaos  
dejándome en paz.

Ni flores, ni losa,  
ni cruz funeral;  
y luego... olvidadme  
por siempre jamás!

## Sombra

Noche de negras sombras y de ardientes  
relámpagos fugaces;  
noche de eternos goces y de eternas  
tinieblas insondables;

Noche en que sueña el alma enamorada  
fantásticas imágenes;  
esos tus ojos son, tus negros ojos,  
tan bellos como grandes!...

Sol que de lumbré los espacios llenos!  
Eternos luminares  
que tachonáis la bóveda cerúlea  
de vividos diamantes!

Luz de los cielos! Brillos del Oriente!  
Auroras boreales!

Fosforescencias de la mar profunda!  
Llama de los volcanes!

Pasad! Morid! Despareced por siempre,  
y de sus ojos grandes  
quede sola, rigiendo al Universo,  
la noche impenetrable!...

Y yo envuelto en su sombra, el más dichoso  
de todos los mortales,  
me dormiré tranquilo en el sepulcro  
soñando con los ángeles!

## Crepusculo

### I

De roja lumbre  
Fúlgida gasa  
Ciñe la frente  
De la montaña;

Último beso  
Que el sol le manda  
Cuando a occidente  
Cansado baja.

Tíñese el cielo  
De vivas franjas  
Y áureas se tornan  
Las nubes blancas;

Puéblase el éter  
De tintas blandas,  
De breves píos  
Y oscuras alas;

Las sombras cunden  
Los nidos llaman,  
Y melancólicas  
Sueñan las almas.

¡Qué hora tan dulce  
Para los que aman  
Y en el recuerdo



La mente espacian!

¡Qué de visiones,  
Qué de fantasmas  
De los amantes  
En torno vagan!

La faz divina  
De la adorada  
Entre las sombras  
Sonríe cándida,

Y entre los ruidos  
Que el aire guarda  
Se oye la música  
De sus palabras;

El impaciente  
Deseo rasga  
De lo futuro  
La oscura gasa...

Oh! qué espectáculo  
De dicha el alma  
Tras sus jirones  
A ver alcanza!

Tierna, en el pecho  
Que amor inflama  
La sien reclina  
La bien amada,

Y por su frente  
Serena y casta  
Fuente de besos

Dulce resbala;

En torno, alegre  
Rumor levantan  
De mansos niños  
Las voces gratas,

Y sobre el grupo  
Que el cielo ampara  
Ciérrnense aéreas,  
Cándidas alas.

¡Qué hogar tan puro!  
¡Qué paz tan santa!...  
¡Qué desgraciados  
Los que no aman!...

Por eso triste  
Como las lágrimas  
En esa hora  
Para mi alma

Que en vano busca  
La dicha ansiada,  
Y solo en sueños  
Amor alcanza.

¡Cuándo, o crepúsculo,  
Podré a la vaga  
Luz moribunda  
Que al suelo mandas,

Soñar dichoso  
Con la adorada  
Que ha tanto tiempo

Forjó mi alma!...

¡Cuándo mis ojos  
Habrán de hallarla  
Tierna y hermosa  
Noble y sin mancha,

Cual de los sueños  
En el alcázar  
La descubrieron  
Mis esperanzas!...

Sí, yo la he visto  
Flotar gallarda  
Como una sílfide,  
Como una hada,

Sobre las nubes  
De rosa y nácar  
Cuando en oriente  
Rompía el alba.

Sí, yo la he visto  
Mirarme blanda  
Desde la estrella  
De la mañana,

Y por las noches  
Mirarme lánguida  
Cuando la luna  
Llena brillaba.

Su voz he oído  
Cuando las auras  
Se adormecían

Entre las ramas,

Cuando las ondas  
Venían mansas  
A morir trémulas  
Sobre la playa.

Su dulce aliento  
De esencia grata  
Yo he respirado  
Con vivas ansias,

Cuando las violas  
Su aroma daban  
Al casto beso  
De la alborada

Y su sonrisa  
Radiante y plácida,  
Tras los horrores  
De la borrasca,

Como un consuelo  
Bajó a mi alma  
En la del Iris  
Divina llama...

¡Cuánta quimera!  
¡Cuánta esperanza!  
¡Cuánto castillo  
Que el viento arrasa!...

## Mensaje

¿Adónde vas, blanca nube  
Blanca nube, adónde vas?  
¿Qué buscas por esos senos  
De la azul inmensidad?

¿Buscas acaso la estrella  
Donde reina el Ideal  
Para bañarte en los rayos  
De su eterna claridad,

Y luego volver al mundo  
De la tiniebla fatal  
Cual mensajera divina  
De luz y verdad y paz?

Si ese es el doble destino  
Que te impele más allá  
De la cima de los montes  
Y de las brumas del mar,

Vuela, vuela, blanca nube,  
Vuela con ímpetu audaz,  
Rasga el velo cristalino  
De la región celestial;

Llega al astro inaccesible  
De la suprema Verdad,  
De la Belleza increada,  
De la Justicia inmortal;

Donde viven una vida  
Que no termina jamás  
Los ideales que el hombre  
Nunca habrá de realizar;

Allí alienta el dulce sueño  
De que soy esclavo ya,  
La que es alma de mi alma  
Por divina afinidad:

El amor de mis amores,  
Mi quimera celestial,  
La que espero cada día,  
La que no llega jamás;

Ve a buscarla, nubecilla,  
Ve a buscarla con afán,  
Y no vuelvas sin decirme  
Que la hubiste de encontrar.

Busca, busca a mi adorada,  
Y al hallarla le dirás  
Mis tristezas y mis sueños,  
Mis anhelos y mi mal.

Le dirás cómo suspiro  
Por su soñada beldad,  
Como forjo en mis visiones  
Su perfección ideal...

Vuela, vuela, blanca nube,  
Y al volver tráeme la paz  
Con un rayo de su aureola  
O un perfume de su altar.

## Ayer y hoy

### I

Como la onda a la arena,  
como al espacio la luna,  
como la perla su cuna  
de nácar y rosicler;  
así me amaste en un tiempo  
tiempo ya desvanecido  
en las sombras del olvido,  
en tu alma de mujer.

Como la luz al diamante,  
como al Señor el querube,  
como a los cielos la nube  
de plateado color;  
así también te quería,  
así, también, te adoraba,  
cuando perfumes quemaba  
en el altar de tu amor...

### II

Cual se deshoja una rosa,  
como se quiebra una rama,  
como se extingue una llama,  
como se rompe un cristal:  
ciego, desaté un instante  
los de tu amor puros lazos,

y, cruel, rasgué en pedazos  
tu corazón virginal.

Creencia que se evapora,  
flor que troncha el torbellino,  
sueño que borra el destino,  
ángel que pierde su Edén;  
herida en lo más sensible,  
sin esperanza y sin calma,  
así se rindió tu alma  
al peso de mi desdén...

### III

El, tiempo pasa... De emociones ávida  
lanzose el alma en pos de un ideal...  
fugitiva deidad que vuela rápida  
al quererla tocar.

Lumbre buscaron mis pupilas áridas,  
goce supremo ansió mi corazón,  
pero sólo aspiró las brisas cálidas  
de mentiroso amor...

### IV

Triste, sin fe, cual moribunda lámpara,  
el alma en sus recuerdos se fue a hundir,  
y entre gasas de luz tu imagen cándida  
y triste alzarse vi,

Te vi en mis sueños, sí, cual lumbre diáfana  
que viene el corazón a iluminar,  
y de mi pecho desatose en lágrimas  
la inmensa tempestad...

### V

Volví de nuevo a adorarte,  
volví a doblar la rodilla  
ante el santuario en que brilla  
tu inocente corazón;  
aromas regué en sus aras,  
pero, abrigada en tu orgullo,  
me negaste el blando arrullo  
de tu primera pasión.

En vano fueron las súplicas,  
en vano el remordimiento,  
y en vano fue mi tormento  
y mi llanto y mi humildad;  
de tu rigor nada pudo  
quebrantar los fallos ciertos...  
no resucitan los muertos  
con tanta facilidad!

### VI

Eres para mí una sombra  
de vaporosa hermosura,  
un ensueño de ventura  
que se borra al despertar;  
rayo de sol encantado  
que alegre en los aires gira,  
y que el espíritu admira  
sin alcanzarlo a tocar

.. .. .

Adiós, adiós! y si un día  
hasta ti llegan mis cantos,

de mis intensos quebrantos  
ten divina compasión;  
no indignada los rechaces,  
no los lances al olvido,  
mira que escritos han sido  
con llanto del corazón!

## Welcome

*A Amanda*

Qué hermoso el cielo está!... Nunca más puro  
Vi su azul, ni más limpios sus fulgores!  
Todo es luz, y sonrisas y colores  
Bajo el rayo del sol.

Qué sereno verdor el de los campos!  
Cómo encantan las notas rumorosas  
De ese humilde arroyuelo que entre rosas  
Se desliza veloz!

¡Cómo embriaga el perfume de esos lirios!  
Ay! cómo llega al corazón la queja  
De esaavecilla que tras áurea reja  
Llora su libertad!

Oid! oid... Qué tiernas, qué suaves  
Las notas de esa flauta campesina!  
Su dulce vibración el alma inclina  
A sentir y a soñar!...

Pasan las nubes, cándidas y leves,  
Por el azul, como almas viajadoras  
Que van a la región de las auroras  
En pos del ideal;

Y lánzase el espíritu tras ellas  
Por ansiedad divina arrebatado,

Y viaja y vuela, y llega y cae postrado  
Ante la alma verdad!

Ah! cómo siento ennoblecido el pecho!  
Siento que sufro con la extraña pena,  
Siento que gozo con la dicha ajena,  
Me siento revivir!

Tanta ambición por la grandeza suma  
Delirio tal por la ideal belleza,  
Tanto dolor por la humanal flaqueza,  
Jamás, jamás sentí!

¿Qué espíritu invisible me domina?  
¿Qué misteriosa fuerza me sacude?  
¿Quién, en mis horas de tiniebla, acude  
Con un rayo de sol?...

¿Do te escondes, misterio?... Oíd!... Silencio...  
Ese rumor, ese crujir de seda,  
Ese vago perfume... esa voz leda...  
Esta palpitación!...

¿No sentís cómo el aire se estremece  
En cadencioso ritmo?... Es ella, es ella,  
La suspirada virgen casta y bella  
Que el poeta soñó!...

Ya no existes, misterio! —Amor tan solo  
Así levanta el alma a lo infinito!...  
¡Mensajero del cielo, sé bendito!  
Sé bienvenido, Amor! —

## Al volver

Al volver a la ribera  
que he escogido para hogar,  
¿quién, como antes, a la playa  
con amorosa ansiedad  
e impaciente de ventura  
vendrá la nave a esperar?...

¿Quién, del vapor a lo lejos,  
al ver la blanca espiral,  
estremecerse en el pecho,  
el corazón sentirá?...

¿Quién, mirando hacia la nave  
que se acerca más y más,  
al divisarme en la popa,  
el pañuelo agitará?...

¿Quién, al pisar la ribera,  
(muda de felicidad)  
besándome con los ojos,  
la mano me estrechará?...

¿Quién, en fin, al vernos solos,  
como en los tiempos de atrás,  
brazos trémulos de dicha  
a mi cuello enlazará.

Y oprimiéndome, amorosa,  
contra el seno angelical,  
suspirando, las torturas

de la ausencia me dirá,  
obligándome a jurarle  
no volverme a ir jamás?...  
¡Ay!... después ¿quién á los cielos  
otra vez me llevará?

Nadie! Nadie! La ribera  
solitaria he de encontrar,  
que a la amada de mi alma  
no he de ver ya nunca más!

¡Compasión, cielo divino!  
¡Compasión para mi mal!  
¡Que no llegue a la ribera,  
que no llegue, por piedad!  
Y haz que cesen mis desdichas  
en el fondo de la mar!

ABORDO, 1878.

## Mensajeros

*A una novia*

¡Del sol de América, rayos ardientes  
Que nuestras frentes  
Escandeeis,  
Arpegios rítmicos de nuestras aves  
Y aromas suaves  
De nuestro Edén;

Ledos espíritus de aquestos cielos,  
Flotantes velos  
De oro y zafir;  
Brisas del Ávila, quejas del Guaire  
Y ecos del aire  
De mi país!

Volad, cual pájaros, por la onda aérea,  
Romped la etérea  
Blonda sutil,  
Y allá en las márgenes posad, de España,  
Que manso baña  
Guadalquivir.

Allí, entre pámpanos, la ninfa sueña  
De faz trigueña  
De ojos de sol;  
La de los húmedos labios de grana,  
La sevillana  
De mi canción,



En cuyo fúlgido mirar tirano  
 Perdió mi hermano  
 La libertad;  
 Y hoy a los céfiros sus quejas dice  
 Porque el felice  
 Lejos está...

¡Genios fantásticos de los albores,  
 Tenues vapores  
 De oro y azul;  
 Arrullos trémulos de las palomas,  
 Blandos aromas  
 Rayos de luz;

Fugaces ráfagas, ecos de ríos  
 Y murmurios  
 De mi país I  
 Id, como pléyade de venturanzas,  
 Sus esperanzas  
 A revivir.

Volad! y en círculos de leve huella,  
 En tomo a ella  
 Revolotead.

Rozando, tímidos, el que su frente  
 Ciñe, inocente  
 Velo nupcial.

Y luego en límpidas, aéreas notas,  
 Como las gotas  
 Sobre el cristal,  
 Como en los ámbitos batir de plumas,  
 Rumor de espumas  
 Sobre la mar;

Decidla, trémulos, que aquí la amamos  
 Y deseamos  
 Que hado feliz,  
 El velo cándido de sus amores  
 Borde con flores  
 De eterno abril.

Y de mí, pálido cantor errante  
 Que en incesante  
 Raudo volar,  
 Sigo entre lágrimas y entre suspiros,  
 Los vagos giros  
 De mi ideal;

Decidle, ráfagas, notas, reflejos:  
 Que aunque muy lejos  
 De su almo sol,  
 Pido a los ángeles, en mis desdichas,  
 Para ella dichas,  
 Para él amor.

VENEZUELA, 1876.

## **¡Bendita seas!**

*A Puerto Rico.*

Como esquife de flores  
Que del agua al vaivén se balancea;  
Cual la deidad nacida  
Del seno virginal del onda Egea;  
Como ondina que trémula de amores,  
De espumas y de aljófares prendida,  
Abandona su alcázar encantado  
Por recibir de Apolo enamorado  
La caricia feliz de sus fulgores;  
Tal, del seno profundo de los mares,  
Bella, gentil, fantástica, riente,  
La indiana Borinquén alza la frente  
Coronada de lánguidos palmares.

Reina de los vergeles del Caribe,  
Su majestad recibe  
Del alma universal que la fecunda  
Y por doquiera, amante, la circunda;  
Escabel de su trono es el Atlante,  
Su diadema las cien constelaciones  
Que tachonan con brillo soberano  
El cielo de las índicas regiones,  
Su cetro amor, y su vasallo amante  
El espléndido sol americano!

Tierra de bendición! el alma mía  
Te lleva eternamente en la memoria,

Que mis tiempos de paz y de alegría,  
 Las horas más felices de mi historia,  
 Horas, ay! que pasaron  
 Para jamás volver, bajo tu cielo  
 Y al rayo de tu sol se deslizaron...  
 Ay! ¡quién pudiera el velo  
 Que separa el presente del pasado  
 Rasgar, y deshacer una por una,  
 Las largas vueltas del camino andado!...  
 ¡Quién, ay, quién la fortuna Indecible tuviera,  
 De desandar el campo de la vida  
 Desde el punto presente al de partida!...

Entonces, ay! pudiera,  
 Como blancos jirones  
 Dejados en las zarzas del camino,  
 Recoger mis perdidas ilusiones,  
 Mis sueños de esperanza y de creencia  
 Y el tesoro divino  
 De mi infantil, purísima inocencia!  
 Tornará a hallar; o tierra generosa!  
 Bajo tu amigo cielo,  
 A la madre amorosa,  
 De honor dechado y de virtud modelo  
 Que hoy en la tumba por mi mal reposa!...  
 Al padre venerado A quien amparo diste  
 Cuando en busca del pan del desterrado  
 Llegó a tus playas errabundo y triste...  
 Y, en fin, aquel tranquilo,  
 Dichoso hogar que nos brindó tu asilo!...  
 Hoy, qué resta de todo?... Llanto apenas:  
 El recuerdo cruel del bien perdido,

Dos urnas nada más, de polvo llenas,  
 Y los escombros del hogar destruido!...  
 Ay! quién pudiera el velo  
 Rasgar que nos separa del pasado,  
 Y deshacer en presuroso vuelo  
 Las largas vueltas del camino andado!

Tierra de Borinquén, yo te saludo!  
 Tras prolongados años De acerbos desengaños,  
 De honda fatiga y de combate rudo,  
 Guerrero de la vida,  
 Hoy vuelvo a tu ribera, el alma herida.  
 El brazo sin vigor, roto el escudo;  
 Vuelvo, y renace al contemplar tu suelo  
 La memoria feliz de mi inocencia,  
 Y se descorre el misterioso velo  
 Que encubre los tesoros de ventura  
 De la primera, plácida existencia;  
 Y se olvida la pena y la amargura  
 Del oscuro presente,  
 Y se sueña otra vez, y se desea,  
 Y el alma se adormece y se recrea  
 En los recuerdos que evocó la mente.

Mas, si todo pasó, juegos y flores,  
 Ensueños de esperanza,  
 Madre y hogar, y juventud y amores,  
 Y gloria y bienandanza,  
 No así, bendita tierra,  
 La inmensa gratitud que mi alma encierra:  
 En breve, muy en breve,  
 Me llevará la nave de los mares  
 De la tierra del sol y los palmares

A la región del hielo y de la nieve;  
 Mas conmigo en el alma irá guardado  
 Tu recuerdo inmortal, y allá en la orilla  
 Del Hudson apartado,  
 Al hacer a los míos de mis viajes  
 La relación sencilla,  
 Les hablaré del paraíso indiano  
 Que, entre espumas y espléndidos celajes,  
 A la voz de las hadas bienhechoras  
 Surgió del corazón del océano;  
 Donde los cielos de hermosura tiñen  
 Magníficas auroras,  
 Y pródigos de aroma y de frescura,  
 Valles y montes y praderas ciñen  
 Eternas flores y eternal verdura;  
 Do baña el sol las fértiles comarcas  
 De luz y de color, día tras día,  
 Y las almas son arcas  
 De nobleza, y bondad, y poesía.  
 Así les hablaré con tierno acento,  
 Y mirando hacia el sur, donde mecida  
 Por las olas del mar, te balanceas,  
 Cada vez que en ti fije el pensamiento  
 Murmuraré con alma agradecida:  
*¡Tierra de Borinquén, Bendita seas!*

## Los tres

\*\*\*

*A mis amigos Alfredo Esteller  
y José Gautier Benítez.*

Desde las playas que el mar Caribe  
 Ciñe de perlas, baña de espumas;  
 Desde la tierra que ampara el Ávila  
 Donde la suerte meció mi cuna,

Hasta las playas del Hudson frío  
 Que a mis ensueños sirve de tumba,  
 A mí llegaron quejas y lágrimas  
 De los hermanos de mi amargura.

Ambos heridos, cual yo, en el alma,  
 Ambos en honda pena profunda,  
 Ambos corriendo tras esa pérfida  
 Visión de gloria que el alma abrumba;

Mas, ay! que al menos, puro consuelo  
 Brinda a la pena que los enluta,  
 El verse en medio de los dulcísimos  
 Caros objetos de su ternura.

Tienen la patria donde nacieron,  
 Y en ella amores que el duelo endulzan,  
 Gratas memorias de tiempos plácidos,  
 Sueños de infancia que el alma arrullan.

Tienen la madre, fuente de gracias,  
 En cuyo seno las amarguras

Se desvanecen cual sombra efímera  
En un tranquilo cielo sin brumas;

Tienen el claro techo paterno  
Que los ampara, que los escuda,  
Seguro puerto donde la ráfaga  
De las pasiones no sopla nunca;

Tienen la santa fe religiosa;  
Creen en un cielo que les anuncia  
De sus dolores el premio espléndido  
Cuando la carga mortal sacudan.

Mas yo ¿qué dicha ni paz espero  
Tras esta larga y estéril lucha  
De un alma llena de ensueños mágicos  
Contra la suerte severa y ruda?...

Lejos del suelo nunca olvidado  
Que de mis padres guarda la tumba,  
Por siempre lejos, ay! de los únicos  
Días serenos de mi fortuna!

No más visiones de oro y de rosa,  
No más arranques de fe profunda,  
No más que duelos en el espíritu  
Y en el cerebro sombras y dudas!

En vez de palmas, desnudos pinos,  
En vez de auroras, heladas brumas,  
En vez de goces, ansias y lágrimas,  
En vez de amores, fiebres y angustias.

Ay! quién pudiera romper los hierros  
Que hoy me sujetan a la amargura,  
Y otra vez libre, dichoso y cándido,  
Amar sin miedo, creer sin dudas!...

Callad, hermanos; sufrid en calma  
De vuestra vida la suerte cruda,  
Y no de penas habléis al mísero  
Que cual la suya no vio ninguna.

Ni en su agonía le habléis del cielo,  
Mudo testigo de su tortura,  
Indiferente, cerúlea bóveda  
Que al vil no hiere ni al bueno escuda!

*Dejad al bardo con sus ensueños,*  
Dejad al triste con sus angustias,  
Que si la dicha cierra sus pórticos,  
A todas horas abre la tumba!

NUEVA YORK, 1878.

## Pobre poeta!

*A la memoria de mi amigo y hermano muy querido el  
malogrado poeta portorriqueño don José Gautier y Benítez.*

¡Oh! no envidiéis al que en la herida frente  
lleva cual fiero dardo  
la inspiración ardiente,  
la codiciada llama  
que viva luz derrama  
y gloria en torno al aplaudido bardo!

Oh no! no le envidiéis; de la áurea rama  
que sus sienes corona, cada hoja  
representa un martirio, una congoja,  
una herida profunda, un desencanto,  
sangre del pecho, o de los ojos llanto.  
Cada paso que avanza  
de la inmortalidad en la ardua senda,  
cada triunfo que alcanza  
le cuesta una creencia, una esperanza  
que más y más la bendecida venda  
de la ilusión aparta de sus ojos.

De la región oriundo  
do la rosa sin mancha y sin abrojos  
de la eterna verdad su aroma exhala  
lejos, lejos del mundo,  
lleva en el alma el ideal, la escala  
que el cielo une a la tierra; la divina  
intuición de lo bello y lo perfecto

sus sueños ilumina,  
y así, cuando imagina  
la gloria de un afecto,  
no como sentimiento la concibe  
que nace y crece y vive  
para luego morir cual muere todo  
lo que surge del Iodo.

No! envuelto en pura calma,  
noble, divino, universal y eterno  
aparece el amor ante su alma.  
Ni el tiempo ni la ausencia,  
ni el dolor ni la muerte,  
podrán nunca atacar su augusta esencia!...

¿Concibe la amistad? —Su pecho fuerte  
al par que noble y tierno,  
no puede comprender su beneficio  
sino cuando en las luchas de la vida  
la fe le presta su divina egida,  
el heroísmo su glorioso escudo  
o su inmortal corona el sacrificio!

Para él la virtud es ángel mudo  
que el bien dispensa y, sin rumor, sus alas  
bate luego, ignorado, y desaparece  
en el azul de las etéreas salas.

El honor no fallece  
ni ante la infame tentación del oro  
ni de la fuerza en la batalla recia:  
la espada de Guzmán es su tesoro  
y su gloria la daga de Lucrecia!

La justicia es rodela de diamante  
invencible y brillante  
donde a romperse van en su impotencia  
de la maldad las aceradas lanzas,  
amparo del derecho y la inocencia,  
y sostén de las nobles esperanzas!

La Libertad! La Libertad!... qué hermosa  
la ve el poeta en su divino sueño,  
la sien ceñida de laurel y rosa,  
el semblante benévolo y risueño,  
dulce, brindando al mundo  
la paz y la abundancia y la armonía!  
Dando asilo en su seno  
generoso y fecundo  
a toda santa y lícita alegría,  
a todo impulso bueno,  
a toda grande idea,  
a toda aspiración que noble sea.

¿Veis cómo se ilumina  
del soñador la frente  
ante la forma armónica y divina  
de la cipria deidad del duro bloque  
desprendida al potente,  
al inspirado toque  
del divino cincel del genio griego?...

¿Veis cómo de entusiasmo  
lanzan sus ojos generoso fuego  
cuando, mudo de pasmo,  
las vaporosas vírgenes admira

que el mismo cielo inspira  
al pincel del egregio sevillano?...

Es así cual concibe  
su genio soberano  
el arte arrobador que eterno vive,  
el arte que revela  
la increada hermosura al pecho humano,  
casto, ideal, celeste; pura escuela  
del bien y la verdad: límpida fuente  
donde el genio proscrito  
calma a veces su ardiente  
inextinguible sed de lo infinito!...

¿Y la gloria... la gloria?... ¿cómo sueña  
con ella el trovador! cómo de palmas  
ve alfombrado el camino  
que el Olimpo le enseña,  
y suspensas las almas  
de su acento divino!  
Los mármoles, los bronce, las canciones,  
los himnos de victoria,  
el incienso oloroso y errabundo,  
las flores, las coronas, los pendones  
eternizando la gloriosa historia  
del genio en su pasaje por el mundo!...  
¡Del genio nada más!...

Al frente, envueltos  
en vivos, deslumbrantes resplandores,  
corazones resueltos,  
espíritus creadores,

héroes, artistas, mártires, cantores!  
detrás la multitud sobrecogida  
de admiración, y de entusiasmo muda,  
que de lejos saluda  
humilde, agradecida,  
a sus nobles y excelsos bienhechores!

## II

Mas, ay, un tiempo llega  
en que los sueños, como leve bruma  
que en el vacío el huracán despliega,  
huyen del pensamiento y de la pluma...  
Cuando el poeta incauto como el niño,  
raudo se lanza tras los giros ledos  
de la áurea mariposa de la vida,  
y al tocarla sólo halla entre los dedos  
polvo de oro y armiño  
que esparce el aura pura,  
y del insecto volador perdida  
la falaz hermosura!...

La célica visión, la ansiada palma  
de sus sueños de amor y poesía,  
el ídolo que un día  
tuvo templo en su alma  
desciende del altar roto en pedazos;  
la que era ayer en sus amantes brazos  
brillante como el oro y sin mancilla  
es hoy opaco barro, vil arcilla.  
Mintió! y el sentimiento  
que fue gloria del bardo,



en roedor tormento  
queda trocado y en eterno dardo!...

De la amistad la enaltecida prenda  
lanza al lodo el traidor, y su falacia  
en la mano fatal que alza la venda  
de los ojos del bueno,  
y en desconfianza impía,  
en desprecio y veneno  
la fe convierte que en el hombre había.  
Y en el severo y contraído labio  
del engaño cruel por siempre dura  
el amargo resabio.

La inmaculada veste  
de la virtud que imaginó celeste  
ve por la tierra impura  
arrastrada y vendida  
al más alto postor, que envilecida,  
la que á ciento resiste a mil se entrega.

La caridad despliega  
deslumbradoras galas,  
y cómo heraldo de vergüenza, altivo,  
en vez de echar un manto  
discreto y compasivo  
sobre tanto dolor y tanto llanto,  
bate soberbio con rumor las alas,  
en voz alta revela  
la miseria y rubor del infelice,  
la magnitud de la limosna dice  
y hace sonar el oro en la escarcela...

A la ambición se rinde y la codicia  
el honor orgulloso,  
y cede la justicia  
a la invencible ley del poderoso.

Ebria de sangre y vino,  
y manchadas de fango  
las blancas vestiduras,  
blandiendo en una mano el asesino  
puñal, y en la otra la incendiaria tea,  
la Libertad, caída de su rango,  
a las turbas impuras  
al exterminio y la vergüenza guía;  
y llorando la muerte de una idea,  
piensa el poeta ante la vil orgía:  
“Si esa es la Libertad, maldita sea!...”.

El arte degradado se retira  
de los altos y puros ideales;  
en el vicio se inspira,  
y en los negros, impuros lodazales  
de la brutal materia se recrea;  
el campo de la idea  
Zola disputa a Hugo,  
y de la ciencia armónica verdugo,  
a Beethoven divino  
reta Offenbach con la canción del vino!...

Y la gloria... la gloria!... al que derrama  
la sangre de su pueblo en fratricida  
guerra, la imbecil multitud lo aclama  
y lo colma de honores;

ante el déspota cruel, envilecida,  
 se postra y le alza bronces y loores;  
 el mármol suntuoso  
 en regios monumentos eterniza  
 la mezquina ceniza  
 del que en tráfico ruin y mercenario,  
 á costa del reposo  
 y la vida del triste proletario,  
 acumuló millones, de repente  
 pasando de canalla á poderoso!...

Y él, el poeta, el que en la altiva frente  
 lleva el sagrado fuego,  
 el soñador divino,  
 el caudillo inmortal que al pueblo ciego  
 lleva por el camino  
 del bien y la verdad y la belleza,  
 él... él... apenas tiene  
 un sueño de otros mundos peregrino,  
 una casta visión que a veces viene  
 a consolarlo en su inmortal tristeza:  
 la muerte, la feliz reparadora  
 de todo mal, la muerte bienvenida,  
 blanda, benigna y de laurel ceñida,  
 como una mensajera de los cielos  
 envuelta en el alba gasa flotadora  
 de los almos consuelos;  
 la muerte, del cantor única gloria,  
 símbolo de la paz y la victoria!...

.. .. .

¡Oh! no envidiéis al que en la herida frente  
 lleva cual fiero dardo  
 la inspiración ardiente!  
 Morir es para el bardo,  
 tras rudos temporales  
 llegar por fin al suspirado puerto:  
 Envidiad, o mortales,  
 al poeta infeliz, después de muerto!

Nueva York, 1880.

## **Gratitud**

*A mis amigos, Carlos y Rosina Brody,*

Con alma triste me lancé á las aguas  
Rendido al peso de la suerte impía,  
Atrás dejando a la que en luto y lágrimas  
Ora por mí, ferviente madre mía,  
*Regar* con llanto la extranjera playa,  
Solo, perdido y sin sostén me visteis...  
*Los* hermanos volviéronme la espalda,  
Y vosotros, extraños, me acogisteis!  
*Oro* quisiera, mas —a qué? — del alma  
No se pagan las deudas con dinero...  
Solo poseo un corazón sin mancha  
Ardiendo en gratitud... tomadlo entero!

## **Nafragio**

Cielo y mar!... Entre dos inmensidades  
vuela audaz el bajel... De pronto, el cielo  
su azul envuelve en tenebroso velo,  
y se extinguen del sol las claridades!

Todo es sombra y horror! Las tempestades  
desatan con furor su ardiente vuelo,  
y sobre el roto barco, en hondo duelo,  
se extienden las inmensas soledades.

Cielo y mar otra vez... y otra vez vaga  
la luz del sol por la marina alfombra...  
Así también el hombre envanecido

En la mundana tempestad naufraga,  
y al descender hasta la eterna sombra  
lo cubre el océano del olvido!

## Rayos y sombras

Ya se alejan los ábregos del monte,  
ya las nieblas se van del horizonte;  
de la aterida pradera yerma  
huye la triste nieve glacial...  
Solo las sombras de mi alma enferma  
ay, no se irán!

---

Ya vuelven a su alar las golondrinas,  
y las flores y el sol a las colinas;  
vuelven las auras, ricas de esencias,  
vuelve la gloria primaveral...  
Solo mis sueños y mis creencias  
no volverán!

---

Y otra vez yerta quedará la selva  
y obscuro el horizonte, hasta que vuelva  
con Mayo tibio la bienandanza...  
Sólo mi alma, presa del mal,  
sin el consuelo de la esperanza  
se quedará!...

## **Mi deseo**

*En un álbum.*

Si sois feliz, si en el cielo  
De vuestra vida, señora,  
Brilla la fúlgida aurora  
Del supremo bienestar;  
Si las que nacen, risueñas  
Flores de ventura y calma  
En los jardines del alma  
Embalsaman vuestro hogar;

Si sois la excepción dichosa  
De este mundo en el declive,  
En que muriendo se vive  
Y se muere en el dolor;  
Si a la luz de la esperanza,  
Libre de afanes prolijos,  
Vivís entre vuestros hijos  
Al aliento del amor;

Que ese astro resplandeciente  
Que hoy alumbra vuestro cielo,  
Jamás se oculte en el velo  
De la tiniebla fatal,  
Y a sus dorados reflejos  
Miréis, en plácida calma,  
Eterna en cielos y alma,  
La estación primaveral.

Mas si el contrario, cumpliendo  
 La ley del mortal quebranto,  
 Pagáis tributo de llanto  
 En las aras del pesar;  
 Si sufrís la pena aguda  
 De un alma altiva e inquieta  
 Que la desgracia sujeta  
 Al querer rauda volar...

Si la pérdida os aflige,  
 De horas dulces que pasaron  
 Y en vos, punzante, dejaron  
 El recuerdo nada más,  
 Como deja, al verse libre,  
 Entre los dedos de un niño,  
 Sus galas de oro y armiño,  
 La mariposa fugaz;

Si sois, por desdicha, uno  
 De esos seres desgraciados  
 Que callan desesperados  
 La muerte de su ilusión...  
 De aquellos que entre sonrisas  
 Llevan oculta la pena,  
 Mostrando la faz serena  
 Y rasgado el corazón...  
 Entonces solo os deseo  
 Lo que en vos, señora, abunda:  
 Una esperanza profunda  
 Y valor para sufrir;  
 Valor, sí; valor y calma!

Fe suprema y alma fuerte  
 Para luchar con la suerte  
 Hasta vencer o morir...!

Luchar...! ese es el destino  
 De las almas poderosas,  
 Cual la vuestra generosas  
 Y ricas de juventud...  
 Luchad, sí, que para ello  
 Tenéis en el alma aliento,  
 En la cabeza talento,  
 Y en el corazón virtud.

Luchad, que el triunfo os sonríe,  
 Y tras el triunfo del alma,  
 De la paz la verde palma  
 Coronará vuestra sien;  
 Y si acaso de la suerte  
 Caéis al golpe tremendo,  
 No os importe: así cayendo,  
 Habréis triunfado también.

## Seamos buenos

*a Elena.*

¿Por qué el brillante, immaculado armiño  
Manchar de nuestras almas?—por qué, dime:  
No ser como es el niño  
A quien el peso del dolor no oprime?

¿Por qué, mi dulce amiga, no ser buenos  
Y a lo bello no dar nuestra existencia?...  
¿Por qué no hacer, al ménos,  
Lo que impone el deber y la conciencia...?

Del alma el puro, el inocente armiño  
Es el supremo bien—quien peca gime...  
Seamos como el niño  
A quien el peso del dolor no oprime!



## Última página

*En el álbum de la niña María  
Virginia Barclay*

La vida de una cándida doncella,  
Como tú pura y bella,  
Es un libro como éste:  
Cubierta de carmín, título de oro,  
Y de páginas blancas un tesoro  
Que revelan al alma  
Con su muda elocuencia,  
El secreto feliz de la inocencia.

Así también, María,  
Es tu vida de armiño,  
Libro en blanco que un día  
Puso en tu mano el paternal cariño,  
Y cuyo seno inmaculado y puro  
Hoy se abre a las caricias del futuro,  
Como de un lirio el delicado broche  
A las trémulas gotas de la noche.

Quiera, grata y benigna,  
La alma del mundo que los tiempos llena,  
Permitir que los años, en su curso,  
En cada hoja de ese libro dejen  
Una memoria digna  
De tu alma pura y tu virtud serena,  
Y me diré feliz si al repasarlas  
Libre de pena en venideros días  
Y rodeada de santas alegrías,

Al llegar a la última,  
Das un recuerdo al triste peregrino  
Que en medio a la aspereza y desconsuelo  
Del lóbrego camino,  
Tendrá siempre una voz, voz elocuente  
Con que implorar, ferviente,  
Para los tuyos el favor del cielo,  
Y para ti su egida  
Y todas las dulzuras de la vida.

## Los días van pasando

Van pasando los días,  
Y pronto ya  
Mi cuerpo por las vías  
Del mar irá...  
Mi cuerpo, sí,  
Que mi alma toda entera  
La dejo aquí.

Los días van pasando  
Sin tú sentir,  
Y se van acercando  
Los del sufrir;  
Mas mi dolor  
No halla eco en las cenizas  
Del muerto amor.

Van pasando los días,  
Pasando van,  
Y nuestras alegrías  
Muertas están:  
Muertas en ti,  
Que su memoria, al menos  
Aun vive en mí.

“Los días van pasando,  
Mas al pasar,

Unidos van dejando  
Gozo y pesar...  
¡Suerte cruel!  
A ti el almíbar dejan  
Y a mí la hiel”.

## Flores y nubes

*(Balada)*

—Di, madre ¿por qué la flor,  
hoy tan fragante y lozana,  
habrá de perder mañana,  
su perfume y su color?

—Hija, porque en este mundo  
de apariencias, inconstante,  
todo pasa en un instante,  
nada es firme ni profundo.

—Y esas nubes matizadas  
de púrpura y de topacio,  
que cruzan por el espacio  
como de un ángel llevadas;

¿Por qué, madre, su hermosura  
se trueca en sombras de duelo  
que cubren de luto el cielo  
y el corazón de tristura?

—¡Tal es, hija de mi amor,  
la ley que el mundo domina:  
tras de la rosa la espina,  
tras de la dicha el dolor!

—¿Y el amor, madre, ese bien  
del corazón que suspira,  
también será una mentira?...

—¡Quimera el amor también!

Es ensueño de una hora,  
esperanza de un instante,  
visión hermosa y brillante  
que al tocarla se evapora;

Que esas pasiones que nacen  
dentro del pecho y lo agitan,  
son flores que se marchitan,  
son nubes que se deshacen.

—Mas, ay! si todo es falsía  
en torno de la existencia,  
¿en qué ha de tener creencia  
mi corazón, madre mía?

—En Dios que no engaña nunca  
y en tu madre que te quiere:  
ese es amor que no muere,  
que el desengaño no trunca;

Flor que eternamente crece  
en los jardines del alma;  
nube de bonanza y calma;  
que el viento no desvanece;

Porque en ese amor se encierra  
toda verdad y consuelo:  
no hay más que Dios en el cielo  
y amor de madre en la tierra.

1867.

## A un ave

*A la señorita doña María Quesnel\**

Entre las ramas de añoso roble  
que busca noble  
la inmensidad,  
unaavecilla de voz canora  
Canta a la aurora  
su libertad.

¡Cuán triste y débil, ave sin nombre,  
se siente el hombre,  
presa del mal,  
cuando compara tu alba inocencia  
con su existencia  
dura y fatal!...

Basta a tu dicha rústico nido,  
grano perdido,  
fresco raudal;  
libre horizonte, bosque sombrío  
campo baldío,  
luz celestial.

Tú no conoces las hondas penas  
ni las cadenas  
de la pasión;  
a ti no alcanzan los pensamientos  
ni los tormentos  
de la ambición.

¡Ah! qué no diera, dulce avecilla,  
 por tu sencilla  
 vida fugaz;

por tus amores, por tu escondido  
 plácido nido,  
 centro de paz!...

¡Qué diferencia de vida á vida!  
 La calma anida  
 dentro de ti;

y en lucha eterna, los aquilones  
 de las pasiones  
 rugen en mí.

Tú el ala tiendes en libre vuelo  
 por la del cielo  
 región de luz;

yo en esta obscura prisión cautivo,  
 llorando vivo  
 sobre mi cruz.

Tú cuando Oriente de luz se ciñe  
 y el cielo tiñe  
 vivo arrebol,

el himno puro de tus amores  
 entre las flores  
 alzas al sol.

Yo cuando sube del horizonte  
 cubriendo al monte  
 la obscuridad,

lloro en el arpa de mi amargura  
 mi desventura,  
 mi soledad.

Que ambos cantores somos, o ave:  
 tú eres el suave  
 fiel trovador

yo soy el triste bardo del duelo;  
 tú eres consuelo,  
 yo soy dolor.

Y aunque tú el ala bates serena,  
 y yo en mi pena  
 doblo la sien,

hermanos somos; que ambos cantamos,  
 y ambos amamos  
 el mismo bien;

Tú amas del campo la verde alfombra,  
 la fresca sombra  
 del abedul;

del sol de Mayo los resplandores,  
 la luz, las flores  
 y el lago azul.

La paz del nido y el canto amas,  
 las combas ramas,  
 la soledad;

y más que cielo y árbol y fuente  
 amas, ardiente,  
 la libertad.

Todo eso forma también mi anhelo  
 mi ansiado cielo,  
 mi religión,

todo eso, todo, mi pecho ama,  
 todo eso inflama  
 mi corazón;

Mas, ay, me falta de tu existencia  
 la alba inocencia  
 y el casto amor,  
 la fe del bueno, la paz del alma,  
 la dulce calma  
 de tu candor;

Por ella diera mis ilusiones,  
 mis ambiciones  
 de esplendidez,  
 mis esperanzas más lisonjeras  
 y mis quimeras  
 de gloria y prez;

Todo mentira, mentira todo;  
 miseria y lodo  
 la realidad;  
 tu alegre vida libre y segura,  
 tu calma pura  
 solo es verdad.

Adiós, o ave rauda y galana,  
 cándida hermana  
 del trovador;  
 ya anubla Otoño los horizontes,  
 ya de los montes  
 huye el verdor,

Vuela,avecilla, que ya en el cielo  
 se empaña el velo  
 de aéreo tul;  
 tiende las alas a otros alcores  
 en pos de flores  
 y limpio azul.

Feliz mil veces tú que las nieves  
 con alas breves  
 puedes dejar,  
 y en otros aires libres de brumas  
 las blandas plumas  
 al viento dar!

Ah! si dichoso como tú fuera!  
 Ay! si tuviera  
 tus alas yo!...

Cuán presto el suelo no dejaría  
 do triste y fría  
 mi fe expiró,

¡Con qué ventura, raudo cortando  
 del aire el blando  
 cerúleo tul,  
 entre los astros y la armonía  
 me perdería  
 del cielo azul.

Y una vez lejos de mar y sierra,  
 cuando la tierra  
 no viera más,  
 aunque a mi alma tomase el día,  
 no volvería  
 jamás, jamás!

## Las cuerdas rotas

*En el álbum de la señora D<sup>a</sup>  
Cecilia Benítez de Gautier.*

Venid, venid a mí, memorias puras  
De aquella edad de sueños e inocencia,  
De ignorancia feliz y de venturas,  
De fe en el alma y paz en la conciencia;

Venid a mí, plegarias infantiles,  
Castos besos, caricias maternas,  
Primeros entusiasmos juveniles,  
Ilusiones de amores inmortales;

Venid a mí, primaverales lampos,  
Del sol que brilla en mi solar natío,  
Embalsamadas brisas de mis campos,  
Murmurios apacibles de mi río;

Venid a mí, recién abiertas flores,  
Aves y efluvios de mi selva umbría,  
Que de aromas y cantos y colores  
Pobláis los aires de la patria mía;

Venid, venid en tropa voladora,  
Los años trasponiendo y la distancia,  
A evocar en mi musa gemidora  
Todas las alegrías de mi infancia;

Alzaos como genios protectores  
Entre el numen divino y mis pesares,  
Y no dejéis que vengan los dolores  
A amargar con su hiel estos cantares.

Atrás volved las esperanzas rotas,  
 La paz del corazón tornada en duelo,  
 Del ave herida las ahogadas notas  
 Y los nublados del perdido cielo;

Cerrad el paso a los espectros mudos  
 De la ambición y las creencias muertas,  
 Y a la dulce ilusión y a los saludos  
 De la fe y la esperanza abrid las puertas.

Que para alzar a la soñada esposa  
 Del altivo cantor una armonía,  
 Fuerza es trocar en lira sonora  
 Esta arpa funeral de mi elegía!...

Heme aquí ya; los ayes, los agravios  
 Dormidos en el fondo de mi alma,  
 La sonrisa vagando por mis labios,  
 Sereno el corazón, la frente en calma...

¿Qué aguardo? ¿por qué callo? ¿do se esconden  
 Las notas de la cítara?... ¿qué espectro  
 Enmudece mi voz?... ¿qué no responden  
 Las vibradoras cuerdas a mi plectro?...

Perdón, perdón, señora; el arpa mía  
 Ecos no tiene de ventura y calma;  
 Ahogad en mí el dolor y la agonía  
 Y ahogado habréis la inspiración en mi alma!

En vano el himno que en la dicha vibra  
 Concibió para vos mi mente ilusa;  
 La fibra del pesar es, ay! mi fibra,  
 La musa del dolor esa es mi musa.

Silencio, pues; desapacible nota  
 No quiero ser en el concierto pio  
 Que hoy a tus plantas armonioso brota  
 Como ofrenda a tu dulce poderío.

Ni un gemido siquiera, ni un sollozo  
 Ante la tierna y cándida hermosura  
 Que es numen del cantor, y ya que el gozo  
 No te es dado expresar en tu amargura,  
 Sufoca, o arpa, tus dolientes notas  
 Y depón a sus pies tus cuerdas rotas.

1879.



## Sombra o luz

*A la Señora XXX.*

Hoy que en el azul sereno  
Se derraman trilladores,  
Los clarísimos fulgores  
Del astro que os vio nacer,  
Permitid que yo me acerque  
Al pie de vuestros altares,  
De mis sencillos cantares  
El homenaje a ofrecer.

Mas, ay! ¿qué habrá de deciros  
Que seros pueda halagüeño,  
Quien solo ha gozado en sueño  
Las dichas del corazón...?  
Perdonad, pues, si al hablaros  
Bajo el pesar que me abruma,  
Tengo que mojar la pluma  
En lágrimas, de aflicción...

Si sois feliz, si en el cielo  
De vuestra vida, señora,  
Brilla la fúlgida aurora  
De un risueño bienestar;  
Si las que nacen, fragantes  
Flores de ventura y calma  
En los jardines del alma,  
Embalsaman vuestro hogar;

Si sois la excepción dichosa  
 De este mundo en el declive,  
 En que muriéndose vive  
 Y se muere en el dolor,  
 Si a la luz de la esperanza,  
 Libre de afanes prolijos,  
 Vivís entre vuestros hijos  
 Al aliento del amor;

Que ese astro resplandeciente  
 Que hoy veis en el cielo alzarse,  
 No llegue nunca a ocultarse  
 De la sombra en el capuz;  
 Y a sus dorados reflejos  
 Miréis floridos los montes,  
 Y azules los horizontes  
 Entre cortinas de luz.

Mas si al contrario, cumpliendo  
 De Dios el decreto santo,  
 Pagáis tributo de llanto  
 En la aras del pesar;  
 Si sufrís la pena ruda  
 De un alma altiva e inquieta  
 Que la desgracia sujeta  
 Al querer rauda volar.

Si la pérdida os aflige,  
 De horas dulces que pasaron,  
 Y en vos, punzante, dejaron  
 El recuerdo nada más,  
 Como deja al verse libre.

Entre los dedos de un niño,  
 Sus galas de oro y armiño  
 La mariposa fugaz;

Si sois, por desdicha, uno  
 De esos seres desgraciados,  
 Pero que sufren callados  
 La muerte de su ilusión...,  
 De aquellos que entre sonrisas  
 Llevan oculta la pena,  
 Mostrando la faz serena  
 Y rasgado el corazón

Entonces solo os deseo  
 Lo que en vos, señora, abunda:  
 Una esperanza profunda  
 Y valor para sufrir;  
 Valor, sí; valor y calma!  
 Fe suprema y alma fuerte  
 Para luchar con la suerte  
 Hasta vencer o morir...!

Luchar...! ese es el destino  
 De las almas poderosas,  
 Cual la vuestra, generosas  
 Y llenas de juventud...  
 Luchad, pues, que para ello  
 Tenéis en el alma aliento,  
 En la cabeza talento,  
 Y en el corazón virtud.

Pero ¿qué os estoy diciendo  
 Con voz tan desgarradora?

¿Por qué suponer, señora,  
Que no hayáis de ser feliz?  
Vos, a cuyas plantas brotan  
Las del placer halagüeñas  
Flores que os brindan risueñas  
Su perfume y su matiz...!

Ah! perdonad si el impulso  
Siguiendo de mis pesares,  
He regado estos cantares  
Con llanto del corazón.  
Mas, ay! quien de la ventura  
Perdió la dulce creencia,  
Todo lo ve en la existencia  
Por un prisma de aflicción!...

Olvidad, pues, mis palabras,  
Y escuchad mi ardiente anhelo:  
De vuestra vida en el cielo,  
Haya sombra o claridad,  
Creedme, solo os deseo  
Entre sonrisas y flores,  
En la sombra, resplandores,  
Y en la luz, eternidad!

## Tristezas de la lira

*Al literato eximio y al maestro venerado el Exento,  
Señor Don Gaspar Núñez de Arce.*

Amor! Amor! Embriaguez divina  
Que el ideal supremo eleva el alma!  
Alta, serena palma  
Que en el desierto al viajador errante  
Al suspirado oasis encamina!  
Nave del rayo y de la mar triunfante  
Que sobre la onda azul te balanceas:  
Amor, divino amor, bendito seas!

Amistad! del amor tranquila hermana,  
Que la copa de paz al labio allega  
Cuando el pecho se anega  
En hiel y sangre en la mundana lucha;  
Final refugio de la dicha humana,  
Cariñosa deidad que siempre escucha  
La voz del sentimiento y de la vida:  
Amistad, amistad, sé bendecida!

Y tú, bálsamo puro, y blando y tibio,  
Del árbol de los cielos destilado,  
que al seno lacerado  
Del dolor por los rudos torcedores  
Aliento brindas y eternal alivio;  
Santa fe del hogar de mis mayores,  
Divina Religión! el infelice  
Con labio agradecido te bendice!

Y tú, fugaz arcángel de los cielos,  
 Cristalino raudal, fuente de calma  
 En donde apaga el alma  
 La sed que eternamente la devora;  
 Heraldo de la paz y los consuelos  
 Que sueña el corazón que sufre y llora;  
 Esperanza inmortal! ¿qué sin ti fuera  
 Del que en la sombra batallando espera?

Y vosotras, virtudes generosas:  
 Ardiente caridad, celeste llama  
 Que el corazón inflama;  
 Justicia, Honor, Deber, Valor, Conciencia,  
 Cándidos lirios, desprendidas rosas  
 Del Edén que perdimos; vuestra esencia  
 Perfuma el aire en que respira el pecho  
 Al sacrificio y los dolores hecho!

Y tú, rauda visión deslumbradora  
 Que la espada inmortal del triunfo blandes,  
 Aliento de los grandes  
 En este bajo y deleznable mundo;  
 Aspiración del alma soñadora  
 Que lucha por romper el yugo inmundo  
 De la vida vulgar; Gloria divina!  
 El numen del cantor a ti se inclina!

¿Y qué de ti dirá, Ciencia sublime,  
 Y de tu luz, mi tembloroso labio?  
 Compañera del sabio,  
 Astro que de la dura servidumbre  
 De la tirana sombra nos redime;

Cristo del pensamiento, a cuya lumbre  
 Debe, el mortal su libertad eterna,  
 ¿Quién que piense, ante ti no se prosterna?

¿Quién ante ti también, Arte divino,  
 Arte revelador de la belleza,  
 No inclina la cabeza?...  
 Tú, mediador celeste que, entornada,  
 Tras el iris del prisma diamantino,  
 Nos dejas ver la misteriosa entrada  
 Del sonado ideal, único lazo  
 Que el cielo une á la tierra en casto abrazo!

O dulces sueños que halagáis al hombre!  
 Santas creencias que encendéis el pecho!  
 ¡Cuánto bien habéis hecho,  
 Cuánta luz derramado y cuánta gracia,  
 Y cuánto, cuánto más en vuestro nombre  
 No alcanzara el mortal, si por desgracia,  
 Y para duelo eterno de la lira,  
 No fuerais lo que sois: humo y mentira!

## Sueño

*a K. Listo.*

Soñé que un paraíso era la vida,  
Donde entre rosas y fragante acacia,  
Sonreían al hombre en su desgracia,  
El amor, la amistad, la fe querida...

Soñé que la maldad era abatida  
Y el bueno coronado por la gracia;  
Soñé que era la sola aristocracia  
La inteligencia a la virtud unida.

Mas, ay! que por mi mal despierto luego,  
Y solo encuentro en mi redor abrojos  
Y la amarga verdad del mundo ciego!

Señor! si solo en sueño es verdadera  
La dicha, vuelve a adormecer mis ojos  
Y déjeme soñar hasta que muera

## A: K. listo

*Réplica.*

¿Con que abrigas, K. Listo, la creencia  
Inspirada quizá por tus antojos,  
De que es obra, y no más, de mis *anteojos*  
La mentira que envuelve la existencia?

Bien pudiera probar a tu inocencia  
Que son, al despertar, crudos abrojos,  
Esas flores que en *sueño* ven mis ojos,  
Mas, lo dejo K. Listo, a la experiencia:

Defiende tu opinión con hidalguía  
Penetra de este mundo en el *abismo*  
Y busca la verdad con noble empeño;  
No temas la maldad; lleva por guía  
*La virtud, el talento, el patriotismo...*  
Y ya verás si sueño o si no sueño.

## **Nihil novum!**

Hogar puro y tranquilo, horas serenas  
de ternura, y de amor, y de alegría,  
de una voz infantil la melodía,  
y allá en la ancianidad, días sin penas.

Eso entrevieron nuestras almas buenas  
al jurarnos eterna simpatía,  
que eternas concibió la fantasía,  
las del amor dulcísimas cadenas.

Mas, ay! entre los dos se alzaron luego  
el tiempo y el océano; tú perdiste  
del primitivo impulso el santo fuego;

Yo, mi creencia en la humanal constancia.  
Tornaste a ser libre, y yo a ser triste...  
¡Tanto pueden el tiempo y la distancia!

## Memoria triste

¿Quién pudiera volver a aquellos tiempos  
en que era el porvenir sueño de oro  
de juventud lozana y de alegría,  
y hasta la misma pena sonreía?

¡Ay! ¡cuántas veces, en lejanas tierras  
lejos del patrio hogar y de los míos  
pienso en vosotros y en aquellas horas  
de alegres e inocentes desvaríos!

Y brota entonces el llanto de mis ojos,  
y exclamo con la voz del pecho herido:  
¡quién pudiera volver a aquellos tiempos!  
¡quién pudiera volver al bien perdido!



## Enfermo

Cuando mis labios helados  
Cierre, de la tumba el peso,  
¿Quién los tuyos sonrosados  
Irá a cerrar con un beso?

Cuando mi tumba sin flores  
Azote el cierzo inclemente,  
¿Quién la flor de otros amores  
Posará sobre tu frente?

Cuando del mundo distante  
Si hay más allá piense en ti  
¿En quién pensarás amante,  
Olvidada ya de mí?

¡Ah!... no niegues de ese modo!  
Rey del mundo es el olvido,  
Y lo peor, que al fin de todo,  
El tirano es bien venido!

## Lágrimas

Lanzaba un niño inocente,  
con un tubillo de pluma,  
brillantes globos de espuma  
por el aire transparente.

De sus galas de topacio,  
de púrpura y de zafiro,  
risueño, el lánguido giro  
seguía por el espacio;

y absorto en las maravillas  
de aquel milagro de lumbre,  
hacia la excelsa techumbre  
tendía las manecillas.

Mas, ay! en rápido instante  
los globillos se rompieron,  
y en leves gotas cayeron  
sobre su triste semblante...

Sonreí con amargura  
al ver su faz abatida,  
y “así, me dije, en la vida  
pasa la humana ventura:

así, en el aire en que nacen  
nuestras locas ambiciones,  
fallecen las ilusiones,  
y en lágrimas se deshacen!” ...

## Tempestades

Las olas se encrespan,  
Luz rápida brilla  
Y flota sin rumbo  
La débil barquilla.

En choque fulmino  
La nube revienta  
Y estalla impetuosa  
La horrible tormenta.

Resueltos marinos  
Se cubren de espanto;  
Las tímidas gentes  
Desátanse en llanto.

Tan solo apoyado  
Del borde en el filo,  
Gallardo mancebo  
Medita tranquilo.

Anciano Piloto  
Se acerca y le mira;  
—¿Del mar— le pregunta—  
No temes la ira?

Y el joven responde  
Con lúgubre calma:  
—Ay! luchas más fuertes  
Agitan mi alma!

1892.

## Hojas secas

*A mi distinguido amigo el joven poeta  
Andrés Antonio Arda.*

Cuán cortos los días  
Del reino estival!  
Cuán breves las horas  
De amor y lealtad!

Huyeron las brisas  
Del cielo de abril!  
Volaron los sueños  
Del pecho feliz!

Ya vuelan los soplos  
Del cielo otoñal!  
Ya vuelan los fríos  
Del alma sin paz!

Emigran las aves  
Del fresco vergel;  
Ya el alma abandonan  
Anhelos y fe.

El árbol sus hojas  
El viento arrancó,  
La duda sus dichas Robó al corazón.

.. .. .  
.. .. .

Adiós, primavera!  
Verano gentil!  
Adiós esperanzas  
Del seno infeliz!

.. .. .

.. .. .

Ya viene el invierno  
Callado y glacial!  
Ya viene la muerte,  
Ya viene la paz!

## ¿Dónde está dios?

*A mi amigo el excelentísimo poeta Jacinto Gutiérrez Coll.*

En el tiempo, en el espacio,  
en la materia infinita,  
donde la vida se agita  
en la eterna evolución,  
allí palpita,  
se mueve Dios.

En la armonía del mundo,  
en los rayos siderales,  
de la mar en los cristales,  
y en el cáliz de la flor,  
allí a raudales  
se ostenta Dios.

En la hermosura soñada,  
en las notas de la lira,  
en la idea en que se inspira  
el arte revelador,  
allí se mira,  
se siente a Dios.

En el amor que las almas  
en lazo cándido prende,  
en la virtud que se enciende  
del martirio en el crisol,  
allí se extiende  
la ley de Dios.

La inspiración misteriosa  
del triunfo en la verde rama,  
la fe que el valor inflama  
y la heroica abnegación,  
                    eso se llama,  
                    se llama Dios.

Bajo el rayo en la tormenta,  
desbórdanse los raudales,  
y sus campos en eriales  
trocados ve el labrador,  
                    ay, cuántos males. ..  
                    ¿Dónde está Dios?

Divide el odio las almas,  
triunfa el crimen sin desdoro,  
y la virtud su decoro  
fácil rinde al tentador;  
                    es rey el oro,  
                    ¿dónde está Dios?

La ley que rige la vida  
es la ley del egoísmo  
misericordia, ambición, cinismo,  
yo primero, siempre yo;  
                    en ese abismo, .  
                    ¿dónde está Dios?

En la vida, en la materia,  
donde quiera el mal se esconde,  
y donde quiera responde  
al grito del corazón...  
                    Decidme, ¿dónde,  
                    dónde está Dios?

## La fe perdida

Cuando el Genio de la alma Poesía  
Que sangre y mente y corazón me inflama,  
Con el frescor de la apolínea rama  
El fuego calme de la frente mía;

Cando del septentrión al mediodía  
Lleve mi nombre la parlera fama,  
Y del Olimpo la divina llama  
Vierta en mi noche claridad de día;

Cuando al poder de mi inspirado canto  
Se estremezca el mortal, de polo á polo  
Entonces... entonces correrá mi llanto

Lo mismo que hoy, porque la fe perdida,  
Ni aun a la sombra del laurel de Apolo,  
Torna jamás a recobrar la vida!

## Resurrección

*A Henrique P. Gad.*

Báñase en luz la celestial esfera,  
rompe el hielo la fuente cristalina,  
corónase de palmas la colina  
y de recientes flores la pradera;

tras el martirio y tras la muerte fiera,  
el Justo de los Justos se encamina  
desde el sepulcro a la región divina  
donde su padre celestial le espera.

Resurrección! Resurrección! del campo  
la proclaman los cármes risueños,  
del sol primaveral el regio lampo

y de la mar azul la augusta calma ...  
¡Cristo de mi esperanza y de mis sueños,  
¿por qué no resucitas en mi alma?

## Día fatal

*A la señora doña María de Haro Gad.*

*Berlín.*

Señora, amiga y hermana mía,  
no por la sangre del Nazareno,  
mas por el Iris, alma del día,  
que en ondas brota del dios heleno;

no es sueño vano ni paradoja  
del bardo triste lo que hoy te escribo;  
es meteoro mortal que arroja  
luz que, sin duda, tu alma recibe.

Y es que la ausencia jamás separa;  
la ausencia junta más bien, señora:  
por eso nunca te contemplara  
de mí tan cerca como a esta hora.

Hora en que lejos por la distancia  
de ti y Enrique, diosa y creyente,  
en la desierta, délfica estancia,  
os llora el pobre vate doliente,

hoy más que nunca desamparado.  
No, no; me engaño, que el miserable  
que esto te escribe tiene a su lado  
su último amigo: lo Irreparable.

¿Vendrá en mi auxilio? No lo deseo,  
que ni a la tumba quiero servicios



deber... o ¿gracias? Ahora lo veo;  
Dios aún me queda, Dios y sus juicios.

Sí, Dios, señora; Dios que me oía  
llamarle en vano con ansia loca;  
buscar su fuente como otro día  
Moisés el agua de roca en roca!

Filosofía, razón y ciencia  
me respondían: —Aquí no existe!  
Y yo sintiéndolo en la conciencia,  
yo lo negaba con alma triste!

Y mientras cerca de mí bullía  
la linfa pura de su corriente,  
donde la fiebre de mi porfía  
calmar ansiaba su sed ardiente;

yo en la soberbia de mi egoísmo,  
sacrificaba mi alma intranquila  
por comprenderlo... con el guarismo,  
por descubrirlo con la pupila!

Mas Él a un tiempo severo y justo  
mi lucha honrada juzgando en calma,  
su hálito santo lanzó robusto  
sobre el cerrado cielo de mi alma.

Y desatando ruda tormenta  
que en mi descuido no preví nunca,  
sobre mi altiva cerviz revienta  
y el rayo impió mi dicha trunca!

En ronco trueno crujió la envidia,  
la infamia en raudo turbión deshecho,  
y entre las sombras cayó la insidia  
sobre mi inerme desnudo pecho!

La vil calumnia vibró en el viento  
su horrendo silbo; y en el ropaje  
del mundo oculto, su negro intento  
lanzó el menguado, cobarde ultraje.

Y sobre el ronco, fatal estruendo  
de la borrasca; de entre las brumas  
surgir se oía graznido horrendo  
y un ominoso rumor de plumas.

Igneo relámpago rasgó las nieblas  
y a su vislumbre miré el protervo  
perfil del ave de las tinieblas  
y de la duda luctuoso cuervo.

El que una noche sintiera el bardo  
sobre su gloria batir las alas;  
el mismo cuervo, que el triste Edgardo  
vio sobre el noble busto de Palas.

Aquel que un día con pico rudo  
y en impaciente brusco aleteo,  
clavó su garras en el desnudo  
pecho en cadenas de Prometeo;

y ya saciados sus apetitos,  
su vuelo infausto, del bueno azote,  
pasó lanzando triunfantes gritos  
sobre el pescante del Iscariote...

El mismo, el mismo símbolo adusto  
del odio aleve, del mal no visto  
que se cernía, ya muerto el Justo,  
sobre el sepulcro de Jesucristo.

Ronco estallido vibrante y largo,  
rasgó la sombra con luz violenta;  
y en cataratas de llanto amargo  
rompióse el seno de la tormenta.

Cuando los ojos abrí tras hondo  
sopor, al borde me hallé de terso  
lago cerúleo de cuyo fondo  
la luz radiaba del universo.

Raudal de lágrimas, fulgor del Santo!  
Dios allí estaba, radiante y justo,  
que Él no se muestra sino en el llanto  
del inefable dolor augusto!...

Sí, Dios aún queda tras lo infinito  
como esperanza! Y aquí en el suelo,  
quizás los “únicos” que oís mis gritos,  
quedáis vosotros como consuelo!

Por eso nunca te contemplara  
de mí tan cerca como a esta hora...  
No más... La angustia de mí se ampara.  
Basta de lágrimas! Adiós, señora!

## Perdonalos

Vedle! allí está... la paz de la conciencia  
brilla en su frente—Su mirada pura  
es un drama de llanto y de tristura,  
una historia de amor y de inocencia.

Vedle en la cruz!... La humana inteligencia  
no alcanza a comprender tanta amargura...  
¡Silencio! el labio mueve... ya murmura  
de sus verdugos la fatal sentencia:

—“Perdónalos, perdónalos, exclama,  
no saben lo que hacen, Padre mío...”  
Sublime abnegación! Amor profundo!

E inclinando la frente, como rama  
tierna que abate el vendaval impío,  
muere Jesús por redimir el mundo!

## Al autor de *El rayo de luz*

Viste la luz cual pabellón flotante  
De belleza, de amor, y de armonía,  
Y en alas de tu ardiente fantasía  
Te lanzaste tras ella, delirante.

La fuiste a buscar en la brillante  
Cuna de rosas donde nace el día;  
Alzaste el velo de la tumba fría,  
Rompiste los cristales del diamante...

Brotó la luz en toda su belleza  
Y te besó en la frente, despertando  
Al choque poderoso de tu ingenio;

Por eso si levantas la cabeza,  
Deja ver en tus cielos fulgurando  
La diadema de luz que ciñe al genio.

## A una niña artista

Como en la breve simiente  
Se revela el alta encina  
Que las montañas domina  
Retando al Bóreas potente;

Como anuncia el grano de oro  
Entre la arena encontrado,  
Del venero codiciado  
El espléndido tesoro;

Como la tenue vislumbre  
Del primer albor de Oriente,  
Del astro resplandeciente  
Predice la regia lumbre;

Así la naciente llama  
Del arte que en ti se anida,  
Anuncia la eterna vida  
Que brinda al Genio la Fama,

Que, oculta en tu breve historia,  
Nuncio de luz y fortuna,  
Como la perla en su cuna  
De nácar, duerme tu gloria.

¡Lucha! lauros atesora!  
¡Simiente, vuélvete encina,  
Grano de oro, hazte mina,  
Tórnate sol, blanca aurora!

## A una artista

Dulcísimo trinar de ave canora,  
céfiro blando que entre flores juega,  
lluvia de perlas que cristales riega,  
esa es tu voz melódica, señora.

Modesta flor que en el follaje mora,  
y cuando Febo a acariciarla llega  
su tierno cáliz, pudorosa pliega,  
esa es, mujer, tu gracia seductora.

Mas no es solo tu canto melodioso  
ni tu canto de un ángel de hermosura  
lo que entusiasta el corazón admira:

Es el dulce, sublime, delicioso  
sentimiento de calma y de ternura  
que tu presencia angelical inspira.

## Lauro y cipres

*(En la tumba de un héroe)*

Del bronce fraticida al rudo estruendo,  
como una flor que al viento se marchita,  
al pie del pabellón que el libre agita,  
cayó el héroe la patria defendiendo.

Sus ramas dulcemente entretrejiendo  
un lauro y un ciprés, sombra bendita  
dan a la tumba donde el héroe habita  
el sueño de los mártires durmiendo.

“Murió” dice el ciprés al peregrino;  
y vueltas a la luz del sol fecundo,  
las ramas dicen del laurel divino:

“No ha muerto; vive aún para la gloria;  
que cuando todo pasa en este mundo,  
es eterna del Héroe la memoria”.

## Sin conocerte

*en el álbum de la señora Dña.  
Cecilia del Castillo de Troy.*

Ave en los aires perdida,  
Hoja que arrebató el viento,  
Alga del mar sin asiento,  
Triste errante trovador;  
Ráfagas, alas y ondas  
Hoy hasta ti me han traído  
A rendirte este debido  
Tributo de admiración.

Nunca te vieron mis ojos,  
Jamás escuché tu acento,  
Ni me bañó tu talento  
Con su divino fulgor;  
Nunca te vi, pero el alma  
Te adivinó soñadora,  
Al saber que eras, señora,  
De otro bardo inspiración.

¿Qué más saber necesito  
Para saber que eres buena,  
Hermosa, pura, serena,  
Toda amor, toda virtud?  
Qué más saber necesito  
Al saber que del poeta  
Llenaste la mente inquieta  
Toda fuego, toda luz!

Esperanzas inmortales,  
Espléndidas ambiciones,  
Sublimes aspiraciones,  
Sueños de gloria sin fin!...  
Todo eso has realizado  
Para el poeta señora,...  
Qué más necesito ahora  
Para conocerte, di?...

Yo también, bardo errabundo,  
Peregrino de la vida.  
Con la esperanza encendida  
Corro tras un ideal;  
Un ideal como el suyo  
Que paz y amores respira,  
Una creación de la lira  
Que aún no he podido encontrar.

Por eso también comprendo  
Tu belleza, tu alma pura  
Y la suprema ventura  
Que sus sueños coronó;  
Y siento surgir del pecho,  
Unidas en lazo doble,  
Por él mi envidia más noble  
Y por ti mi admiración!

## Tributo

*(En un álbum)*

Tiene la tierra flores,  
Tienen los cielos astros,  
Tienen los astros luz,  
La primavera cantos  
De amor y juventud.

Tiene el diamante brillos,  
Tiene la flor del valle  
La magia del color—  
Los bosques tienen aves  
Y el ave su canción.

Pero en el alma humana  
Hay más que todo eso:  
Hay de virtud la miel,  
Hay nobles sentimientos,  
Hay el amor del bien;

Hay lo que en tus altares,  
Como sencillo incienso,  
Hoy vengo a tributar: Admiración, respeto  
Y profunda amistad.



## **Semper!**

Cuando su imagen, en sueños,  
Se acerca a mi cabezal,  
Sonriendo enamorada  
Como en los tiempos de atrás,

Despierto en honda agonía  
Y rompo luego a llorar,  
Porque entonces es cuando mido  
La intensidad de mi mal.

Despierto, y del fondo oscuro  
De mi alma surgiendo van  
Los recuerdos de una dicha  
Que no ha de volver jamás;

Y surgen unos tras otros,  
Desde el primero al final,  
Y me asaltan y me agobian,  
Y me dicen mi orfandad;  
Y en vano lucho, y en vano  
Los quiero de mí alejar,  
Que los recuerdos del alma  
Cuando vienen no se van...

Recuerdo entonces el día  
(Día feliz, en verdad,  
Porque entonces ni lloraba  
Ni comprendía el llorar)

En que mis ojos la vieron  
 Como al soñado ideal,  
 En que me vieron sus ojos  
 De celeste claridad;

Y me parece que aun siento  
 Su grata voz musical  
 La tierna frase primera  
 De su pasión murmurar...

Recuerdo las dulces horas  
 De rauda felicidad,  
 Que vinieron, venturosas,  
 Nuestro anhelo a coronar,

Cuando sus ojos brillaban  
 Con el fuego del volcán,  
 Y se teñían sus labios  
 Con el matiz del coral,

Y se abultaba su seno  
 Como las ondas del mar  
 Levantadas por la fuerza  
 De eléctrica tempestad.

Y en lazo ardiente y estrecho  
 Que yo juzgaba inmortal,  
 Me suspendían sus brazos  
 A los cielos del Koran!...

Recuerdo el llanto que vía  
 Por su mejilla rodar,  
 Cuando una sombra de celos  
 Empañaba su ideal...

Lágrimas que yo secaba  
 Con besos, lágrimas, ay.  
 Que yo en gozo convertía  
 Con sonreíría no más!...

Recuerdo el día en que fuimos  
 A la orilla de la mar,  
 Y, fijando la mirada  
 En la azul inmensidad,

Enseñándome la onda  
 Que, a besar el arenal,  
 Amorosa, viene y vuelve  
 Sin fatigarse jamás.

“Así es mi amor”, me decía,  
 “Como esa onda inmortal,  
 Tú eres la playa adorada  
 Eternamente, yo el mar”.

Recuerdo la pena aguda  
 Que me hería el pecho allá  
 Lejos, en tierras extrañas,  
 Lejos de ella y de mi hogar.

Cuando el deber me arrancaba  
 De su lado, sin piedad...  
 Ay! entonces, cuánto duelo!  
 ¡Cuánta angustia! cuánto mal!

Mas después, cuánta alegría  
 De esas que no tomarán,  
 Cuando de vuelta, en sus brazos,  
 Me hacía el gozo llorar!...

Recuerdo también el día  
En que una nube fatal  
Vino sobre nuestro cielo  
A anunciar la tempestad;

Y por fin, —Piedad, Dios mío!  
Para colmo de mi mal,  
Recuerdo que... Nada, nada...  
Nada quiero recordar!

## Sueño

Bella como la diosa del Egeo,  
Casta como la mística María,  
Noble como la excelsa Poesía,  
Tierna como los sueños del deseo;

Así la he concebido, así la veo  
En los sueños de amor del alma mía,  
Dulce, brindando el triunfo y la alegría,  
Reina gentil del ideal torneo.

¡Oh, no despiertes, no; sigue soñando  
Y amando, o alma, al noble ser que viste  
En tu sueño brotar, celeste y blando.

No quieras despertar, o alma inquieta:  
Esa ideal quimera sólo existe  
En los divinos sueños del poeta!

## La ocasión

Más de una hora en el jardín sombrío  
estuvimos los dos,  
y llenos de ternura, platicamos  
de nuestro dulce amor.

Cien veces nos juramos uno a otro  
nuestra eterna pasión...  
Más de una hora en el jardín sombrío  
estuvimos los dos.

Pasó de la ocasión la diosa rara  
voluptuosa y veloz,  
nos vio de pie, diciéndonos ternezas,  
y, riendo, se alejó!

## A Lesbia

Como rosas  
son tus labios...  
con su esencia  
van sus dardos.

Son tus ojos  
como el rayo...  
iluminan abrasando.

En tu pecho  
mar de encantos...  
Quien lo surca  
¡pobre náufrago!

¿Lo que digo  
juzgas falso?  
¿Crees, o Lesbia  
que te engaño?

Pues escucha:  
soy el árbol  
que incendiaste  
con tus rayos.

Soy el pecho  
lacerado  
de tus rosas  
por los dardos.

Soy la nave  
del naufragio  
de tus gracias  
en el lago.

Y ya, Lesbia,  
que mis labios  
mi secreto  
revelaron,

No te enojés;  
al contrario,  
calma, Lesbia,  
mis quebrantos.

## Te amo

Te amo! ¿Sabes, mi vida,  
lo que encierra esa palabra  
cuando el labio la pronuncia  
bajo el dictado del alma?

Te amo! ¡La vida entera,  
las ilusiones, las ansias  
del corazón que suspira  
en esa frase se exhalan!

“Te amo”, dice: eres bella  
como la virgen soñada  
como el ideal divino  
que el bardo lleva en el alma,

“Te amo”, dice: eres pura,  
como la nieve sin mancha;  
sencilla cual la violeta,  
como la azucena, cándida.

Te amo! esa voz anuncia  
todo cuanto el pecho guarda  
de ternuras y creencias,  
de alegrías y esperanzas;

Urna en que yacen unidas  
las sonrisas y las lágrimas;  
secreto de la existencia  
y de los sueños alcázar;

Que amor, bien mío, es trocarse  
 en ave de plumas raudas,  
 y en los espacios celestes  
 batir las serenas alas;

Y meciéndose en las ondas  
 de la atmósfera azulada,  
 teñirse en la luz del iris,  
 con los cambiantes del nácar;

Después, en rápido vuelo,  
 rasgando la etérea gasa,  
 remontarse hasta las puertas  
 del palacio de las almas;

Y allí, revolando en torno  
 de la celestial entrada,  
 oír las notas divinas  
 de las seráficas arpas.

Luego bajar a la tierra,  
 en la luz de la alborada,  
 y de un árbol florecido  
 posarse en las verdes ramas;

Y allí cantar, al glorioso  
 resplandor de la mañana,  
 las alegrías del cielo  
 y la fiesta de las almas.

Eso es amar, vida mía,  
 con el amor que no pasa;  
 como se aman los buenos,  
 como “te amo” y me amas,

¿Comprendes, mi bien, ahora,  
 lo que encierra esa palabra  
 cuando la pronuncia el labio  
 bajo el dictado del alma?

## Amor!

Yo feliz!... Yo en la aurora!... Yo adorado  
Oh! qué dulce mentira!... Nadie sabe  
Que en este triste corazón no cabe  
El tesoro de amor, sino soñado!

Soñar! siempre soñar! y luego... luego  
A la triste verdad abrir los ojos!...  
Soñar con el placer, y hallar enojos,  
Soñar la luz, y despertarse ciego!

Yo dichoso y amado!... Si pudiera  
Alguien bajar al fondo de mi alma,  
Al verla aislada, sin amor, sin calma,  
Perdida la ilusión, retrocediera!

Ah! tú no lo comprendes... no imaginas  
En tu risueña juventud de lirio,.  
Que es para el alma roedor martirio  
Rosas sembrar y recoger espinas:

Mas ay! tal vez un día infortunado  
Sabrás, mi dulce bien, cuánto te he amado....  
Sabrás entonces lo que nadie sabe:  
Que en este triste corazón no cabe  
El tesoro de amor, sino soñado!



## Mi dicha

“¿Por qué así nos esquivas?... ¿Qué te han hecho  
Las que fueron ayer tus compañeras,  
Ambiciones, y glorias, y quimeras  
Que hervían tumultuosas en tu pecho?

Vuelve, vuelve otra vez al blando lecho  
De los ardientes goces” ... Así, arteras,  
Mis pasadas locuras lisonjeras,  
Me tienden de su red el lazo estrecho.

Mas yo, cansado de mentira y dolo,  
Les niego en mi alma el demandado asilo;  
Que para ser feliz me bastan sólo,

La de mi corazón paz deleitosa,  
El aire puro de mi hogar tranquilo  
Y el casto amor de mi sencilla esposa.

## Consuelo

*A la Sra. Doña María de Haro Gad (En su lecho de dolor, al enviarle la colección de los clásicos españoles).*

A ti, el orgullo del solar natío,  
Timbre viviente de tu noble historia,  
Y más que orgullo, para mí, y que gloria,  
Musa y esposa del hermano mío!

El libro excelso que a tus pies envío  
Acoge, bondadosa, en tu memoria,  
Y viertan en tu pena transitoria  
Sus páginas de luz bálsamo pío,

Que a la que es del amor vaso fragante  
Y del canto inmortal vivo modelo,  
Al verse lejos del esposo amante,

Triste y sumida en su dolor, a solas,  
Solo pueden brindar puro consuelo  
Las inmortales musas españolas.

## Luz reflejada

Es a mi alma tu cariño santo  
lo que el tibio fulgor  
del astro de la noche es a la tierra:  
un saludo tristísimo del sol.

Del sol ausente que al planeta envía  
su nocturnal adiós,  
al satélite haciendo mensajero  
de su ardiente, lejano resplandor.

Yo soy la opaca, la errabunda esfera  
que va del sol en pos;  
tú, la luna serena que recibe  
del sol de mi ideal la irradiación!

## Vida y muerte

*(Imitación del árabe)*

### I

Nació en Oriente un sol esplendoroso,  
en la verde arboleda un ruiseñor,  
en vibradora cítara un sonido,  
y tú en mi corazón!

### II

Murió el astro en las sombras de la tarde,  
en jaula de oro el ave pereció,  
la melodiosa nota en el silencio,  
y yo en tu corazón!

## In coelo

De amor y de congojas  
yacía muerto,  
sepultado en la tumba  
de su recuerdo.

Un día en que vagaba  
su pensamiento  
por entre los sepulcros  
que guarda el pecho,

Al acercarse al mío  
pensó un momento,  
y derramó una lágrima  
sobre mis restos...

Alceme de improviso  
de entre los muertos,  
y en sus radiantes ojos  
vi el cielo abierto.

Fue de mis amarguras  
el alto premio;  
desde esa hora de gracia  
vivo en el cielo!

## Pensando en ti

Como un meteoro que en raudo vuelo  
pasa, de lumbre bañando el cielo,  
ante mis ojos apareciste  
por vez primera, niña gentil...  
y al alejarte, quedeme, triste,

*Pensando en ti.*

Vi la sonrisa del sol naciente;  
vi sus reflejos en Occidente,  
cuando reclina la sien, rendido,  
sobre cojines de oro y zafir...  
y ambas escenas me han sorprendido

*Pensando en ti.*

¡Ah! no es de ahora que por ti el alma,  
de amor henchida, perdió su calma;  
que allá en mis sueños, antes de verte,  
ya te adoraba mi alma feliz;  
y así vivía, sin conocerte,

*Pensando en ti.*

Sí; te recuerdo desde que era niño;  
tú eras el ángel de alas de armiño  
que me anunciaba la madre mía  
cuando en sus brazos me iba a dormir.  
Y, sin saberlo, me adormecía

*Pensando en ti.*

Ah! si entre zarzas, oculta y fría,  
junto a una tumba pasas un día,  
y en ella miras mi nombre escrito,  
di que mi alma, niña gentil,  
tendió sus alas al infinito

*Pensando en ti.*

## Tus ojos

Entre mi vida de enojos  
y tus clarísimos ojos,  
hay una gran relación:  
pues son, en su semejanza,  
grandes como mi esperanza,  
negros como mi aflicción.

## La Mujer

Ved esa frente en que la paz del cielo  
Parece reflejar su luz tranquila;  
Ved ese rojo labio que destila  
La suave miel del inmortal consuelo;

Ved ese rayo que detiene el vuelo  
De los sueños de amor en su pupila,  
Y ese trémulo seno que, alto, oscila  
Al dulce imperio de celeste anhelo!...

¿Qué es lo que ensancha esa divina frente?  
¿Qué es lo que enciende esa ideal mirada?  
¿Qué es lo que agita ese nevado encaje?...

Amor, diréis, la inspiración ardiente  
Al ideal soñado... nada, nada:  
Una cinta, un sombrero, un nuevo traje!



## La hermosa

En la mirada el resplandor que ciega,  
en la mejilla el tinte de la rosa,  
en la cerviz la alteza de la diosa  
viva en el mármol de la estatua griega.

Olímpico desdén su labio plega  
de encendido carmín, y cuando airosa  
mueve la planta, es leve mariposa  
que entre las flores revolando juega.

Segura de su fuerza y su victoria,  
sabiendo que a sus pies de una mirada  
al grande postra y al pequeño abisma,

cierra su pecho a la amorosa gloria,  
niega en su alma a la ternura entrada  
e incapaz de otro amor, se ama a sí misma.

## La fea

Negole sin piedad Naturaleza  
de la mirada el resplandor divino  
de la mejilla el tinte purpurino,  
y del arqueado labio la pureza.

Negole de las líneas la nobleza,  
la redondez del cuello alabastrino  
y el conjunto armonioso y peregrino  
que a las formas imprime la belleza.

Legada de los hombres al desprecio,  
y herida en su altivez de las hermosas  
por la falsa piedad y la ironía,

quédanle sólo en su infortunio recio  
dos sendas nada más, ambas forzosas:  
o ser ángel de paz o ser harpía.

## O bella o madre

No es ser del arte fúlgida eminencia,  
ni del saber excelsa luminaria,  
ni avara consagrarse y mercenaria  
del tráfico vulgar a la existencia.

No es tampoco aspirar a la potencia  
que da el genio o la espada sanguinaria,  
ni menos, ay, en celda solitaria  
sacrificar a Cristo su inocencia.

No es ese, no, cual necio lo pretende  
el siglo actual, de la mujer mudable,  
débil, celosa y frívola el camino.

Su fuerza solo del amor depende,  
su gloria, del hogar que la hace amable,  
que o ser bella o ser madre es su destino!

## Trono y tumba

La vieja Europa, en su fatal desvío,  
en la tierra del Sol pone la planta,  
y el trono de un extraño allí levanta  
como un fantasma de terror, sombrío.

De Cuautimoc el vástago bravío,  
¡Juárez el inmortal! noble adelanta,  
y en la frente del mísero quebranta  
de su patria infeliz el yugo impío.

El trono del Tudesco se derrumba,  
y en su lugar, cual tétrica memoria,  
hoy señala la América mía tumba:

Tumba y altar de un mártir soberano,  
mengua y baldón de la francesa historia,  
gloria y honor del pueblo mexicano.

## A la libertad del viejo mundo

“Libre ha de ser el mundo!  
No más cetros de reyes en la tierra.  
Al ambicioso despotismo, guerra.  
Y al hálito fecundo  
De Libertad y Gloria,  
Torne la luz de la pasada historia!

No más, no más nobleza  
Que la virtud del alma y el talento!  
Y señor de la tierra, el pensamiento  
No rinda su altiveza  
Sino ante el ara santa  
Que el libre a Dios y a la Libertad levanta!”.

Así dijiste un día,  
Vasta región, antiguo continente!  
Y al sacudir la esclavizada frente,  
La odiosa jerarquía  
De nobles y de reyes,  
Se hundió en el polvo ante las nuevas leyes!

El torpe vilipendio  
Del derecho divino huyó del ara  
Que el fanatismo corruptor le alzara;  
Y a la luz de tu incendio,  
Con asombro profundo,  
Los derechos del hombre leyó el mundo!

.. ..  
 .. ..

Mas, ay! ¿Qué eres ahora?...  
 Tú, noble Europa, tú que con tu ejemplo  
 Nos condujiste un día al santo templo  
 En donde el hombre adora,  
 Como de Dios la esencia,  
 La dulce, la adorada independencia!

¿Do están de tu preclara  
 Y poderosa Francia, nunca vistas,  
 De Libertad y Gloria las conquistas?  
 El sol que te bañara  
 Un día en sus fulgores,  
 ¿Dónde ha ido a ocultar sus resplandores?

Ay! desde que indolente,  
 Al pie de tus laureles te dormiste,  
 De la negra ambición víctima fuiste...  
 Y huyeron de repente  
 Los tiempos de Venecia,  
 Y la gloriosa edad de Roma y Grecia!  
 .. ..

“Soy, dirás, poderosa,  
 Nadie puede alcanzar a mi grandeza:  
 Vivo entre el esplendor de la riqueza,  
 Y la frente orgullosa,  
 Por los altos espacios,  
 Alzan mis torres, templos y palacios!”.

“La fama y los honores,  
 Las industrias, las ciencias y las artes,  
 Brotan en mi redor por todas partes;  
 Y tengo por señores  
 Enaltecidos reyes  
 Cuyo poder ignora el de las leyes” ...

Mas, aunque de topacios  
 Y de oro sean tus cadenas, dime,  
 Y te dé el poderoso que te oprime  
 Por prisiones palacios  
 Que levantó el progreso, ...  
 ¿Esclava dejarás de ser por eso?...

¿Qué importa que tus lares  
 Adornen maravillas y portentos,  
 Si al pie de tus suntuosos monumentos,  
 Y junto a los altares  
 De tu ciencia sublime,  
 Encadenado, el pensamiento gime?

¿Los laureles que mece  
 En tus tronos el soplo de la gloria,  
 De que sirven, y el brillo de tu historia,  
 Si detrás aparece  
 De tu dorado yugo,  
 La figura siniestra del verdugo?

.. ..

Ah! deja esa nociva  
 Atmósfera sin sol, sin horizontes...

Que águila eres de los altos montes,  
Y del águila altiva  
No es doblegar las alas,  
Ni al peso mismo de imperiales galas!

Es, sí, volar bravía,  
A la alta cima que a las nubes toca,  
Tomar aliento en la empinada roca,  
Y en la extensión vacía,  
A través de la bruma,  
A la extensión del sol tender la pluma!

Levanta, pues, el vuelo,  
Y si temes aún, si antes deseas  
Pábulo dar y fuerzas gigantes  
A tu ardoroso anhelo;  
Ven, viejo continente,  
Y mira a la región del Occidente:

La tierra americana  
Aquí se ostenta, seductora y bella,  
Como en sereno cielo rubia estrella  
De lumbre soberana,  
Mecida entre cicales,  
Entre espumas, y perlas, y corales

En ella aun no se elevan  
De tu rico progreso los altares;  
No cruza el cable sus extensos mares,  
Ni sus corrientes llevan,  
Ni sus anchas regiones,  
El humo del vapor a otras naciones.

Pero en sus campos vuela,  
Libre como la luz, el pensamiento;  
Que en ella alzó la Libertad su asiento,  
Y todo lo revela:  
El bruto en sus llanuras,  
Y su altivo cóndor en las alturas!...

Ah! Si quieres, Europa,  
Subir de gloria a la elevada cumbre  
Y al mundo aparecer bañada en lumbre,  
De Libertad la copa  
Bebe, sierva Sultana,  
Que hoy te brinda la historia americana.

Entonces serás grande;  
Entonces te alzarás en raudo vuelo,  
¡Cual se levanta en el zafir del cielo  
La cúspide del Ande;  
Porque es la independencia:  
El progreso, la luz, y la potencia.

Entonces, ya la nave  
No serás en el puerto aprisionada,  
□ por ráfaga audaz tu lona hinchada, Volarás como el ave  
Por las olas violentas,  
El rayo desafiando y las tormentas!

Ah! rompe, rompe el yugo!  
¡La República, Europa, —esa es la idea  
Que Dios guardó en su mente gigantea!  
No más, no más verdugo!

Y libre de tiranos,  
Titúlanos, Europa, tus hermanos...

.. .. .

Bate, bate las alas,  
Águila altiva de los altos montes!  
Contempla los inmensos horizontes,  
Y en las etéreas salas,  
A través de la bruma,  
Hasta el trono del sol tiende la pluma!

## A un tirano

¿Por qué la patria sumergida en llanto  
Por su preciosa libertad suspira?  
Por qué infeliz, entre congojas, mira  
Roto en girones su estrellado manto?

¿Por qué en vez de ceñir el lauro santo,  
Ciñe la adelfa que tristeza inspira?  
Por qué de gloria en su armoniosa lira  
Solo vibra la nota del quebranto?...

Es porque un día te confió su honra  
La virgen Venezuela... y su inocencia  
De ignominia cubriste y de deshonra...!

¡Atrás, profanador! La frente impía  
Ve en el lodo a ocultar de tu conciencia,  
Y no avergüences más la patria mía!



## Tienen razón

*A un tirano.*

Tienen razón! se equivocó mi mano  
Cuando guiada por noble patriotismo,  
Tu infamia tituló de despotismo,  
Verdugo del honor venezolano!

Tienen razón! Tú no eres Diocleciano,  
Ni Sila, ni Nerón, ni Rosas mismo!  
Tú llevas la vileza al fanatismo...  
Tú eres muy bajo para ser tirano!

“Oprimir a mi patria”: esa es tu gloria,  
“Egoísmo y codicia”: ese es tu lema  
“Vergüenza y deshonor”: esa es tu historia;

Por eso, aún en su infortunio recio,  
Ya el pueblo no te lanza su anatema...  
Él te escupe a la cara su desprecio!

## Epístola

*Al Redactor de El Federalista.  
Cambió la suerte? Válgate la maña  
Adula al poderoso, intriga, sopla,  
Y tendrás, Fabio mío, una cucaña,  
M. Bretón de los Herreros,*

Perdona mi lenguaje franco y rudo  
El tono familiar y no te ofenda  
Cuando apenas cruzamos un saludo

Y, más aun, cuando en tu noble senda,  
No te voy a ceñir de rosa y nardo,  
Sino a echarte una fuerte reprimenda

¿Cómo te has atrevido, buen Ricardo,  
A hablar aquí de *unión* y de *progreso*?  
¿No ves que eso es pedir rosas al *cardo*?

Dime ¿has perdido por ventura el seso,  
Que te pones a hablar de garantías  
Y de cuestiones otras de gran peso?

¿No ves que esas pueriles fruslerías  
Son indignas del alto periodismo,  
Ya tan adelantado en nuestros días?

¿Cómo la voz del noble patriotismo  
Te has atrevido levantar, y luego  
La torpeza, críticas y el civismo?

¿Cómo te das a defender con fuego  
La causa del honor venezolano?  
¿Estás acaso, buen Ricardo, ciego?

¿Cómo pretendes, cruel e inhumano,  
Causar nuestra desgracia, dando vuelo  
A la causa del pueblo soberano?...

Perdona que te diga sin recelo  
Que vas desorientado en tu camino  
Y que te engaña tu ferviente celo.

Deja a un lado la patria y su destino;  
Para un instante el curso de tu pluma  
Y escúchame, inocente granadino:

¿Quieres llegar a la grandeza suma?  
Quieres verte flotando en los honores  
Como en el mar la delicada espuma!

¿Quieres que lluevan sobre ti las flores  
Y, abriendo un palmo de admirada boca,  
Te miren *Generales y Doctores*?

¿Quieres que llegue tu fortuna loca  
Hasta abrirte las puertas del santuario  
Donde tan solo el escogido toca?

De ese *sancta sancionan* del erario  
Al cual aproximarse sólo es dable  
A uno que otro feliz *recipiendario*?

Pues nada más sencillo y practicable:  
Predica la discordia y la anarquía  
Y di que toda unión es detestable.

Agita con calor, con saña impía  
Al pabellón del odio y los rencores,  
Y llama al patriotismo *tontería*

Habla de los políticos colores  
Con encendida rabia y torpe boca,  
Y pide sangre, cárceles y honores.

Di que romper las leyes es bicoca,  
Que el pueblo es *carne de cañón*; que muera!  
Que el negro fratricidio es cosa poca.

Llama al contrario en opinión, *pantera*,  
*Canalla, torpe vándalo, villano...*  
En fin, ya tú conoces la manera.

Si por desgracia quiere el hado insano  
Que al son de los tambores y del pito  
Se maten el hermano y el hermano;

Si los tuyos triunfaron, alza el grito  
De la victoria hasta el inmenso cielo,  
Y si fueron los otros... chito, chito.

Si con algún novel escritorzuelo  
Una cuestión emprendes de política  
Desprecia de *Carreño* el gran modelo.

El insulto soez sea tu crítica,  
Y tu escogido texto el Diccionario  
De la insolencia mísera y raquítica.

Aplauda a troche y moche lo arbitrario,  
Y si quieres que el mundo te celebre,  
Maneja con destreza el incensario.

En fin, rebuzna con ardiente fiebre,  
Cual rebuzna, creyéndose un artista,  
Pacífico jumento en su pesebre,

Que no de otra manera a periodista  
Ha podido llegar tanto palurdo,  
Ni tanto saltabancos a estadista.

Perdona, buen Ricardo, si te aturdo  
Pintándote las cosas mi tierra  
Tierra de tanta luz... y tanto absurdo!

Pero, todo es verdad, los ojos cierra  
Y sigue mis consejos... tú me entiendes,  
Que el que sigue consejos nunca yerra.

Confiado, pues, Ricardo, en que te enmiendes  
Levanto aquí la pluma hasta otro día;  
Y si no fuera por... tú me comprendes...  
Cuántas otras cosillas te diría!

## Traducciones

## **¡Venus Victrix!**

**(La Venus de Milo)**

*... Volge sua sfera e beata si gode. Dante-Div. Com.  
(¡Salve Regina!)*

Bendito seas, labrador heleno,  
y bendita la azada  
con que del hondo seno  
de la tierra olvidada  
la deidad arrancaste al mundo oculta  
tras veinte siglos de ignorada fosa  
do yaciera sepulta  
la suspirada, vencedora diosa!

Merced a ti, la idea  
de la belleza augusta y soberana,  
con su fulgente, luminosa tea,  
a iluminar volvió la mente humana;  
y el mundo de la plástica, que había  
casi olvidado el tipo de lo Bello,  
volvió a encontrar su guía,  
su Reina, ante la cual hoy dobla el cuello!

¡Cuánto altar en ruina!  
¡Cuánto prestigio humano  
resuelto en humo vano  
ante su sola aparición divina!...  
Con el rostro en la tierra, desde el ara  
los ídolos cayeron en el templo,  
y las que fueron de hermosura ejemplo,

la de *Médis* rara,  
 la radiante de luz del *Capitolio*  
 y la de *Arlés* serena, —de su solio  
 bajaron a rendir pleito homenaje  
 a la reina dos veces victoriosa,  
     a la triunfante diosa  
 que al surgir de la tierra, en vasallaje  
 a todas las demás dejó en el mundo.

Y a negárselo ¿quién se atrevería?...  
 ¿Cuándo; cuándo, decid, en tan profundo  
 abismo impenetrable de armonía  
 se aventuró jamás la fantasía?...  
 ¿Dónde está la criatura predilecta  
 del cielo que jamás recreó los ojos  
 en forma de pureza más perfecta?

¡Misterioso poder de la hermosura!...  
 —¿Queréis del mundo impío los enojos  
 y el engaño olvidar y la amargura?...  
 —Vedla, miradla, contempladla en calma...  
 Ved sus cabellos ondulantes, suaves,  
 con negligencia atados en dos graves  
 trenzas que cortan la apacible frente  
     en espejo laciente  
     do se refleja el alma  
     y la morada eterna  
 del pensamiento olímpico, sublime!...  
 Ved esos ojos, por la sombra tierna

(*Gratia plena!*)

de las cuencas veladas, que la externa  
 ceguedad de los dioses les imprime;  
     cuya mirada interna  
 el mundo de las formas abandona,  
 y recogiendo en fúlgido tesoro  
 toda su luz, con ella en rayos de oro  
 el invisible ser baña y corona.

Ved como, en línea recta,  
 que es el rasgo feliz de la perfecta  
 belleza, a la facción del alma asiento  
 se junta la nariz de castas líneas,  
 y como de aquel labio fino y puro  
 cortado por el tenue claro-oscuro  
 del superior se exhala el dulce aliento  
 de las vidas eternas y virgíneas!

La increada belleza,  
 cual manantial de luz clara y fecunda  
 nace de aquella divina cabeza  
 y en ondas de armonía el cuerpo inunda.

Del cuello recto y firme el soberano  
 reposo de alta majestad no turba  
 la que del cisne el escultor profano  
 prestó a sus dioses ondulante curva.

Estrechos, por contraste,  
 desarrollan los hombros la armonía  
     del inefable seno,  
 digno de dar en opulento engaste  
 molde a las copas del altar heleno;  
 seno por siempre virgen, do podría



divinos y mortales la rodilla  
 inclinan ante su almo poderío!...  
 Ya la playa tocó; ya, sola, brilla  
                   de pie cabe la espuma  
 en toda la extensión del horizonte  
 sin rival ostentando al culto pío  
                   de la Belleza Suma  
                   su desnudez divina,  
 casta, feliz, austera y peregrina!...  
                   Que no de Anacreonte  
                   es ella la ciprina  
 deidad de los eróticos ardidés  
 que blanda acoge, cual propicio y fausto  
                   en las impuras lides,  
 de las aves de amor el holocausto.

(*Urania.*)

... ¡Oh, no manchéis la fimbria de su veste  
                   con semejante insania?...  
                   —Es la Venus Urania,  
                   —es la Venus Celeste?...

La siempre deseada, poseída  
 JAMAS? —Fuerte y eterna  
 cual la atracción generadora y tierna  
 de la cual es su ser numen sereno,  
 y absoluta y sin fin como la vida  
 cuyo fuego central lleva en su seno;  
                   VENUS, cuya sandalia  
 besa Platón divino cuando  
 sueña su ideal sin mancilla—y cuyo nombre  
                   sirve de “Santo y Señá”

a aquel Ser mitad-numen, mitad-hombre,  
 la víspera gloriosa de Farsalia!

(*Praxiteles*)

PRAXITELES! —Borremos ese nombre  
 del zócalo sin mancha de la diosa!  
 El llenó del sensual amor del hombre  
 el mármol que de Fidias la grandiosa  
 inspiración bañara en lo divino!...  
 La llama es Ella que conserva y crea,  
                   la que inspira la idea  
                   de los heroicos hechos;  
                   todo cuanto palpita  
 de noble y justo en los humanos pechos,  
                   la chispa creadora,  
 la sublime molécula que agita  
 el barro terrenal de las pasiones,  
                   la rauda luz de aurora  
 que, en la tiniebla de la mente humana,  
 nos revela y anima a las acciones  
 nobles y generosas, TODO emana  
 de su inefable centro: la Belleza!...

Venus celeste y santa  
 en torno de la cual, dejando rastros  
 de luz, gravitan rítmicos los astros,  
 y en curvas armoniosas de pureza,  
 gira el globo feliz bajo su planta!  
 ¡Oh, no! —del Parthenón contemporánea  
 y de prístino origen apolino,  
 es la sublime Venus coetánea



de las griegas deidades, a la vida  
por concepción espiritual nacida.

No hay un átomo, uno,  
de carne vil en la gloriosa y pura  
piedra de donde brota su hermosura;  
jamás modelo alguno  
de humana criatura  
sirvió de guía al venturoso artista  
cuando al potente choque  
del divino cincel surgió a su vista  
la Belleza Ideal, del duro bloque;  
En aquella semblanza  
ninguna semejanza  
se refleja; aquel cuerpo en que se anuncia  
la gracia por la fuerza revestida,  
al surgir a la vida,  
inmaterial generación denuncia;  
que oriunda es del lejano tiempo histórico  
cuando el arte escultórico  
tan sólo producía,  
en ideales, plásticos portentos,  
tipos de perfección y de armonía  
y eternos inmortales pensamientos.

.. .. .

—

Oh, diosa!... oh, luz!... Consolación del triste!  
...—¡Gracias! —Un sólo instante  
a los ojos del hombre en el radiante  
fulgor de tu verdad apareciste

*(Revelatrix.)*

y dado nos ha sido  
contemplar esa luz de un tiempo ido!...  
Tú has levantado un ángulo del manto  
que el Edén nos velaba de la Grecia,  
cuando al temprano sol del arte santo  
el hombre a las entrañas de la recia  
materia adormecida  
arrancaba los dioses!... ¿Qué avenida  
de siglos, qué sendero  
debiste recorrer, celeste Urania,  
para así presentarte,  
como feliz revelación del arte,  
ante el cerebro humano,  
después que el mismo Homero,  
con olímpica insania,  
tu augusta sombra deslizo en la  
red artera en que sorprendiera  
a la consorte adúltera Vulcano?  
¿Y osaré yo, mezquino,  
invisible gusano,  
ante el ciego divino  
cantar tu gloria?... Oh, no! que no poseo  
la lira de tres cuerdas con que el divo  
padre del arte, Orfeo,  
hiciera un tiempo, grave y expresivo,  
resonar del Euxino al Helesponto  
los valles sin rumor del mundo nuevo!

—



sobre el grupo infeliz de los mortales  
 en misteriosa proporción—hay quienes  
                   le lanzan su anatema,  
 quienes su bendición, mas Ella, en calma,  
 soberana entre todas las criaturas,  
                   caso ninguno hace  
 de blandos ruegos o amenazas duras,  
 y en la tranquila beatitud de su alma,  
 en dar vuelta a la esfera se complace!

.. .. .

Así, también, en tu inmortal pureza  
 baña su amor el corazón que ama,  
 o el pecho corrompido en tu belleza  
 casta corre a encender su impura llama;  
 mas ver no puedes de la torpe injuria  
 desde tu erguido pedestal las huellas,  
 ni alcanzará jamás la vil lujuria  
 a mancillar tu zócalo de estrellas.

—

Así, tú, recogida  
 dentro de tu propia esencia sacrosanta,  
 numen de Amor y perfección y vida,  
 serena ves girar y complacida  
 la esfera sideral bajo tu planta!

Caracas, 15 de febrero de 1890.

## El cuervo

*Traducción de Edgar Poe.*

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones  
 sobre mas de un raro infolio de olvidados cronicones  
 inclinaba soñoliento la cabeza, de repente  
                   a mi puesta oí llamar;  
 como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta  
                   mano tímida a tocar:  
 “Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:  
                   eso es todo, y nada más!”  
 Ah! bien claro lo recuerdo: Era el crudo mes del hielo,  
 y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.  
 ¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura  
                   procurando en vano hallar  
 tregua a la honda desventura de la muerta Leonora,  
                   la radiante, la sin par  
 virgen rara a quien Leonora los querubes llaman—hora  
                   ya sin nombre... nunca más!  
 Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras  
 me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,  
 de tal modo que el latido de mi pecho palpitante  
                   procurando dominar,  
 “Es, sin duda, un visitante” —repetía con instancia—  
                   que a mi alcoba quiere entrar:  
 un tardío visitante a las puertas de mi estancia...  
                   eso es todo y nada más!  
 Poco a poco, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando.  
 “Caballero, dije, o dama: mil perdones os demando,

mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza  
 me vinisteis a llamar,  
 y con tal delicadeza y tan tímida constancia  
 os pusisteis a tocar,  
 que no oí, dije —y las puertas abrí al punto e mi estancia  
 ¡Sombras sólo y... nada más.  
 Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,  
 quedé allí—cual antes nadie los soñó—forjando sueños;  
 mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba  
 ruido alguno... resonar  
 sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora  
 yo me puse a murmurar,  
 y que el eco repetía como un soplo: Leonora!...  
 Esto apenas —nada más!  
 A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,  
 pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia:  
 “De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana;  
 pues, veamos de encontrar  
 la razón abierta y llana de este caso raro y serio,  
 y el enigma averiguar:  
 Corazón! calma un instante, y aclaremos el misterio...  
 —Es el viento— y nada más!”  
 La ventana abrí —y con rítmico aleteo y garbo extraño—  
 entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.  
 Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,  
 con aspecto señorial,  
 fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta  
 de mi puerta el cabezal;  
 sobre el busto que de Palas la figura representa  
 fue y posose—y nada más!  
 Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza

con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;  
 y le dije: “Aunque la cresta calva llevas, de seguro  
 no eres cuervo nocturnal,  
 viejo, infausto cuervo obscuro vagabundo en la tiniebla!...  
 Dime—¿cuál tu nombre, cuál,  
 en el reino plutoniano de la noche y de la niebla”...  
 Dijo el cuervo “Nunca más!”  
 Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,  
 si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;  
 pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura  
 que lograra contemplar  
 ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,  
 ave o bruto reposar  
 sobre efigie en la comisa de su puerta, cincelada  
 con tal nombre: “Nunca más”  
 Mas el cuervo fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella  
 sólo dijo esta palabra, cual si su alma fuese en ella  
 vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento  
 se le oía pronunciar...  
 Dijo entonces al momento: “ya otros antes se han marchado,  
 y la aurora al despuntar,  
 él también se irá volando cual mis sueños han volado”.  
 —Dijo el cuervo: “Nunca más!”  
 Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,  
 “No hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;  
 aprendido de algún amo desdichoso, a quien la suerte  
 persiguiera sin cesar,  
 persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,  
 sus canciones terminar,  
 y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo  
 de—“Jamás y nunca más!”



## **Ruinas**

### **Fragmento del poema “A morte de d. Joao”**

*(Guerra Junqueiro)*

Era una noche pavorosa, oscura,  
De esas noches de horror que Dios mandaba  
Sobre la ruin generación esclava  
De un siglo por su cólera maldito.  
La gran ciudad, la meretriz impura,  
Reposaba en su lecho de granito,  
El lecho colosal de mil orgías...  
Y el rugido del viento resonaba  
Cual resonaba, airada, en otros días  
La férrea voz del lívido Isaías.  
Es la hora en que los sueños pavorosos,  
Como fetos siniestros, monstruosos,  
En el seno se mueven  
De la nocturna soledad funesta,  
Y las tímidas almas se conmueven  
Y gimen doloridas  
Como trémulas vírgenes perdidas  
En la honda oscuridad de la floresta,  
Hora fatal en que germina y crece,  
Y espígase y florece .  
La cosecha del mal que el mal insano  
Siembra en el pecho humano.  
En el hondo silencio del hospicio  
Arde la flor del vicio,  
Llora la flor de los llantos,

Y los enfermos ven en su agonía  
 Desfilan por su loca fantasía  
 La nocturna legión de los espantos  
 En las plazas desiertas  
 Miles de luces, trémulas, inciertas  
 Vacilan como antorchas sepulcrales  
 Como si por las calles solitarias  
 Cruzasen procesiones funerarias  
 Para aplacar la ira de los males;  
 Mas en aquel mutismo  
 Se siente un sordo fermentar de abismo,  
 Un estremecimiento no explicado...  
 La convulsión, el palpitar latente  
 De Mesalina lúbrica que siente  
 Bullir en sus entrañas el pecado.

Entre el marmóreo, funeral reposo,  
 Cual horno ardiente de calor intenso,  
 Se levanta febril, esplendoroso,  
 El lupanar inmenso.

Frente al lugar impuro  
 Destaca un templo su contorno oscuro,  
 Triste como un desierto,  
 Como un ejemplo, impávido y seguro!  
 El vetusto portón bosteza abierto...  
 Dentro, de todo el ámbito se adueña  
 Un silencio profundo, formidable,  
 Como asceta lívido que sueña.  
 En redor la tiniebla espesa y vasta,  
 Y al fondo un Cristo pálido, inefable,

De una tristeza luminosa y casta.  
 Sobre las losas húmedas, impuras,  
 Cajones funerarios,  
 Olor de sepulturas,  
 Y entre las sombras tétricos sudarios.  
 Algo secreto que explicar no puedo,  
 Un no sé qué de trágico y sombrío,  
 Llena el aire: los ojos tienen miedo,  
 Las almas tienen frío,  
 Y de la oscura bóveda pendiente,  
 Triste, vaga, perdida,  
 Se columpia la lámpara doliente  
 Cual lagrima de sangre suspendida.

EL POETA (*arrodillándose delante del altar*)

¡Oh espíritu inmortal, honda miseria!  
 Y decir que un pedazo de materia  
 Gentil y crapulosa,  
 Pudo partir de un beso lisonjero,  
 De una caricia tierna,  
 Los resortes de acero  
 De un alma valerosa!  
 Oh espíritu inmortal, miseria eterna!  
 Con cosas transparentes, fabulosas,  
 Con oro y luz, y pedrería y flores,  
 Levanté sobre nubes caprichosas  
 Un palacio de olímpicos amores,  
 Con ojivas caladas  
 Por donde entrar pudiesen, brilladores,

Los rayos de las rubias alboradas;  
 Con erguidos, aéreos miradores  
 Desde donde las almas inocentes,  
 Como raudas bandadas  
 De candidas palomas impacientes,  
 Se confundían con ligero vuelo  
 En el azul purísimo del cielo;  
 Con inmensas penumbras pensativas  
 Y fantásticas torres fugitivas,  
 Como las concepciones celestiales  
 Que de la augusta Libertad encierra  
 A En sus sueños de fiebre el sentimiento  
 Y todo vino a tierra  
 Al impulso del viento;  
 Son así los castillos ideales  
 Que edifica en la luz el pensamiento  
 Y bajo aquellas lóbregas ruinas  
 Bajo de aquellas torres cristalinas  
 Despeñadas al soplo del nordeste  
 Quedó mi pobre corazón herido  
 Como si hubiera sobre mí caído  
 La zafirina bóveda celeste!

.. ..  
 .. ..

¡O Jesucristo! O Sabio!  
 Para valor a la eternal ventura  
 Mataste sin piedad la flor del labio,  
 Mataste la sonrisa alegre y pura!...  
 Si es cierto que eres vida y alegría,  
 Padre del desgraciado,

Si tu mano de luz y de esperanza  
 Sabe curar la lepra del pecado,  
 Arranca esta pasión del alma mía  
 Como se arranca el hierro de una lanza  
 Del pecho de un soldado.

Mas ¿de qué sirves, dime, o flor del cielo,  
 De qué me sirves tú si en este suelo  
 No probaste el amor que el cuerpo inflama,  
 Si en ese labio riguroso y triste  
 Nunca en vida sentiste  
 De un beso sensual la ardiente llama!...

.. ..

#### LEVÁNTASE

Un Dios cadáver, un cadáver frío!  
 ¡De qué nos sirve un Dios triste y sombrío,  
 Con labios sin rumor y ojos sin luz!...  
 ¡Cómo habrá de amparar los desgraciados  
 El que los brazos lívidos clavados  
 Tiene sobre una cruz!

*(Siéntase sobre un ataúd. Silencio prolongado)*

El escalpelo agudo, fatal, de la experiencia,  
 La luz del raciocinio, inextinguible y fría,  
 Cegó por siempre el ojo de la alma Providencia,  
 Dejó la excelsa bóveda caótica y vacía.

La crítica inflexible de nuestra decadencia  
 Negole el ser divino al hijo de María;



La fe me ha abandonado: la rígida conciencia  
La ley respeta solo de la honda geometría.

El tiempo, el gran gusano, ya carcomió la escala  
Por do Jacob, en noche de luminosa gala,  
Vio descender los ángeles de la radiosa esfera.

Y en el celeste lecho cerúleo, indefinido,  
Ha mucho que espirante dio el último gemido  
El Dios Omnipotente —esa ideal quimera!

## La romería a Heveaar

*De Heine.*

### I

Apoyada al balcón está la madre;  
yace el hijo en el lecho del dolor:  
“—Levántate, Guillermo—ven y mira  
pasar la procesión”.

—Tan enfermo me siento, pobre madre  
que ya en mí hasta la vista se extinguió...  
de pensar en mi pobre Margarita  
me duele el corazón.

“Levántate—a Kevlaar iremos, —toma  
el rosario y el libro del Señor;  
su santísima Madre ha de curarte  
el triste corazón”.

Y ondean los pendones de la iglesia,  
y se oye de los salmos el clamor;  
es a Colonia la del Rhin señora,  
do va la procesión.

La densa multitud la madre sigue,  
el mancebo infeliz va de ella en pos,  
y ambos diciendo van: “Bendita seas,  
oh, Madre del Señor!”.

## II

Hoy en Kevlaar, la celestial Señora  
viste el traje más bello;  
hoy tiene mucho a qué atender, pues vienen  
infinitos enfermos.

A manera de votos, los que sufren,  
llevan al templo santo  
pies y manos de cera y otros miembros  
que desean ver sanos.

Con un cirio bendito hace la madre  
un corazón de cera:  
“Llévaselo—y la Virgen hijo mío,  
calmará tu honda pena”.

La ofrenda lleva, suspirando el hijo,  
ante la imagen santa,  
y sumergido en lágrimas, del pecho  
exhala estas palabras:

“¡Oh, Virgen pura y limpia,  
oh, Madre del Señor,  
oh Reina de los cielos,  
atiende mi dolor!

“Yo en la ciudad bendita de Colonia,  
con mi madre vivía;  
allí do tantos templos se levantan  
a tu gloria, oh María!

¡Habitaba mi amor junto a nosotros,  
y hoy yace muerta y fría!...  
¡Madre, acoge mi voto y calma el duelo  
de la pobre alma mía!

“La herida sana de mi pecho abierto,  
y diré noche y día  
con honda gratitud: ¡Bendita seas!  
¡Dios te salve María!”.

El hijo enfermo y la doliente madre  
en la estancia dormían,  
cuando en esto la Virgen entró en ella  
con pisada furtiva.

Sobre el enfermo se inclinó callada,  
y su mano divina  
le apoyó sobre el pecho, sonriendo  
con celestial sonrisa.

La madre fiel que lo miraba todo  
en sueños sumergida,  
despertó al clamoreo de los canes  
que aullaban y gemían

rígido sobre el lecho, el hijo amado  
reposaba sin vida,  
y el rayo purpurino de la aurora  
jugaba en sus mejillas.

La madre con unción juntó las manos  
sin saber lo que hacía,  
y dijo con fervor: Benditas seas!  
¡Dios te salve María!”.

## El cielo en la tierra

*(Del alemán).*

Una callada noche en que la luna  
Su blanca faz en el espacio alzaba,  
Triste, una joven por el campo erraba  
Transida de dolor;

Pues cuando alegre el corazón vestía  
Con las de amor encantadoras galas,  
El ángel de la muerte entre sus alas,  
Le arrebató su amor.

Y cada vez que al cielo dirigía  
Los ojos empañados por el llanto,  
Hundíase de nuevo en su quebranto  
Y tornaba a llorar.

“¡Si pudiera—decía—remontarme  
A la mansión de la suprema calma!  
¡Allí do está el amado de mi alma  
Si pudiera volar!

“Alivia, hermoso cielo, mi amargura,  
Escucha mi plegaria delirante,  
Y acércate a la tierra un solo instante  
Para juntarme a él”.

Así triste decía cuando cerca  
Vio las aguas brillar de una laguna  
Cuyo cristal la silenciosa luna  
Retrataba fiel;

Y al ver lucir del cielo, entre las ondas,  
 El pabellón flotante de zafiro  
 Y de los astros en eterno giro  
     La reflejada luz;  
 Cual tiembla sobre tímida violeta,  
 La gota de rocío, así tranquila,  
 Una lágrima pura en su pupila  
     Brilló de gratitud.

“Gracias, ¡oh cielo! —dijo, — porque oíste  
 Mi férvida plegaria de amargura...  
 Mundo falaz, adiós! Adiós, impura  
     Morada del dolor!...”.

Y se lanzó a las ondas cristalinas  
 Que de su adiós el eco modularon  
 Y entre murmurios suaves la llevaron  
     Al cielo de su amor.

## El hijo de la pena

(*Herder*)

Cabe la margen fría  
 De un arroyuelo, en soñadora calma,  
 La Pena estaba un día;  
 Y en medio de los vagos pensamientos  
 Que agitaban su alma,  
 Jugando con la tierra humedecida,  
 Modeló, distraída, La figura de un niño...  
 Acercose á la diosa el Rey del cielo,  
 Y con voz de cariño:  
 —“¿Qué haces”, preguntola,  
 “Pensativa Deidad, tan triste y sola?”  
 —“Mira, y oye mi ruego”, le contesta  
 La Diosa de las lágrimas, “de lodo  
 Han formado, Señor, mis manos esta  
 Imagen; tú, que todo  
 Lo puedes, dale aliento,  
 Y espíritu, y calor, y pensamiento!” ...

—“Cúmplase tu deseo: viva!” dijo  
 Júpiter poderoso, “y desde ahora  
 Esa criatura es mía!”.  
 —“No me arrebatas, no, mi pobre hijo”,  
 Con suplicante voz La Pena implora,  
 “Tú sabes, ¡o Señor! que lo he formado  
 Con maternal cuidado” ...  
 —“Y yo le di el calor de la existencia  
 Sin lo cual solo fuera inerte Iodo!”.

Hablaban de ese modo  
 Cuando llegó La Tierra  
 Y dijo: —“Es mío, a mí me pertenece,  
 Pues se formó ese niño  
 De la sustancia que mi seno encierra!” ...  
 —“¡Esperad!” dice Jove, “allí aparece  
 Un juez que todo lo decide: —Vedlo!” ...  
 Y se acercó Saturno,  
 Habló de esta manera: —“Poseedlo  
 Todos a vuestro turno;  
 Así lo ha decretado  
 Es sus hondos arcanos el Destino!...”

Tú, poderoso Dios, que lo animaste,  
 Toma, al morir, su espíritu divino;  
 Tú, Tierra, sus despojos  
 Ve a recoger entre la tumba oscura  
 Cuando el sueño eternal cierre sus ojos;  
 Y tú, madre ¡su Pena!  
 Consérvale a tu lado mientras dura  
 En él la ardiente llama de la vida!...  
 Ese es tu hijo, y de congojas llena  
 La existencia, cual tú, llevará unida  
 Al rudo sufrimiento  
 Hasta rendir el postrimer aliento!” ...

—————  
 Fue el hombre aquella hechura,  
 Y a la letra cumpliose el fallo adverso:  
 En vida, pertenece a la amargura,  
 Muerto, a la tierra impura,  
 Y espíritu, al que rige el universo!

## La maldición del bardo

*(Del alemán. —Uhland).*

*A Benito y Alfredo Esteller.*

Allá, en antiguos tiempos, alzábase un castillo  
 Tan alto y majestuoso, que en toda la comarca  
 Y sobre el mar de zafiro  
 Campeaba sin rival;  
 En tomo le ceñían fantásticos jardines  
 Do flores mil brotaban de mágicos aromas  
 Y fuentecillas diáfanas  
 De rítmico raudal.

En él un Rey habita, señor de muchas tierras,  
 De espíritu sombrío, de tétrico semblante  
 Como el nublado lúgubre  
 Del rayo precursor;  
 Tirano á cuya vista se inmutan sus vasallos,  
 Que horror' es lo que piensa y es sangre lo que escribe  
 Y su palabra es látigo,  
 Y su mirar furor.

—————  
 Un día, a aquel castillo dos bardos se dirigen;  
 Ostenta el uno bucles de oro sobre el cuello,  
 El otro, larga y cándida  
 Melena al aire da, —  
 Cabalga el anciano llevando en bandolera  
 La cítara sonora, —y a pie, risueño y ágil,  
 El mozo, a pasos rápidos,  
 Al lado suyo va:

El viejo dice al joven: “Prepárate, hijo mío,  
 Recuerda tus canciones más dulces, y al cantarlas,  
     La magia toda imprímeles  
     De la armoniosa ley;  
 Llama en tu auxilio todas las fuerzas: la esperanza,  
 La dicha y la amargura, que hoy ablandar debemos  
     El corazón granítico  
     De nuestro duro Rey.

---

En sala que sustenta marmórea columnata,  
 En breve los cantores se encuentran. En el trono  
     Se ostenta el fiero déspota  
     Con su consorte fiel.  
 Magnífico el Rey brilla, como sangrienta aurora  
 De las boreales noches: La Reina, dulce y bella,  
     Como la luna pálida  
     Bajo el azul dosel.

Pulsa el anciano entonces las vibradoras cuerdas,  
 Y cada vez más ricas, más llenas, más sonoras,  
     Vienen sus notas mágicas  
     A herir el corazón;  
 De pronto estalla, pura, la clara voz del joven,  
 Y unida a la del viejo, semeja aquel conjunto  
     De celestiales músicas  
     Armónica explosión.

---

Cantaron los amores, la paz, la primavera,  
 Los venturosos días de los dorados tiempos,

Las glorias del espíritu,  
 La fe, la libertad.  
 A todas las ternuras que el corazón conmueven,  
 A todas las grandezas que el ánimo levantan,  
     Alzáronse sus cánticos  
     En dulce majestad.

Los viles palaciegos olvidan el escarnio,  
 Del Rey los insolentes, indómitos guerreros,  
     La frente bajan, húmeda,  
     Pensando en el Señor;  
 La Reina, en un arranque de tierna simpatía,  
 Desprende de su seno la rosa que lo adorna,  
     Y entusiasmada, envíala  
     Sonriendo al trovador

---

Temblando de coraje, levántase el tirano:  
 “Mi pueblo has conmovido”, prorrumpe furibundo  
     “Y a mas, pretendes, pérfido,  
     Mi esposa seducir”,  
 La fuerte espada blande y el pecho le atraviesa,  
 Y allí, de donde tanta canción se deslizara,  
     La sangre, en ondas trémulas,  
     Fatal, se ve surgir.

Como del rayo heridos los cortesanos quedan,  
 Y en brazos del anciano maestro rinde el joven  
     Con sus postreros hálitos  
     Su espíritu inmortal.  
 Entonces el maestro lo cubre con su manto,

Lo afirma sobre el potro, callado, y se retira  
Llevando a paso fúnebre,  
Del diestro al animal.

Sale, y frente a la puerta, severo, se detiene;  
Descuelga de la espalda la cítara armoniosa  
Aquella dulce cítara,  
Cual otra no se vio;  
Contra una de las altas columnas la revienta,  
E irguiéndose, implacable, con voz atronadora  
Que, ronca, por los ámbitos  
Del parque resonó:

“Maldito sé, castillo! Maldito seas’, dice,  
“Jamás bajo tus arcos, jamás a oírse vuelva  
De cuerdas ni de cánticos  
El plácido rumor;  
Jamás! solo resuenen gemidos y cadenas  
Hasta que, justo, á ruinas y a polvo te reduzca  
De las eternas cóleras  
El Genio vengador!”.

¡Malditos sed, jardines que el sol de Mayo dora!  
¡Mirad este cadáver que, gélido, os presento,  
Mirad su rostro pálido,  
Su frente angelical!  
Miradlo, y baje un rayo del cielo a consumiros,  
Que seque vuestras fuentes, y, en días venideros,  
Os torne en campos áridos  
Y en lóbrego erial!”.

“Y tú, —maldito seas, azote de los bardos,  
Y nulas tus hazañas se tornen, y tus luchas  
Por alcanzar fatídicos  
Laureles sin honor!

Y hundida en noche eterna tu tétrica memoria,  
Como postrer aliento perdido en los espacios,  
En el recuerdo extíngase  
Tu nombre y tu esplendor!”

Dice, y los altos cielos escuchan su palabra;  
Los muros se desploman con ímpetu tremendo,  
Y aquel palacio mágico  
Se ve desaparecer. —  
Tan solo una columna resiste a la ruina,  
Del esplendor pasado testigo silencioso  
Que por la noche lóbrega  
También ha de caer;

En yermos se convierten los plácidos jardines,  
Sin árboles que sombra le brinden al viajero,  
Ni fuentecillas diáfanas  
De rítmico rumor. —  
Ni libros ni cantares al déspota mencionan.  
¡Hundido y olvidado por siempre! —así cumpliöse  
La maldición profética  
Del infeliz cantor!

Nueva-York, 1877.

## Los tres amores

(Del alemán. —Uhland)

*En el álbum de la señora Doña Carolina de Vidal.*

A las orillas del Rin undoso  
Hay una pobre, vieja hostería,  
Y allí, en alegre tropel ruidoso,  
Los tres amigos fueron un día.

—“Ea, patronal vengan los vinos,  
Y de lo puro, pues sed tenemos...  
Mas... ¿dónde guardas la niña, dinos,  
Tu hermosa hija, que no la vemos?”

—“Catad el vino”, dice llorosa,  
“Que es de lo añejo. —¿Della me hablasteis?...  
En la mortuoria urna reposa  
Mi pobre hija que tanto amasteis!”

Del rayo heridos, a la otra sala  
Entran, do se alza negro ataúd  
En cuyo seno la niña exhala  
Su último aroma de juventud.

A contemplarla llega el primero,  
Y alzando el velo que la cubría:  
—“Ah! si aun vivieras”, dice sincero,  
“Desde hoy, o virgen! te adoraría.

Caer el velo deja el segundo,  
Se aleja, y dice bañado en llanto:





## La primera piedra

*(Del alemán)*

*A Raimundo Andueza, hijo*

No sentenciéis jamás al que en el lodo  
Del pecado cayó;  
Que débil es el hombre, y sobre todo,  
Fuerte la tentación...  
Tal vez nada os ha hecho en la existencia  
Con el mundo romper;  
Quizá la dicha que la suerte os diera  
Os impidió caer...  
No arrojéis nunca la primera piedra!

---

¿Habéis en vuestras horas de amargura  
Probado alguna vez,  
Al recio golpe de una afrenta impura,  
Empoñada hiel?  
¿El martirio fatal de la miseria  
Nunca os hizo sufrir?  
De un tirano cruel la planta férrea  
Llegasteis a sentir?...  
No arrojéis nunca la primera piedra!

---

La culpa veis; mas, nunca del culpable  
Calculáis el dolor!  
¿Habéis de ese infeliz imperdonable  
Bajado al corazón?...

Pecó—pero también en su miseria  
 Ha debido llorar...  
 Cayó, —pero ¿sabéis con cuantas fuerzas  
 Ha debido luchar?...  
 No arrojéis nunca la primera piedra  
 Todo socorro en su existencia insana  
 Negadle si queréis...  
 Hasta la misma compasión cristiana  
 Negádsela también;...  
 Dejad solo con Dios y su conciencia  
 Al pobre pecador;  
 Pero sobre su mísera cabeza  
 Que doblégó el dolor,  
 No arrojéis nunca la primera piedra!

—  
 Pensad que Dios tendrá los ojos fijos  
 En vuestra hazaña vil,  
 Y puede herir la piedra a vuestros hijos!  
 Y al tener que subir  
 Ante el trono de Aquel cuya clemencia  
 No se agota jamás,  
 “¿Quién os hizo, —os dirá con voz severa,  
 Jueces de los demás?” ...  
 No arrojéis nunca la primera piedra!

—  
 Cuando, con muestras de dolor profundo,  
 Cayó la esposa infiel  
 Ante los pies del Redentor del Mundo;  
 Cuando Jesús, al ver

Ardiendo en saña vil la turba inquieta,  
 Su fallo pronunció,  
 ¿Quién fue el que quiso ejecutar la pena?...  
 ¿Quién fue el que se atrevió?...  
 No arrojéis nunca la primera piedra!

## El caballero nocturno

*(Del alemán. —Uhland).*

En noche calma y sin luna,  
Bajo mis rejas se planta  
Y entona con voz celeste  
Endechas en su guitarra

Con el rival, en seguida  
Cruza, valiente, la espada,  
Y chispean los aceros  
Y resuenan las murallas!...

Y hace, en fin, tantas proezas  
De las que honran a las damas,  
Que en amor por el incógnito  
El pecho mío se abrasa

Mas cuando a la reja, trémula,  
Me asomé al rayar el alba,  
¡Ay! no vi más que su sangre  
Por mi causa derramada!

---

## Súplica

*(Del alemán. —Lenau),  
A Cándida.*

Miradme bien, negros ojos,  
Vuestro poder emplead,

Serena, blanda, insondable  
Noche de dulce soñar!

Con vuestra mágica sombra  
De mí este mundo apartad,  
Y, sola, sobre mi vida  
Cerníos siempre jamás!

## Mis ocho años

*(Del portugués. —D' Abreu).  
Oh! Souvenir! Printemps Aurores!  
V. Hugo.*

Oh! qué recuerdos tan dulces  
Los del alba de mi vida,  
Los de mi infancia querida  
Que jamás ha de tornar!  
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,  
En aquellas tardes calmas,  
A la sombra de las palmas,  
O en el verde limonar!

¡Qué bellos son esos días  
Del nacer de la existencia!  
Respira el alma inocencia  
Como perfumes la flor;  
El mar es lago sereno,  
El cielo un manto azulado,  
El mundo, un sueño dorado,  
La vida, un himno de amor!

¡Qué auroras, qué sol, qué juegos,  
Qué noches de melodía!  
Y aquella dulce alegría,  
Y aquel tranquilo gozar!...  
Lleno de estrellas el cielo,  
La tierra de aromas llena,  
El mar besando la arena,  
La luna besando el mar!...

O mi infancia, mis recuerdos,  
 Mi cielo de primavera!  
 Cuán dulce la vida era  
 A la luz de aquel albor!

En vez de estas amarguras,  
 Hallaba en estas delicias  
 De mi madre las caricias  
 Y de mi hermana el amor!

Por mis nativas montañas  
 Discurría satisfecho,  
 Descubierta al aire el pecho  
 Y desnudo el breve pie;  
 Corriendo, feliz, en torno  
 De las cascadas ruidosas,  
 Detrás de las mariposas,  
 Que más siempre juzgué!

En esos tiempos dichosos  
 A los árboles trepaba,  
 Y horas enteras vagaba  
 Por la orilla de la mar; Rezaba el Ave-María,  
 Y el cielo, su azul luciendo,  
 Me vía al dormir riendo  
 Y cantando al despertar!

Oh! qué recuerdos tan dulces  
 Los del alba de mi vida,  
 Los de mi infancia querida  
 Que jamás ha de tornar!...  
 ¡Qué amor, qué sueños, qué flores,

En aquellas tardes calmas,  
 A la sombra de las palmas,  
 O en el verde limonar!

Lisboa, 1876.

## Tres sonetos

*de Shakespeare.*

### I

Ya de todo cansado,  
Invoco de la muerte  
El eternal reposo,  
Que por mi daño veo  
El mérito nacer en la miseria  
Y entre dichas sin fin las nulidades;  
Violada indignamente  
La fe sencilla y pura,  
Y la dorada honra  
Puesta, para ignominia,  
Donde estar no debiera;  
La virginal pureza envilecida  
Por la brutal pasión, y la intachable  
Limpia virtud en deshonor tornada;  
Observo que un poder inconsistente  
Paraliza la fuerza;  
Que enmordaza al saber el despotismo;  
Que la locura, presumiendo ciencia,  
Al talento esclaviza; que se toma  
Por simpleza no más, la ingenua y noble  
Lealtad; que el Bien, cautivo,  
Sirve al Mal, su Señor; y pues tal veo,  
Desparecer quisiera de este mundo,  
Si al morir no temiera  
Dejar en soledad desventurada  
Al ser objeto de mi amor profundo.

## II

No hay nada que se oponga  
 Al simpático abrazo de las almas.  
 No es amor el amor que desconcierta  
 Un cambio pasajero, ni el que, duro,  
 Paga con un desvío otro desvío.  
 ¡Oh, no! faro inmutable  
 Es el amor del alma, que contempla  
 Las borrascas pasar sin conmoverse;  
 Fija estrella guiadora  
 De toda nave que sin rumbo vaga;  
 Astro luciente cuya altura mídese,  
 Cuya fiel entidad es un misterio!  
 No es del tiempo juguete,  
 Por más que éste destruya  
 Con su corva guadaña  
 Róseas mejillas y purpúreos labios;  
 No cambia con las horas  
 Ni los fugaces días.  
 No! que ha de ser el mismo,  
 Siempre el mismo hasta el fin de las edades!...  
 Si es este juicio falso,  
 Si lo desmiente mi existencia triste,  
 Mi sufrimiento impío.  
 Jamás sentí el amor, jamás tampoco  
 Lo llegó a comprender el pecho mío.

## III

¡Pobre alma, centro de mi inmundo barro  
 Juguete de la carne  
 Que, indócil, te aprisiona!

¿Por que así languideces escondida,  
 Y silenciosa y triste te consumes  
 Tan brilladoras galas ostentando  
 En tus externos muros?  
 Por qué haces, dime, tan enormes gastos  
 En un viejo edificio  
 Que en ruinas se desploma?...  
 ¿Por ventura el gusano  
 De ese lujo heredero,  
 Podrá roer dispendios semejantes?...  
 ¿Es tu término, acaso,  
 El fin de la materia?...

No, alma; vive a expensas de tu siervo,  
 Deja que se extenúe  
 Para acrecer tu espléndido tesoro;  
 Adquiere la divina  
 Eternidad en cambio  
 De efímeros placeres;  
 Internamente adórnate  
 Y no más engalanes  
 El exterior gastado!

Obrando de ese modo,  
 Tomarás alimento de la muerte  
 Que, a su vez, de los hombres se alimenta;  
 Y aniquilada al fin la muerte misma,  
 Con vuelo alto y sereno,  
 Te alzarás inmortal de entre su seno!



## Mío y no mío

*(Del inglés. —De Vere),*

Ah! nunca, nunca mío!... empero, mío  
Por siempre en vida y muerte!  
Tal de los dos es el destino impío,  
Tal nuestra dura suerte  
Como refleja el mar, de orilla a orilla,  
En ancho abrazo al cielo,  
Así el amor que me inspiraste brilla  
En mi alma sin consuelo:  
Lejos, lejos de mí, cual del océano  
Lejos, lejos impera  
De astros radiante y brillo soberano  
La reflejada esfera.

## Su lecho

*(Del portugués. —Ferreirá).*

Su lecho es blanco, más blanco  
Que las alas de un querube;...  
Está junto al oratorio  
De do su alma al cielo sube,

Hay siempre en aquel ambiente  
Un perfume de los cielos, ...  
Un sueño, un beso, un suspiro,  
Un leve indicio de celos.

En aquella casta alcoba,  
Nido de amor y de esperanza,  
Hay algo de santo y puro  
Que el labio a expresar no alcanza.

Allí va ella, soñando,  
A sufocar su dolor,  
A leer las cándidas hojas  
De su poema, el amor.

Y solloza, —es un secreto  
Que devora solitaria...  
Y los ángeles reciben  
Su llanto, y Dios su plegaria!

Las colgaduras entreabre,  
Contempla un momento el lecho,

Mira a los santos, y besa  
La cruz que lleva en el pecho.

Desata luego las trenzas,  
Desprende las ropas blandas,  
Desnuda el pie de alabastro,  
Y se surmeje entre holandas.

Así entre nubes se oculta  
Del alba la estrella hermosa,  
Y entre su concha la perla,  
Y en la flor la mariposa.  
Silencio! duerme... en su frente  
Irradia un sueño de luz,  
Y mientras duerme le ampara  
Su Jesucristo en la Cruz.

1876.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-220-3

Depósito Legal

DC2023001925

Caracas, Venezuela, diciembre de 2023

La presente edición de  
**Poesía y Traducciones**  
fue realizada durante el mes  
de diciembre de 2023,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

**Poesía y traducciones** La producción literaria de Juan Antonio Pérez Bonalde, con clara influencia del romanticismo, porta un ritmo, musicalidad e imágenes con rasgos modernos, por lo cual también es posible apreciarla como adelantada a su época. Quien ha sido reconocido, junto con Andrés Bello, como uno de los mejores poetas venezolanos del siglo XIX, pasó más de la mitad de su vida fuera del país de manera involuntaria. Su obra está conformada por los poemarios *Estrofas* y *Ritmos*, así como traducciones, cuya recopilación vio la luz por primera vez en las ediciones del Ministerio de Educación de 1947. Del poemario *Estrofas* (1877) podemos destacar el célebre “Vuelta a la Patria”, cuyos versos emotivos expresan el sentimiento patriótico y parte de la identidad cultural del venezolano, sobre todo, del caraqueño. Por otra parte, *Ritmos* (1880) contiene el afamado “Poema al Niágara”, donde el poeta profundiza en temas filosóficos, al reflexionar sobre la posición del ser ante los misterios y la inmensidad inabarcable de la naturaleza. La presente edición contiene traducciones de Shakespeare, Heine, Guerra Junqueiro y Poe, cuya versión de “El cuervo” (la primera en lengua española) es de considerable calidad literaria, distinguida por la crítica como la mejor que se ha hecho de dicha obra.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

